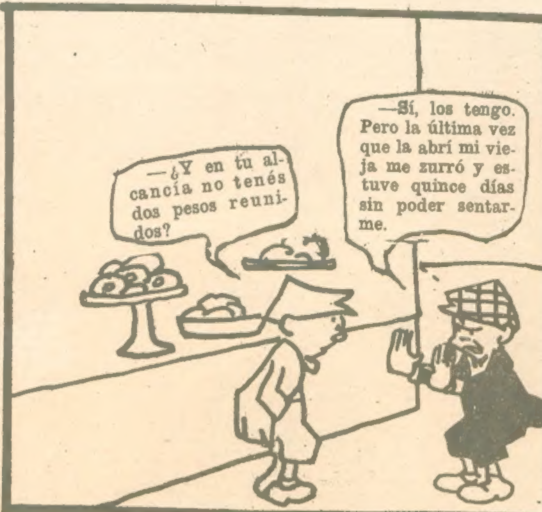


—¡Niños, no corran que hoy es jueves!
—¿Por qué?
—Porque se han prohibido las carreras en ese día...

PAGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí





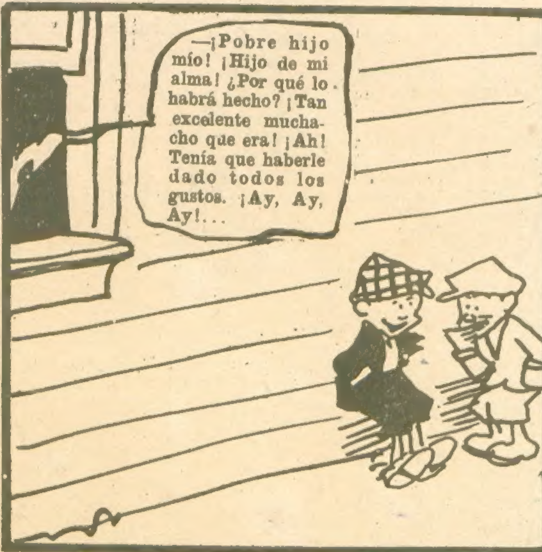




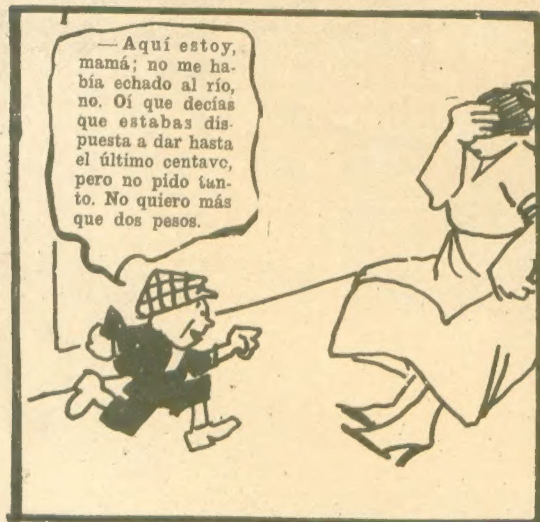
















FRAY MOCHO

Año IX — Buenos Aires, 26 de octubre de 1920 — Núm. 444

Proyecto de una Federación Artística Argentina

Ecos del almuerzo de las Cinco Artes.

Los gremios artísticos e intelectuales, en general, de la República, no se distinguen por su espíritu de unión. Por el contrario, más bien se han caracterizado siempre por su inexistencia como colectividades, por el fuerte individualismo de sus componentes, por su ningún afán de constituirse y organizarse con fines de recíproca ayuda y representación.

Todos los esfuerzos de algunos emprendedores hombres de letras para formar ateneos o sociedades literarias, a pesar de los entusiasmos visibles en distintas épocas, no lograron sino resultados mediocres, y luego de brillar algún tiempo, indefectiblemente desaparecieron entre la indiferencia y el desgano del mayor número.

A excepción de los autores teatrales y de los periodistas, sólo pasajeramente han conseguido asociarse los profesionales de la pluma. Pero ni los poetas, ni los pintores, ni los escultores, ni los arquitectos, ni los mismos músicos, cuyo éxito pareciera depender, bajo ciertos aspectos al menos, de la hábil organización colectiva, han fundado nada estable ni sólido en el sentido del Círculo de la Prensa, por ejemplo.

Más aún: es frecuente oír decir en Buenos Aires a personalidades de indiscutible relieve literario o artístico que no conocen personalmente a ilustres colegas; y, por supuesto, es mucho menos raro que ignoren hasta la existencia de los que no son colegas.

En tales condiciones, tratándose de un país como el nuestro, cuyas preocupaciones generales distan bastante de las esferas artísticas, es perfectamente comprensible la escasa influencia práctica, el levísimo peso de los intereses del género en el conjunto de las actividades. Por otra parte, esto no ha impedido nunca que la inconsciencia genial de los intelectuales atribuyera semejante estado de cosas, no ya a la propia culpa, sino a la profanidad de las masas y al filisteísmo de los falsos elegidos.

En puridad de verdad, los únicos y reales delincuentes, los que positivamente merecen cargar con la responsabilidad del olvido económico que pesa sobre la mayoría de los artistas son... los mismos artistas.

Esto es lo que ha puesto de manifiesto la iniciativa de un pequeño grupo de hombres jóvenes y de probada fe, quienes atropellando obstáculos, decidieron reunir en un gran acto colectivo y familiar a todos los cultores de la belleza diseminados en Buenos Aires.

Pese a las dificultades opuestas, casi desde el nacimiento de la idea, el éxito más cumplido coronó en la semana anterior el almuerzo de "las cinco artes" como se denominó oficialmente a la alegre y enorme reunión celebrada en el amplio restaurant de la Sociedad Rural.

Pero mucho más que de la realización triunfante del pensamiento, debemos regocijarnos todos de las consecuencias que acarreará, en el sentido de servir de antecedente a una vasta federación artística argentina, cuyas bases concretó en un elegante discurso el doctor Carlos Ibarguren.

Cabe esperar que esta vez, por la índole práctica, por el sistemático desdén de las frases inútiles y de los conceptos redundantes, y porque la idea va recta a las conciencias profesionales, mas que a la imaginación de los artistas, el pensamiento de este gran organismo en proyecto no fracasará.

He aquí sus bases fundamentales:

1.ª La Federación estará constituída por todos los que ingresaran como miembros de ella, conforme a sus estatutos, y por las sociedades o corporaciones que se adhirieran, conservando su plena autonomía.

2.ª Los objetos primordiales de la Federación serán: Mantener un centro de reunión para los artistas; fomentar eficazmente las artes en el país; propagar y perfeccionar la educación estética del pueblo; proteger a sus asociados, gestionar y apoyar sus intereses colectivos y hacer gravitar, en la forma que corresponde, la influencia que el arte y sus cultores deben tener en la vida nacional.

3.ª La Federación tendrá un local permanente y abierto para exposiciones y ventas de cuadros, esculturas, tapicerías y objetos de arte, como también para conferencias y conciertos.

4.ª La Federación organizará una cooperativa editorial para publicar y difundir los libros de los socios, en las más ventajosas condiciones que sea posible.

5.ª La Federación establecerá una sociedad de socorros mutuos para asistencia en caso de enfermedad, subsidios y pensiones de vejez y de invalidez y para realizar todos los demás servicios de la mutualidad.

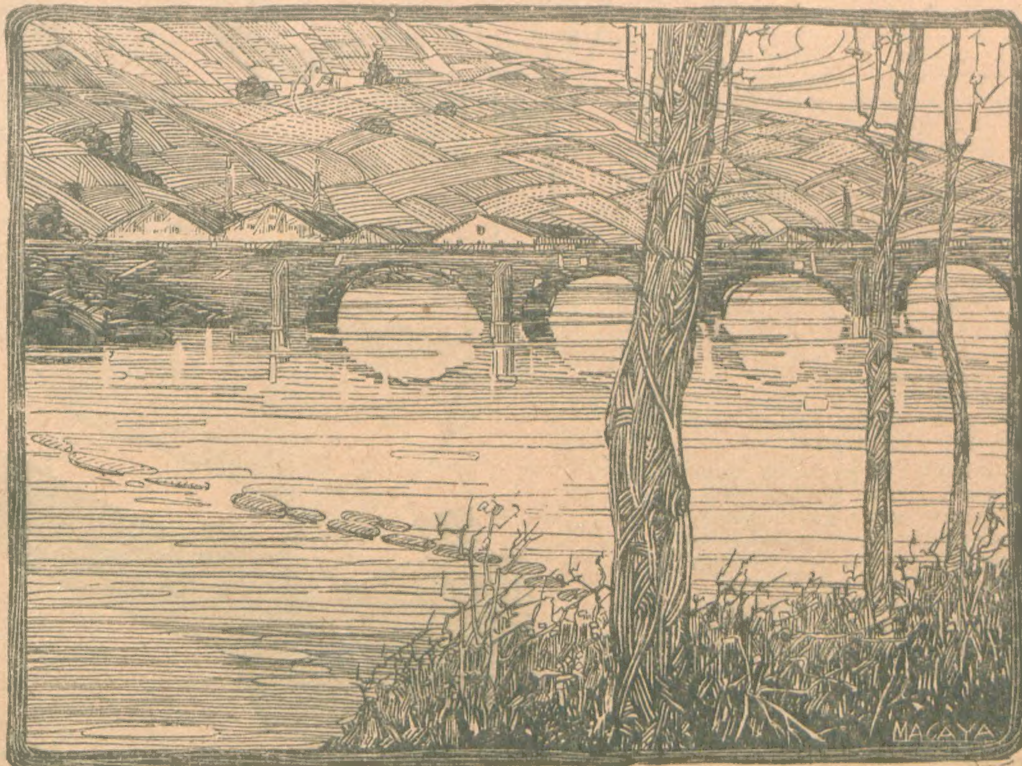
6.ª El patrimonio de la Federación será constituído por las cuotas de los asociados y de las corporaciones adheridas, por las comisiones provenientes de las ventas de obras de arte que se hagan por su intermedio y en sus exposiciones, por la parte que le corresponda en el producto de las ediciones de libros que publique, por el producto de los festivales que realice y por las donaciones y subsidios que reciba.

7.ª La Federación celebrará anualmente en el mes de octubre la Fiesta de las Cinco Artes, para mantener vivo el sentimiento de solidaridad entre los artistas.

8.ª El gobierno de esta institución será ejercido por una comisión, que se renovará periódicamente, elegida por los asociados e integrada por delegados de las sociedades federadas en la proporción y modo que los estatutos establezcan.

En estos tiempos, en que la acción aislada del individuo es impotente ante la de las colectividades organizadas, debemos encauzar todos los elementos disgregados para constituir una fuerza eficiente—ajena a la burocracia y al oficialismo académico—para desenvolver el arte y amparar a los artistas en la República Argentina.

Si este proyecto encuentra, como espero, una favorable acogida, se convocará en breve a una asamblea de adherentes para fundar la Federación Argentina de Artistas.



Proverbios laicos

A Enrique Villarreal.

Adopta la filosofía del agua fluente
que se desliza a duras penas sobre el fangal,
cantando y oponiendo a la hosquedad del ambiente
la pureza acrisolada que hay en su raudal.

Nada logra desviar el curso de su corriente
que cumple a pesar de todo su misión vital,
lo mismo cuando mitiga nuestra sed ardiente
que al llenar de flores la soledad del erial.

Ampárate, como ella, en la bondad manifiesta
que la humaniza en la serenidad de la siesta
y le da una apariencia de piedad maternal,

cuando murmura en la noche su canción de cuna,
mientras en la vastedad ladra un perro a la luna,
y la Envidia se encrespa al pie de tu pedestal...

J. L. FERNANDEZ DE LA PUENTE.

Dib. de Macaya.

Cuentos serranos

Dos santiagueños en Córdoba

por Aníbal RAVIOL GUIOT

Quemaba el sol de esa tarde reverberando en las escasas piedras del camino arenoso con una intensa brillazón.

Las chicharras preludiaban, en los mistoles, su canto monótono y angustioso. De la tierra color jalde, agrietada, reseca, subía a la atmósfera un insoportable vaho de calor.

Indiferentes al bochorno de la hora canicular, nuestros dos santiagueños seguían, al paso de sus mansas cabalgaduras, la huella del camino casi pelado de árboles, largo, infinito... De vez en cuando, y para romper la aridez del viaje, el más joven de los paisanos observaba:

—Tán flacas las vaquitas del Abra Chica...

—Tán... contestaba el otro, impasible, con la eterna respuesta monosilábica del paisano del norte, que no contradice nunca. Y se callaban, siguiendo siempre el carril angosto, hasta que, entre bostezo y bostezo, el más viejo se tomaba la revancha, interrumpiendo por no ser menos:

—Tiempito'e seca...

—Así es, po...

Venían de muy lejos. De los quebrachales; del "oro vegetal"...

Hachadores eran ellos, cuando urgía trabajar para comer. De no, preferían las largas siestas genuinamente santiagueñas, bajo la sombra caritativa de algún algarrobo providencial, o buscaban un trabajo más liviano.

Un buen día resolvieron la cruzada. Fibra tenían de andantes caballeros. Y se echaron a andar mundo adelante; bien provistas las alforjas y con varios litros de aloja en los cuerpos y en los chifles.

Treinta leguas llevaban recorridas. ¡Treinta leguas que se hacían interminables, santiagueñas, aplastantes de calor y de polvo! ¡Treinta leguas que hicieron, casi doridos de pereza, bajo la gloria del sol!...

Pronto se terminó para ellos el mundo conocido; ya el camino no era una sucesión de pencas, algarrobos y mistoles... Habían dejado muy atrás las estancias que, como jalones, indicaban a los jinetes, el rumbo y la distancia: "Cardón Pozo", "Loma Negra", "Taco Llocoma", "Cortaderas", "Media Flor", "El Hoyón".

Algunos perros, galgos de hambre, salían de las ranchadas a torear los rucios...

Y los dos santiagueños seguían, imperturbables, la toreida huella del carril desarbolado, triste, inacabable...,

---

Después de no pocas penurias, nuestros paisanos llegaron a las Salinas. Y andando, andando, penetraron en tierras cordobesas. Eligieron camino sin titubear—no conocían ninguno,—dieron luego un descanso reparador a los jamelgos, montaron sin apuro y resolvieron seguirlo hasta el fin del mundo...

De pronto pasó un auto. Cruzó ante ellos como una exhalación y se perdió en el horizonte. Una ráfaga de polvo, tenue e impalpable, envolvió a jinetes y cabalgaduras. Los caballeros estornudaron. Filósofos, los rucios, se limitaron a mover las orejas y seguir su camino. ¡Filosofía fatalista de las mulas santiagueñas, habituadas a todas las injusticias humanas!

Algo relucía al sol, en el suelo, que no pasó desapercibido para los paisanos. El más viejo acercóse al objeto, cauteloso, pintada en el semblante toda la desconfianza innata del santiagueño nato...

Semicubierto de polvo el objeto le intrigaba. Un ruido leve, casi imperceptible, lo puso en guardia.

Entonces, aventuró su opinión.

—Velai, compagre, si mi'hace qui'hai ser una víbora'i cruz...

—Dormida'i calor, dejuro...

—¿Oyís? hace tic-tic...

—¿La matemos... compagre?

—Aicito no más tenís piegras... matala.

Retiróse prudentemente el paisano viejo. El paisanito consumió el alevoso asesinato.

¡Ingenuidad santiagueña! La víbora de la cruz que pretendían haber muerto, era una simple cadena de oro y un reloj era la cabeza del ofidio que creían haber desmenuzado a golpes.

Un tanto repuestos de la emoción del primer "entuerto" deshecho, nuestros hombres continuaron la marcha.

Y a la legua del lugar, ya más comunicativos, el santiagueño viejo, satisfecho de la hazaña, volvió la cara a su compañero retrasado para decirle:

—Le reventamo lo seso, ¿no, compagre?...

Y en un trago de aloja pregustó la epopeya...

Al cabo de unas horas, echaron de ver que se les habían agotado las provisiones. Vacías las alforjas y los estómagos, sin agua en los chifles, imposible era seguir.

Felizmente, no lejos, se alcanzaba a divisar una población de campaña que, al pie de la sierra, les brindaba a sus imaginaciones fáciles, gratis descanso y no difícil subsistencia. Con recurrir a la autoridad...

La autoridad era el comisario. Recostado, con la indolencia característica de todos los comisarios de campaña, al marco de la puerta, alternaba un cigarrillo de chala, con unos mates que, de a ratos, le cebaba el asistente.

Apeáronse nuestros santiagueños:

—Güenas tardes...

—Güenitas... ¿Qué los tráí?...

Dijeron ellos el objeto que los traía. Perdidos y sin alimentos, en busca de trabajo, venían a pedir todo: rumbo, comida y ocupación... si no había más remedio.

Averiguóles el funcionario la procedencia, antecedentes, clase de vida que llevaban — con esa minuciosidad con que estas buenas gentes se meten en lo que menos les importa, — tratando de cerciorarse si eran sujetos de mal vivir.

A esta altura, una sonrisita irónica, de superioridad, se dibujó en los labios del santiagueño viejo. Y ya no pudo contenerse. ¿Gente de mal vivir... ellos? ¡Qué esperanza! ¡Si hasta valientes eran! ¡Y qué sangre fría, a toda prueba! Ellos, dos humildes santiagueños, sin pretensiones, habían muerto una víbora de la cruz, ¡una víbora de la cruz... nada menos!

El relato tomaba una vivacidad singular. Atemperólo el comisario, escéptico:

—Taría dormida...—subrayó.

—¿Dormida?... ¡Si hacía tic-tic!—aseveraron nuestros santiagueños ofendidos de que se dudase del valor del hecho.—¡Estaba vivita, bien vivita!...

El comisario se llevó, instintivamente, la mano al bolsillo inferior del chaleco.

—¡Mi reloj!...—exclamó.

Y adivinó la tragedia...

Horas después, hallados los objetos que pertenecían al comisario a quien se le habían extraviado al mover unas ropas en el interior del auto en que regresaba a sus dominios, comprobada la rotura, intencional bajo todo punto de vista, el comisario, sin disimular su satisfacción, ordenó a su asistente:

—Veia, Luna: métame a la barra a esos dos valientes.

Con lo cual resolvieron nuestros dos santiagueños, por dos días, dos problemas fundamentales: pan y descanso.

Cuando salieron en libertad, después de los "planazos" reglamentarios de desahogo, el santiagueño viejo, maldiciendo en su interior la hora en que resolviera echarse a andar mundo adelante, sólo pudo balbucear, substractum de toda su filosofía hecha a golpes, parodiando a un ingeniero que se cortó un dedo con un hacha, allá en un obraje del Chaco santiagueño:

—Cosa'e la vida...

Y dirigiéndose a su compañero, siempre retrasado en el regreso largo, angustioso, inacabable, agregó de su cuenta a la frase una acotación de amargura:

—'E la vida perra... compagre.

Y esa tarde en que Sancho y Quijote santiagueños, derrotados, volvieron las espaldas a las sierras de Córdoba con el sublime desprecio de los hombres superiores e incomprendidos, el disco del sol se detuvo, irónico, a contemplarlos, en la línea tangencial del horizonte...

Villa Allende, Sierras de Córdoba, 1920.

NUESTROS CARICATURISTAS.—Ramón Columba, por Blay



Su respetable papada cardenalicia dice de óptimo diente y de imperturbables digestiones. Porque Ramón Columba, ¡señores!, es hombre de probado buen gusto: ríese del señor Hipólito, no lee al clásico Delfor, y cuando habla alguno de los "Ocarinas"... se hace el Perfecto Sordelli. Pasando a la alforja artística, plácenos declarar que no es manco ni caído de la cuna. ¡Columba es Columba! Ha colaborado en las principales revistas porteñas, y cuando hubo necesidad de acariciar a los inventores de la nueva escuela boche-chilenófila diplomática... "Pobre Diego Luis querido — cuántos disgustos te he dado". — Así lo ve Blay.

Láctea

A coronel Bortagaray, ¡sí, sí!

Para poder apreciar si la leche es pura o si contiene muchos microbios se emplea en el consultorio de niños de pecho de Fécamp un medio tan ingenioso como sencillo, debido a un farmacéutico francés llamado Vaud n. He aquí el modo de operar:

En un frasco de cien centímetros cúbicos de cabida y de boca ancha, se introducen con un cuentagotas cinco gotas de una solución al uno por mil de carmín de índigo seco. Se llena luego el frasco de la leche que se quiere examinar, y se cierra herméticamente, para lo cual se procurará que el tapón sea esmerilado. El líquido toma un color azulado a la luz difusa; se deja reposar y se examina al cabo de algunas horas.

Como los microbios que encierra la leche son aerobios, reducen el índigo, y la coloración desaparece poco a poco con más o menos rapidez, según que haya más o menos abundancia de gérmenes en el líquido. La operación, desde luego, no indica qué clase de bacterias hay en la leche, sino sólo si ésta es pura o no.

Niceto ECHENAGUCIA.

En *Harrods*



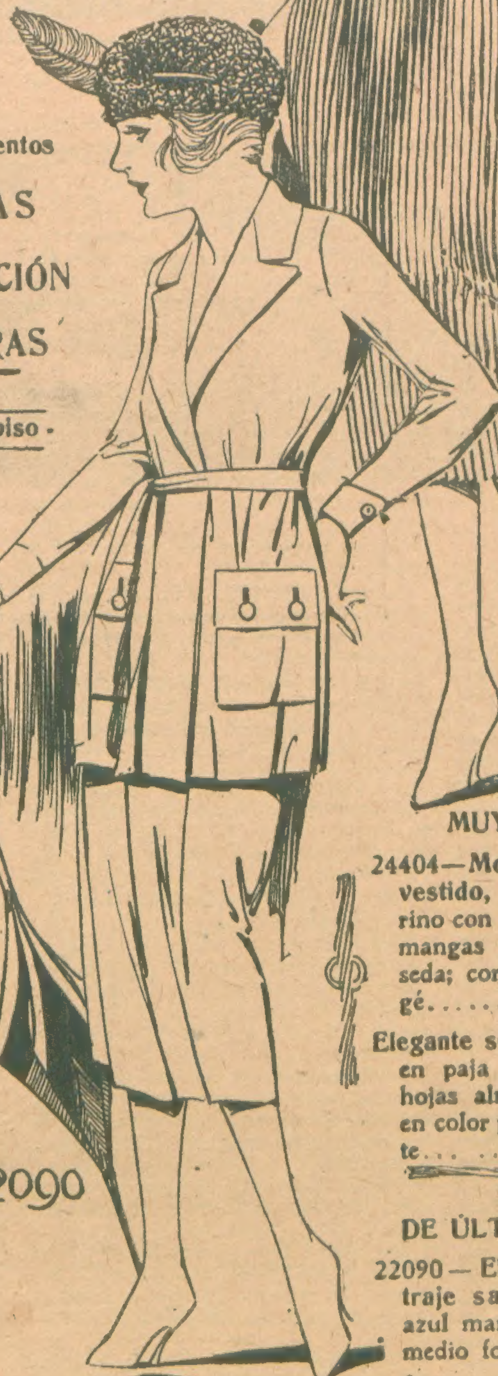
Las creaciones ***Harrods*** se destacan por su sencillez y elegancia de estilo, reúnen un conjunto de suprema distinción y responden ampliamente a los últimos dictados de la moda.



Departamentos de
MODAS
y
CONFECCIÓN
SEÑORAS

· Primer piso ·





24379

24404

22087

22090

CREACION DE ACTUALIDAD

24379—Vestido de gran moda, en lana fantasía, fondo obscuro a cuadros de color, con adornos en satín de seda; corpiño pongé $ 85.—

Sombrerito de paja fantasía, copa forma boina, adornado con un grupo de guindas al costado..... $ 32.—

DE MODA Y MUY SENCILLO

22087—Elegante traje sastre, en lana fantasía, de gran moda, fondo obscuro con rayas de color; medio forro de seda. Talles: del 44 al 52......... $ 130.—

Novedosa boina de paja tagal, adornada con una fantasía; en verde, amarillo, bleu o blanco........... $ 35.—

MUY ORIGINAL

24404—Moderno y elegante vestido, en sarga azul marino con plissé de gran moda, mangas y vistas en satín de seda; corpiño de pongé............... $ 95.—

Elegante sombrero semicloche, en paja liséré, con guía de hojas alrededor de la copa; en color paja solamente............. $ 35.—

ESTILO DE ÚLTIMA NOVEDAD

22090—Elegante y práctico traje sastre, en gabardina azul marino o de color, con medio forro de seda, a.............. $ 98.—

Bonita toca, de paillasson, adornada con un couteau de pluma; variedad de colores............. $ 28.—

Harrods

FLORIDA 877 Y PARAGUAY 554

LA MUERTE DEL DUELO EN FRANCIA

El general de Castelnau, el abate Lemire y los señores A. Israel, Inizan y Dupin, han presentado ante la Cámara de Diputados francesa una proposición de acuerdo con la cual el duelo queda convertido en un delito. Esa proposición dice en parte como sigue:

"Quienquiera que se bata en duelo será castigado con la pena de prisión que puede variar de un mes a un año, y con una multa de cien a mil francos; el que haya herido a su adversario se verá castigado con prisión de tres meses a tres años, y con multa de doscientos a dos mil francos; y el que dé muerte a su adversario será castigado con prisión de uno a cinco años y con multa de mil a diez mil francos.

"Los testigos del duelo recibirán como pena la de prisión de un mes a un año, con multas de cien a mil francos.

"Las ofensas, injurias o lesiones al honor, que den lugar a una provocación en duelo, podrán someterse al arbitraje.

"Además, se prohibirá a los periódicos publicar crónicas y procesos verbales relativos a los duelos, bajo pena de una multa que puede variar entre quinientos y dos mil francos."

A este respecto encontramos en el "Journal des Débats", la siguiente interesante crónica, que reproducimos íntegramente:

"Como se ha dicho, un proyecto de ley presentado ante la Cámara prohibe el duelo y le clasifica como delito.

"El simple hecho de haberse batido se castigará con multa y prisión, penas que habrán de duplicarse si en el encuentro resulta herido alguno de los adversarios, y que se decuplicarán en caso de muerte.

"Los testigos, por su parte, también habrán de sufrir una pena consistente en prisión y en multa, y por último, quien procure o facilite el terreno para un encuentro de esta naturaleza, incurrirá también en un castigo.

"Y eso está muy bien. Es preciso alabar sin reserva alguna a los autores de ese proyecto. Porque nada hay que sea menos razonable, menos justo y con frecuencia más ridículo que esa manera de arreglar o de zanjar las disputas, viéndose países tan sensibles como el nuestro desde el punto de vista del honor, en que ninguna falta hace ni ha hecho el duelo.

"El único mérito que no se puede reconocer a la proposición es el de la originalidad. Llega en décimonoveno o en vigésimo lugar después de una letanía de edictos de los que el más antiguo, para hablar sólo de Francia, parece remontarse a la época del rey San Luis. Otro fué dictado por Carlos IX, quien no por haber ordenado la matanza de San Bartolomé dejaba de reprobar la efusión inútil de la sangre de sus súbditos. Otros más tarde, por Enrique IV, quien no los aplicó, pues jamás negaba el indulto a quienes habían sabido batirse bien; por Luis XIII y por Luis XIV, que les aplicaron mejor.

"Durante el reinado de este último monarca, se tomaron once disposiciones a ese respecto; se escalonan desde 1643 hasta 1711, lo que parece indicar que tuvieron poco efecto. La de 1704 contenía un artículo juicioso, comprendiendo muy bien que existen ultrajes que nada puede hacer olvidar, por lo que el gran monarca consentía que el hombre galante que había recibido un bofetón se pagase en la misma moneda, y fuera autorizado por sentencia judicial a devolver al insolente el pago de su brutalidad.

"Una costumbre puede calificarse de bien arraigada, cuando resiste y sobrevive a tantas leyes. Muchas de esas leyes, infinitamente más severas que aquella cuyo proyecto se ha presentado últimamente, imponía la pena de muerte a los delincuentes.

"No por eso persistían menos los duelos; quince años después del que había hecho fuera decapitado Francisco de Montmorency a pesar de que los adversarios no tuvieron tiempo de herirse, Enrique de Guisa en pleno día mataba al conde de Coligny en plena Plaza Real, y el duque de Beaufort, poco después, mataba al duque de Nemours.

"Nos mostraríamos escépticos sobre los efectos de la futura ley, si sólo impusiera penas pecuniarias; doscientos a dos mil francos por herir a algún adversario aborrecido debe ser en el concepto de muchos casi regalado; la amenaza de prisión les impresionaría más y les hará reflexionar.

"Pero quizás haya que contar sobre todo con un artículo, en apariencia secundario, que es el que prohibe y castiga toda publicidad.

"Prohibir que se hable del duelo es quitarle toda su razón de ser, lo mismo que a los que interpretan su código, que conocen sus ritos, que arreglan el protocolo y que dictan los oráculos. Ese pequeño artículo inofensivo, ¿no sería en realidad el verdadero golpe de muerte dado al duelo?"

¿Aman los gorgojos?

A Rafael Noceti.

Un especialista en insectos, de la Universidad de Chicago, ha hecho un descubrimiento curiosísimo: el amor es desconocido entre los gorgojos de la patata. He ahí por donde hay en la tierra seres para los cuales la más cruel de las pasiones, con todas sus consecuencias de celos, desesperación, despecho, crímenes pasionales, etc., es un misterio.

No vaya a creer el lector que el entomólogo yanqui ha hecho este descubrimiento así, de golpe y porrazo; al contrario, sus curiosas deducciones son consecuencia de once años de estudios constantes sobre los gorgojos. Otro resultado de los mismos estudios, es que el citado profesor ha conseguido aumentar el ancho de las rayas de los gorgojos, hacer que estas rayas salgan transversalmente en vez de a lo largo, y hasta borrarlas por completo.

Pero el hecho más importante es el que se refiere a la ausencia del amor en estos insectos, porque de este modo, los espíritus pusilánimes no podrán tener miedo de que el fantasma del divorcio haga su aparición entre estos diminutos moradores del planeta. Hay que advertir que los gorgojos de la patata son muy comilones; acaso sea porque no aman.

Federico ALVAREZ DE TOLEDO.

CONSTRUCCION MODERNA

—¿Lo ves? ¡Ya te dije que nó ataras el perro a la baranda!

Entre las muchas cosas que en las farmacias se venden para facilitar la tarea de cirujanos, sanitarios y enfermeras, hay una especie de venda aglutinante o cinta adhesiva que sin duda conocerán algunos de nuestros lectores, y que en cierto modo recuerda la cinta que usan los electricistas. Es, en realidad, una cinta o tira estrecha de muselina u otro tejido ligero, una de cuyas caras lleva una capa de una substancia adherente hecha a base de caucho. Conócense varias marcas, pero las mejores son las que contienen óxido de cinc, para evitar la irritación de la piel. Esta clase es la que mejor se adhiere, siempre que la superficie a que se aplica esté perfectamente seca. La menor humedad dificulta y hasta impide la adherencia. Esta será mucho más rápida y segura si se calienta ligeramente la superficie engomada de la cinta. Para quitar luego ésta, basta levantar un poco el borde y echar entre ella y la piel un poco de éter, alcohol, gasolina o bencina.

El reverso de la tela no debe mojarse, porque entonces se separa el tejido y deja la capa adhesiva pegada a la piel.

En la Columbia Inglesa hay ochenta millones de hectáreas de bosques hermosísimos, en los que anualmente se hace una corta por valor de unos veinte millones de pesos oro. Por regla general, hácese la corta en invierno, y los troncos van echándose al río, entonces completamente helado, y abandonados allí, sobre la dura corteza, hasta que ésta se halla completamente oculta bajo la madera. Cuando viene la primavera, el hielo se derrite, y los troncos, quedando a flote, son arrastrados por el río hasta los aserraderos, que distan algunas leguas. En ambas orillas se sitúan hombres provistos de largas pértigas, que están en observación para desenrollar cualquier tronco que pueda quedarse detenido en la orilla.

Este procedimiento, que en la primavera convierte el río Columbia en una verdadera corriente de madera, es mucho más cómodo que la construcción de grandes balsas con los troncos, como se hace en otros ríos americanos menos rápidos. Cuando los troncos llegan a los aserraderos, se hacen de ellos tablas que se exportan a diversos países. Inglaterra, la América del Sur, Australia, Africa, China, Japón y Francia, reciben mucha madera de la Columbia Inglesa, y una gran parte de ella se consume en el resto del Canadá.



—Creo que en mis tiempos bailábamos de una manera más grácil.

Los ascetas más notables del mundo

Hace ya mucho tiempo, venía hablándose de los "majatmas", suerte de ermitaños que en las cumbres más inaccesibles del Himalaya llevaban una vida contemplativa, llena de miserias y privaciones sn igual; pero nadie había visto a estos hombres singulares, y hasta empezaba a dudarse de su existencia, cuando la "Hindustan Review" publicó la noticia de que cuatro atrevidos viajeros pudieron llegar a las alturas que se decían habitadas por los ascetas, y consiguieron verlos.

El primero que encontraron era un hombre viejísimo, de aspecto venerable, enteramente desnudo, y reclinado sobre una piedra plana. Su larga cabellera blanca y la barba que le llegaba hasta el pecho, estaban todavía cubiertas de copos de la reciente nevada, y espesa capa de nieve cubría también su lecho de piedra. Inmóvil en medio de aquel imponente paisaje, en el solemne silencio que reina en aquellas alturas, parecía entregado a una beatífica contemplación, y no se dió cuenta de la presencia de los viajeros. Durante la media hora que éstos permanecieron junto a él, ni siquiera entreabrió los entornados ojos. A no haber visto cómo su descarnado pecho se agitaba al compás de la respiración, hubiérase dicho que estaba muerto.

Algo más lejos, otro majatma de menos edad permanecía tendido sobre la tierra helada, y junto a él, un tercero se encontraba en posición dificilísima, vuelto boca arriba y sosteniéndose sobre pies y manos de modo que el cuerpo quedaba separado del suelo, y la cabeza colgando hacia atrás, fija la mirada en el cielo. Nada protegía a estos seres misteriosos contra las inclemencias del tiempo; sobre su cuerpo no se veía ni el más pequeño pingajo, y entre tanto, los viajeros, bien envueltos en amplios capotes, tiritaban como si todo el frío del Himalaya se les metiese hasta los huesos.

El Señor ha dicho...

El Señor ha dicho a su hijo:—Camina por el claro jardín inocente—de los ángeles, donde brillan las manzanas y las rosas. Es tuyo. Es tu reino.—Pero no se despierta de las cosas—sino la flor;—deja el fruto en las ramas—no profundices la dicha.

No trates de conocer—el secreto de la tierra—y el enigma de los seres.—No escuches la voz que atrae allá en el fondo de las sombras, la voz que tienta, la voz de la serpiente, la voz de las sirenas.

O la de las palomas ardientes—en las frondas sombrosas del amor.—Sigue ignorante.—No pienses: canta.—Toda ciencia es vana:—ama tan sólo la belleza,—y que ella sea para ti toda la verdad.

Charles van LERBERGHE.

Midiendo la inteligencia

A Octaviano Vera.

Después de largos años de investigación, el psicólogo holandés Van Biervliet, ha deducido que la inteligencia puede medirse perfectamente. Las operaciones intelectuales más complejas se reducen a número y medida, mediante los resultados que se obtienen observando la fuerza del sistema nervioso y su delicadeza. Recurramos a una comparación clara: de un violoncello, por ejemplo, no se puedan obtener los efectos que se sacan de un violín, debido a que las cuerdas del segundo son mucho más finas. Las notas de cada uno de los instrumentos pueden ser igualmente perfectas y hermosas, y sin embargo, nadie dudará en afirmar que las del instrumento más delicado alcanzan más que las del otro.

De un modo análogo, podemos comparar las inteligencias. Según Van Biervliet, la finura del oído o de la vista de una persona nos permite medir con bastante aproximación la potencia de sus sistema nervioso. Entre una docena de personas inteligentes se verá que lo son más las que mejor aplican y emplean dichos dos sentidos; el tacto es igual aproximadamente en todos los individuos en condiciones normales. Por el efecto que un incidente dado produce sobre un espectador, o por el relato que hace de él, puede calcularse el número de imágenes creadas en su mente. En una imaginación capaz de concentrarse bien, y por tanto más inteligente, estas imágenes se suceden en orden lógico, conservando entre sí una relación prefecta, mientras en la mente que goza de menos inteligencia, las imágenes aparecen difusas y desordenadas.

Si se adopta un símbolo numérico para expresar los resultados que se derivan de los experimentos de la vista y del oído, hechos con una serie de individuos, podrá formarse un plan de medidas mentales, con la fuerza de la célula nerviosa como base, y será posible aplicarla a todas aquellas personas que hayan entrado en la edad de la razón.

Hoy es un hecho admitido por la ciencia, que ciertas mentes no adquieren la conciencia de su propia fuerza intelectual hasta una edad avanzada; pero aun en estos casos, parece que los resultados de los experimentos hechos con la vista y el oído, pueden ser suficientes para calcular la cantidad de inteligencia del individuo.

José S. SALINAS, doctor.

Del gremio.—Arturo Gavazzo, por García Beltrán



Edad: 18 años menos que Juvenal Villamil y 15 más que Félix Storni; pelo: zaino, tirando a Kalisay Escobar Bavio; lugar de nacimiento: Gualeguaychú; pedigree: por Paréntesis y Piedra Movediza, en Carta Blanca, por Movimiento Continuo, en Unión Cívica; stud: "La Nación"; compositor: Adolfo Montenegro. Tiene "clase" y va a la distancia (en breve, flétanle a Jujuy). Aunque bastante "Oropel" y algo delicado de las "duelas", desempéñase bien en la pista que caiga, sobre todo, en la del Círculo de la Prensa. ¿Conforme, Rodríguez Giles?... — Alegoría de García Beltrán.

Reproducción voluntaria de sexos

El problema de la obtención voluntaria de machos o de hembras en una generación de animales, ha preocupado seriamente a muchos investigadores. Los últimos experimentos en este sentido han venido haciéndose en el instituto farmacológico de la Universidad de Francfort, por el profesor Richard Hetwig, quien ha llegado a producir a voluntad machos de rana mediante la aplicación, durante su desarrollo, de una temperatura de 25 o 28 grados. El mismo resultado se ha obtenido empleando, en vez de larvas, huevos de ranas que habían llegado a un estado de hipermadurez antes de ser fertilizados. Otro investigador, el doctor Adler, ha descubierto que los machos así obtenidos ofrecen todos ciertas anomalías en la glándula tiroides que corresponden a las que ocasiona en las personas la enfermedad de Basedoff. Finalmente, un tercer hombre de ciencia, el profesor Gudernatsch, ha conseguido que todos los renacuajos se conviertan en ranas machos alimentándolos con la substancia de la glándula tiroides. De cuatrocientos renacuajos sometidos a este régimen, ni uno solo salió hembra.

Parece evidente que bajo la influencia del calor se verifica una degeneración o retrogresión de la glándula tiroides, en virtud de la cual una parte de su substancia queda en libertad y ocasiona la transformación de los órganos femeninos en masculinos. El agente químico de esta reacción parece ser el yoduro de albúmina.

Se han empezado a hacer experimentos análogos con seres que ocupan un lugar más elevado en la escala zoológica, pero hasta ahora no se ha obtenido ningún resultado positivo. Por otra parte, estas investigaciones no pueden hacerse sino con mucha precaución, pues el tratamiento de la glándula tiroides es siempre peligroso.

PUCHITOS

Muy interesantes ideas sobre el problema del alcoholismo apunta M. Finot en "La Revue Mondiale".

Empieza haciendo constar cuán interesante es ahora para Francia proteger la vida de sus ciudadanos, ya que las enormes pérdidas producidas por la guerra han mermado notablemente la población; así, pues, precisa ocuparse muy especialmente de todas las enfermedades infecciosas, plagas de la humanidad, y por lo tanto del alcoholismo, cuyos males son cada día más conocidos y lamentados.

Nos habla luego de las nefastas influencias del alcohol a través de la herencia, y expone algunos estudios científicos en este sentido realizados.

"Según Féré—escribe—basta colocar los huevos en incubación en una atmósfera de vapores de alcohol para obtener en seguida una proporción sorprendente de monstruos, de anormales, sin contar numerosos embriones que mueren.

"Naturalmente, si se inyecta en la clara del huevo algunas gotas de alcohol, el espectáculo que sobreviene es aún más lúgubre. Por otra parte, ya hemos dicho en varias ocasiones cómo el alcoholismo femenino ha tomado después de la guerra proporciones alarmantes.

"Si se añade, pues, a la influencia que el alcohol ejerce sobre el óvulo, la que indudablemente tiene en el espermatozoide, se comprenderá fácilmente la fatal degeneración que arroja la procreación de quienes absorben sin moderación alguna el veneno alcohólico."

Expone luego los graves males que el alcoholismo puede acarrear en Francia y en el mundo entero: de ahí que dicho vicio esté hoy universalmente condenado, pues aun prescindiendo de la transmisión por herencia, ocasiona excitaciones del sistema nervioso, lesiones en los nervios periféricos, hiperestesia dolorosa de los miembros inferiores, parálisis, crisis convulsivas, etc..., todo un conjunto de enfermedades y fenómenos que destruyen la personalidad y disminuyen su valor moral, económico e intelectual.

Afirma el autor que el vino, la cerveza y la sidra no son, ni con mucho, tan perjudiciales como las bebidas espirituosas, que son las que más urge hacer desaparecer, quedando las otras como un recurso ante la imposibilidad de la abstinencia absoluta, de lo cual parecen haberse dado cuenta aun en los Estados más "secos" de América. Y comentando todas estas cuestiones termina M. Finot su interesante artículo.

Los antiguos egipcios no han sido igualados en su arte para la fabricación de perfumes. Un ungüento conservado en un vaso de alabastro, en el Museo de Alnwick, despide todavía un olor penetrante aunque fue fabricado hace cerca de tres mil años.

Se han empezado a utilizar las algas marinas en Dinamarca para la alimentación del ganado vacuno. Según parece, estas plantas constituyen un alimento muy nutritivo, y las vacas lo toman con gusto. Las algas tienen que lavarse muy bien para quitarles el exceso de sal, y después se exponen al vapor a alta presión, para romper las células, pudiéndose así obtener una masa con la cual se forman unas tortas, que se secan en el vacío y se pulverizan. El jugo que se obtiene al amasar, se concentra, cristalizándose las sales y separándolas, y el residuo se mezcla con las tortas pulverizadas y se forman así nuevas tortas, que son las que constituyen el pienso.

Analizado éste, da un cinco por ciento de agua, 13,12 de materias proteicas, 1,07 de grasas, 66,76 de hidrocarburos digestivos, nueve de celulosa y 5,03 de sales minerales.

Hasta ahora no se ha determinado exactamente qué es lo que más conviene: si criar vacas para carne o para la leche.

El doctor H. P. Armsbry, un experto en cuestiones de nutrición de animales, estima que la energía del grano empleado en alimentar un animal se recobra en un 18 por 100 en leche para el consumo humano, y sólo un tres y medio por 100 nos llega como carne.

El producto de 100 calorías de alimento humano en forma de leche procedente de una buena vaca lechera, requiere que el animal consuma el equivalente de 2,9 libras de almidón, y si la vaca no es de raza necesitará 4,7 libras, y para obtener las mismas 100 calorías en forma de carne de un animal de dos años y medio, se necesitan nueve libras de almidón; es decir, que una buena vaca lechera produce el 20 por 100 del valor de la energía de lo que consume; la vaca no lechera el 12 por 100, y un cebón solamente el seis.

Un experto en conocimientos agrícolas, el profesor Wood, dice que durante la vida entera de una vaca rinde un 12 por 100 del alimento, consumido en la forma de leche y carne. El animal criado para carne sólo rinde 1/64.

Estas consideraciones están basadas en proteínas e hidrocarburos. Si consideramos las vitaminas y los elementos minerales, la vaca lechera tiene la ventaja.



EN EL RESTAURANT "EL TIEMPO ES ORO"

—¿Tardarán mucho en servirme el medio pollo que pedí?
—Esperamos que alguien encargue la otra mitad, señor.

Cuando alimentamos reses con hidrocarburos y granos que producen vitaminas, éstas se almacenan en los tejidos del animal en pequeña cantidad, pero pasan en grande a la leche, de modo que, materias que no sirven de alimento humano, se convierten en leche. La carne es pobre en calcio, que relativamente abunda en la leche.

La escritura del idioma árabe es de lo más raro que se conoce. Además de escribirse de derecha a izquierda, no tiene letras mayúsculas; lo único que se hace es poner las letras iniciales un poco más gruesas que el resto del escrito o escribirlas con tinta de otro color.

Divídense las letras en radicales, serviles, compuestas, sanas y enfermas, y todas son consonantes.

Las enfermas se denominan de este modo porque desaparecen o cambian en muchos casos.

Los instintos no están realmente diferenciados sino en los animales superiores; en los rudimentarios apenas hay localización perceptible.

En los moluscos, sin embargo, la evolución diferencial es bastante marcada y de ellos es un notable ejemplo el caracol vulgar "helix pomatia" en lenguaje zoológico.

Este animal posee un olfato muy desarrollado; pero los naturalistas no habían podido averiguar en qué punto de su cuerpo se hallaba el órgano correspondiente: El profesor Jeing ha demostrado que existen en todas las partes del cuerpo no recubierto por la materia caliza, siendo más agudo en los tentáculos, los labios y los bordes del pie.

Tenía razón M. Alfred Morain, prefecto del Soma cuando en julio de 1919 decía ante 380 alcaldes de las ciudades destruídas en el departamento, reunidos en el congreso de Amiens, que sólo un milagro podía devolver la vida a aquella naturaleza muerta y desolada. Pues ese milagro se está haciendo. Los datos que siguen sobre el departamento del Soma permiten formar una idea de lo que se ha hecho en estos últimos dos años.

En menos de un año, desde el 11 de noviembre de 1918, de las 198.436 hectáreas de tierras devastadas, en 10 de abril de 1920, 90.000 hectáreas de tierras incapaces de producir están en pleno cultivo. Cuando se levante la cosecha se recogerán 1.300.000 hectolitros de cereales. Se prevé que para el otoño los labradores podrán trabajar 60.000 hectáreas más.

De los 60 millones de metros cúbicos de trincheras y agujeros de granadas por rellenar, 26.800.000 metros cúbicos de trincheras y agujeros de granadas están arreglados. De 20 millones de metros cuadrados de alambrados que era necesario sacar, se han sacado 10.700.000 metros.

De 4.680.000 metros cúbicos de tierra por remover y de las 205 ciudades o aldeas destruídas se han removido un millón de metros cúbicos. Las ciudades de Amiens, Corble, Nerle, Roves, Ally-sur-Noye, y otras están casi completamente restablecidas a su estado anterior, pudiéndose esperar lo mismo antes de un año respecto de Montdidier, Peronne, Chaulnes y aldeas adyacentes.

De las 25.000 casas destruídas o deterioradas y las 1.200 fábricas destruídas o perjudicadas, 8.200 casas se hallan enteramente reparadas o en estado de habitabilidad; se han edificado 10.000 abrigos provisionales cuyo número se habrá duplicado antes del próximo invierno; 230 fábricas funcionan perfectamente y 400 funcionan con producción reducida.

Pocas personas tienen idea de la enorme extensión de los recursos carboníferos de China. Su reserva total se calcula aproximadamente en 995.587 millones de toneladas, mientras que la cifra para toda Europa es de unos 200 millones de toneladas, siendo la de Inglaterra 189.533 millones de toneladas. Esta apreciación de la riqueza carbonífera de China puede considerarse muy conservadora, habiéndose calculado, en efecto, las reservas totales en la enorme cifra de 1.500.000.000.000 de toneladas, lo que es muy aproximadamente lo necesario para abastecer a todos los países del mundo en sus demandas por más de mil años.

Vale la pena anotar que la parte importante que China puede ejercer como nación productora de carbón ha sido apreciada por Alemania, pues periódicos técnicos alemanes han venido ocupándose bastante de este asunto desde hace pocos meses.

El interior de las casas checoeslovacas presenta un aspecto original y agradable; las paredes y el techo se encuentran materialmente cubiertos con platos, jarritas y una porción de objetos de cerámica pintarrajeada, muchos de ellos procedentes de la antigua fabricación casera ya desaparecida.

El comedor, la cocina, los dormitorios, los pasillos abundan en esta clase de ornamentación.

Premeditación

por Mauricio LEVEL

Fué un día como otro cualquiera semejante a todos, en los que no pasó nada que no ocurriese todos los demás, cuando madama Chertier concibió la idea de matar a su esposo.

Este leía acodado en la mesa; la lámpara que le alumbraba dejábale el rostro en la sombra. Sintió que pesaba sobre él una mirada y preguntó:

—¿Por qué me miras así?

Y ella contestó:

—No te miraba de ningún modo, Emilio.

—Pues me pareció...

La esposa bajó la cabeza; de este modo ningún reflejo de luz podía herir su rostro, y sus manos se crispaban tras la espalda sin que se viese la violenta contracción de los dedos.

Chertier volvió varias páginas de una vez, sin duda para saltarse alguna descripción que no le divertía. Su mujer hizo un ligero movimiento de hombros. El preguntó:

—¿De qué te ríes?

—De nada; no me río.

Y Emilio volvió a decir:

—Pues me pareció...

Y siguió leyendo.

Cabeceaba soñoliento, el abdomen se movía a compás, saliendo libremente del pantalón desabrochado, y una zapatilla se balanceaba sujeta en la punta del pie.

Al verle de tal modo, como embobado y tranquilo, madama Chertier pensó en su libertad de viuda, y entornando los ojos creyó ver, sin emoción, aquel cuerpo rechoncho privado de la vida, aquella faz rubicunda inmóvil, y después el cortejo fúnebre, el vestido negro que modelaría su cuerpo, la capota de crêpe con la tirilla blanca que haría resaltar el color y las líneas de su rostro. La idea del crimen había ido germinando tan paulatinamente en su cerebro que llegó a acogerla con la mayor tranquilidad; le parecía que vivía en ella toda la vida, que era aquel un término fatal, casi lógico. ¿Para qué buscar razones ni disculpas? Todo lo arrastraba hacia ese desenlace, y sólo el haberse atrevido a formular la idea, el tomar la decisión, hacíale sentirse la cabeza como libre de un peso, el cerebro extrañamente lúcido y satisfecho.

Al dar las once dice Chertier:

—¿Vámonos a acostar?

Se desnudaron, dijéronse alguna que otra palabra y se metieron en el lecho. Pero cuando estuvieron acostados, ella le volvió la espalda poniéndose de cara a la pared y se entregó a la meditación.

Pasó toda la noche discutiendo consigo misma, razonando, organizando un plan. El alba la halló segura de sí misma y de la impunidad. La resolución era firme; lo importante era, pues, ser prudente, meticulosa y lista.

Al despertar se mostró más amable que de costumbre. Su marido la felicitó por ello. Pero ella le contestó con un candor admirable:

—Estoy lo mismo que siempre. Lo que ocurre es que tú lo notas.

Aquel mismo día tenía que encargar un vestido; tuvo buen cuidado de no faltar a la cita del modisto y escogió un traje espléndido. Para que nada variase en el curso normal de su existencia, volvió a casa tan tarde como de costumbre.

Durante la cena, mientras la doncella iba y venía de un lado para otro, habló como si fuese un proyecto aun vago y sin madurar, de hacer un viaje al Mediodía. Chertier lo extrañó; y entonces le dijo ella:

—Si eso te contraría en lo más mínimo, me quedaré...

El marido no se negó de modo terminante; pero cuando salió la doméstica, se explicó:

—No quisiera privarte de un placer aunque el momento no sea nada oportuno... Mis negocios no marchan todo lo bien que yo quisiera.

—¡Ah!

Y como si no se hubiese dado cuenta de que la criada había vuelto a entrar, añadió:

—¿Pero corres algún peligro?... ¿No te encuentras apurado de dinero?

Aprovechaba la ocasión de precisar los hechos, porque después... aquellas palabras recordadas en tiempo oportuno podían explicar muchas cosas. Todas sus palabras, todos sus actos, se encaminaban a un mismo y único fin. Chertier la tranquilizó y varió de conversación.

Y los días se iban pasando y cada vez aumentaba la preocupación de madama Chertier.

Pero no podía estar esperando eternamente; se fijó un plazo y empezó metódicamente a hacer los preparativos.

Como se acercaban las vacaciones, le pareció natural encargar un "sleeping" para la semana siguiente. El marido no se opuso y hasta la hizo observar que sería prudente encargar también un ómnibus.

Después ella le preguntó si creía conveniente el conceder licencia a los criados; de este modo podrían cerrar la casa y avisarles en tiempo oportuno.

Chertier se maravillaba de encontrarla por primera vez tan razonable, pues no acostumbraba a ocuparse nunca del cuidado de la casa. La felicitó por semejante metamorfosis.

No dejó de remorderle a ella la conciencia al verle tan dispuesto a satisfacer sus caprichos; pero tampoco pudo evitar cierto desprecio por su poca perspicacia, por la inocencia con que se dejaba conducir sin la menor sospecha hasta el punto de que él mismo discurría todas las precauciones que a ella se le escapaban.

La víspera del día fijado para la marcha toda la casa estaba perfectamente dispuesta, los metales envueltos en papel de seda, así como cubiertos los muebles buenos y los cuadros. Los baúles alineados en el recibimiento, estaban tan completamente llenos que la excelente esposa dijo que le hacía falta otro más grande, con objeto de guardar en él ropa blanca. El marido creyó útil la adquisición, y cuando trajeron el baúl admiró su solidez y elegancia. Sólo entonces manifestó su mujer cierta turbación. Pero como en aquel momento entraron los criados para despedirse, aprovechó para entrar en su cuarto a darles la cuenta y hacerles algunos encargos y Chertier salió a tomar el fresco.

Y, entonces, en la casa vacía, sintió aquella mujer que le invadía todo el cuerpo un frío glacial. No pensó en retroceder, éso no; pero el acto que iba a realizar le impresionaba hasta lo más hondo de su ser.

Sólo se oía el tic-tac de un reloj. La verdad es que el tiempo vuela con una velocidad enloquecedora, como todo lo que es ajeno a estas cosas pequeñas, que nosotros somos.

Apenas hubo comprobado las cerraduras del pesado baúl, colocado en la chimenea su saco de mano con el billete del tren, la cartera, el carnet de cheques y deslizado en un cajón el revólver cargado, entró su marido.

Por casualidad—así al menos lo creyó él—la encontró en pie, sobre una gran manta que habían olvidado en el tocador.

La esposa dirigió una mirada alrededor y dijo para disimular:

—Creo que no se me olvida nada.

—¿Y esto?—contestó él alargándole el revólver que ella buscaba a su espalda con mano temblorosa.

—¡Ah, sí, es verdad!—murmuró.

Chertier se echó a reír y cuando ella reculaba, aterrada de repente ante la mirada extraña que veía en su marido, éste le puso el cañón junto a la sien y disparó.

La esposa se desplomó derramando sangre sobre la manta.

El la envolvió, la llevó al baúl, cogió la cartera con el billete y los cheques, abrió la puerta al portero que iba a cargar los bultos y viendo el gran baúl, cuyo peso casi hundía las espaldas del que se lo llevaba, dijo suspirando:

—¡Qué bien preparado lo tenía todo!

Plegaria a la virgen

Tú, que en la noche augusta del pesebre
hubiste al Redentor, Madre María,
haz que mi corazón también celebre
el regocijo de su Epifanía...

Concédeme la gra ia de que bese
un fruto de mi amor noble y fecundo:
un niño como Ese,
¡que ungió de luz la obscuridad del mundo!...

—Madre joven, espera... Ten confianza:
al santo amor le rendirás tributo,
y alegrará la flor de tu esperanza
la poesía germinal del fruto...

Y en la alborada de tu dicha cierta,
ya no tendrás la atroz melancolía
de una calle desierta,
¡de una casa vacía!...

Agustín ACOSTA.
(Cubano).

El arte de la silueta, que parecía muerto, renace ahora, gracias a un artista genial, Ernst Engert. Realmente, no se trata de un arte muy antiguo, puesto que apareció en Francia durante el reinado de Luis XV; pero su vida había sido efímera. Después de alcanzar su mayor apogeo allá por los años de 1820 a 1830, había decaído de tal manera, que apenas contaba con cultivadores dignos de mención. Nos referimos, claro es, a las siluetas recortadas, pues los dibujos en silueta han sido constantemente empleados, con más o menos fortuna, en el arte decorativo.



POEMAS DE PRIMAVERA

(Para mi amigo, el escritor
D. Julio Cruz Ghío).

Las quintas

Las quintas, de florecer
parece que no cesaran,
que las hojas se alargaran
profundas de amanecer.

La lluvia, lenta, imprecisa,
lava del árbol la cara,
en la que pinta, más clara,
como una tierna sonrisa.

Bajo vientos perfumados
vuélcase toda la quinta
cual manchón de verde tinta
sobre el papel de los prados.

En la mañana jovial,
bajo un sol de oro y platino,
triunfa el rústico, argentino,
perfume primaveral.

Y en la tarde mortecina,
que hondas tristezas resume,
aun tiene grato perfume
el manto de la neblina.

Y yo, gustando el amor
de las flores y canciones,
renuevo mis ilusiones
bajo el duraznero en flor.

La golondrina

Como una anunciación
de la feliz primavera,
la golondrina viajera
parlotea en el balcón.

Viene, aunque alegre, ligera,
pues que las alas apura,
porque bien sabe que dura
muy poco, la primavera.

A pesar del largo viaje
por los mares realizado,
trae, además de planchado,
flamante y limpio su traje.

Habla en idioma extranjero
(puesto que de Europa viene)
y anda, trina... y se detiene
por último en el alero,

al que, por irse a cumplir
un año a que no lo habita,
le prolonga la visita
hasta que torna a partir.

Octubre

Mes de los cantos y de las flores;
¡qué bien le vienes a mis amores!,
—lo único bueno que me quedó;—
tus alegrías, tus esplendores,
tus mariposas, tus picaflores,
¡Oh claro octubre, cuánto amo yo!

Mes de los cantos y de las rosas,
de las palomas que, temblorosas,
vienen mi pobre techo a arrullar;
mes de los cantos y de las flores,
¡qué bien le vienes a mis amores,
mas ¡ay, cuán poco me has de durar!

El sultán y las odaliscas

El, con la cresta más roja
y altiva como un escudo,
escarba y canta a menudo
sus inclitas bizarrías.
Y ellas, las aspaventeras,
las de la pollera ajada,
tienen la cara rosada
y ponen todos los días.

A una tacuarita

Tacuarita feliz que regresas
al rústico rancho,
a dejar en un hueco el tesoro
de tus cinco huevitos rosados;
tacuarita feliz, que modulas,
en tu canto extraño,
no sé qué hondas tristezas rurales
del otro verano;
tacuarita feliz, que me has vuelto
un instante a mi tiempo pasado,
cuando puso el amor en mi alma
sus raros milagros;...
yo te quiero, feliz tacuarita,
te protejo y te digo en mi canto:
vuelve siempre al alero pajizo
de este pobre rancho,
aunque en él tu tesoro no dejes
de tus cinco huevitos rosados,
y tan sólo el recuerdo me traigas
del tiempo pasado,
cuando puso el amor en mi alma
sus grandes, sus raros, sus santos milagros

Etapas crepusculares

Cerró el sol su ojo de lobo,
y en el agreste paraje
tuvo el alma del paisaje
la sensación de un arrobo...

El mortero de algarrobo
silenció su machacar;
todo el patio familiar
quedó, de pronto callado,
y en el pozo abandonado
púsose el grillo a cantar.

De los montes al confín,
dos nubes, cual grandes brazos,
fueron quedando a pedazos
sobre un campo de carmín.
El solitario crespín
rompió a silbar en la fronda;
la soledad fué más honda,
y con amplio velo incierto
el campo quedó cubierto
dos leguas a la redonda.

Desde el ramaje vecino,
que íbase quedando solo,
el cantito del chingolo
trajo un viento repentino.
Resonó por el camino
el casco de un mancarrón,
y del perro cimarrón,
el aullido persistente,
hizo más largo y doliente
el parto de la oración.

El río, entre los juncales,
cantó su trova sencilla
en cuartetas de gramilla
y décimas de zorzales.
Los doblados pastizales
comenzáronse a parar,
y a la luz crepuscular,
que el campo de sombras viste,
el sauce púsose triste
como si fuese a llorar...

Junto a la añosa tranquera,
en un mugido obstinado,
llamó al ternero amarrado
la dócil vaca lechera.
Revoló por la tapera
diabólico lechuzón,
y en la gran palpitación
del corazón de la noche,
volcó la estrella, en derroche,
intensa fulguración.

Plena sombra... La llanura,
sin su riente atavío,
bostezó el mortal hastío
de su calma y su negrura.
La noche, cual ave obscura,
a poco huyó presurosa,
y en torrentes de luz rosa
asomó la aurora, ufana,
como cuando a su ventana
asoma una niña hermosa.

A la acuarela

Un viento perfumado de retama y poleo
meció las arboledas mientras se puso el sol;
y en las fragantes ráfagas llegaba del rodeo
del irritado toro el bramido feroz.

A los sauzales, que iban durmiéndose a la vera
de la acequia, a guardarse voló el postrer zorzal;
y allá en la lejanía, por la última pradera
semiesfumada, tierna silbó la montaraz.

El monte, más incierto, tendió un manto de bruma
que pinceló las hondas campañas de betún;
feliz croó la rana en su anillo de espuma,
y humedeció el rocío el pastizal azul.

Las últimas violetas

Pobres flores de otoño que los vientos
dispersan al pasar, como en la vida
dispersa el odio, en ímpetus violentos,
la ilusión o la dicha más querida.

Y que no tienen, suspirosas flores,
—en el silencio de las tardes lilas—
para calmar sus íntimos dolores,
para llorar por ellas, dos pupilas.

Ausencia

Ya vuelven, argentinas,
a sonar las guitarras,
las gárrulas cigarras
vuelven al monte azul;
en los ramajes vuelve,
fragante, a abrir el broche,
y en medio de mi noche
sólo no has vuelto tú.

Julio Díaz Usandivaras

EL OTRO

I

Un telegrama asaz conciso llenó de alegría a doña Brígida Fernández. Alberto — su hijo único — ausente tiempo hacía, le anunciaba su regreso... ¿Su regreso?... Pero, ¿era verdad la dicha de volverle a ver? Sí, sí; era verdad: Alberto — "terminados sus estudios" — como la pobre madre decía, regresaba al fin... Y Amparito, la hermosa sobrinita huérfana, participó de aquella alegría que embriagaba a doña Brígida... ¡Tantos deseos tenía de conocer a su primo personalmente!...

Cuando Amparito — muertos sus padres — ingresó en el seno de la familia de sus tíos, tres años hacía, Alberto ya había abandonado el hogar por diferencias surgidas entre su padre y él. Si don Baldomero no debía tolerar al "mocoso" tantas rebeldías y debía imponerle un escarmiento, Alberto, altivo por naturaleza, no estaba dispuesto a soportar el freno de su padre por nada del mundo... El no admitía la autoridad que la paternidad impone a cada hombre. Para él, todo hombre, antes que padre debe ser juez, y su padre...

Un día, de común acuerdo con su madre, quien mensualmente le remitiría "algo" para ayuda de su sostenimiento, Alberto tendió friamente la mano a su padre, y se marchó sereno... Don Baldomero hizo un esfuerzo de voluntad y no osó preguntarle a dónde se iba, ni siquiera intentó detenerle... Sólo tuvo una frase en sus labios:

—¡Ojalá seas siempre un hombre honrado!

La correspondencia entre Alberto y su madre había sido siempre muy constante y muy cordial. Doña Brígida le hablaba con frecuencia de su padre, y le decía: "Ayer volví a insistir, pero sin resultado. Papá no quiere acceder a tu ruego de admitirte a su lado de nuevo... Sus palabras, aunque parecen firmes y rotundas, tiemblan en sus labios... ¡Oh; yo lo veo bien!..." — Y poco tiempo después, fracasadas sus gestiones de reconciliación entre el padre y el hijo, y en la imposibilidad de enviarle nuevos recursos, la pobre madre le escribía: — "Yo no puedo ayudarte ya como debo y cómo quisiera. Trabaja y confía en la bondad de Dios... No dejes de ser jamás ni por nada un hombre honrado."

Alberto, mientras tanto, vivía en la ciudad una vida descabellada. Vicioso en extremo, pero afortunado en el juego, se pasaba las semanas enteras entre vino, naipes y mujeres... Y sólo en los momentos de desfallecimiento, en la soledad de un cuarto miserable, tenía un gran recuerdo hacia su madre; hacia aquella pobre viejecita que en un rincón de una provincia lejana abogaba y oraba por él...

Por fin un día, una carta triste y breve llenó a Alberto de alegría. Doña Brígida, con el corazón lacerado, le anunciaba la muerte de su padre, acaecida dos días antes, inesperadamente, a consecuencia de una caída. Y el muchacho, que ya desesperaba de poder soportar la vida de la ciudad, minado por horribles males — que se cuidó muy bien de revelar a su madre — vió abrirse ante sus ojos un paréntesis de paz y de felicidad...

Y cuando, con todo el amor de su alma, su madre le llamó a su lado para siempre, Alberto no se hizo esperar. Un telegrama, asaz conciso, fué el primer abrazo de amor entre el hijo y la madre.

II

—Ya verás, Amparito, quién es tu primo Alberto... Es un excelente muchacho, muy apuesto y muy caballeroso... Mira; este retrato te dará una idea de cómo será hoy...

Doña Brígida, con toda su buena fe, procuraba impregnar el tierno corazón de su sobrina de una simpatía y un amor profundos hacia su hijo. Y la pobre muchacha, agradecida a la madre, ¿cómo no amar al hijo, si éste no podía o no debía ser otra cosa que el espejo de aquella santa?... Y el retrato de Alberto, hecho cuando aun éste era una criatura, impresionó agradablemente a Amparito... Sí, a juzgar por él, no obstante el tiempo transcurrido, Alberto debía ser entonces un gallardo mozo. Soñaba a veces con él y le parecía verlo de pie a su lado, correcto en el vestir, de esbelto talle, de impecables facciones y, sobre todo, luciendo un bigote bien rizado y más negro que la noche.

Sí, sí; Alberto no podía ser de otro modo, y así empezó a amarle ella con todas las ternuras de su corazón... Doña Brígida, que observaba en su sobrina aquella especie de adoración hacia su hijo, se regocijaba íntimamente... Sin embargo, a pesar de todo, jamás habló a Alberto en sus cartas del tesoro de amor que le esperaba, que le esperaría todo el tiempo que fuese... Aquello se lo reservaba como una sorpresa, como un gran bien.

Prudente en demasía, no obstante asomarle a los labios la amarga confesión, doña Brígida nunca reveló a Amparito el secreto de la ausencia del hijo rebelde. El miedo de romper aquel hechizo la contuvo siempre. Pero, como debía justificarla, contra sus principios de moral hubo de urdir una mentira:

—Alberto, ¿sabes?, estudia derecho en la ciudad. Como se marchó un año antes de que a ti te ocurriera la desgracia que te trajo a nuestro lado, no tiene nada de particular que no le conozcas... Ahora, en cuanto a tu extrañeza de que en tanto tiempo no haya venido una sola vez a abrazar a sus padres, lo disculpa la razón de la distancia y el afán de no retrasar sus estudios...

Como en verdad la cosa era posible, Amparito lo creyó todo buenamente... En cuanto a los elogios que doña Brígida tributaba a su hijo, ya vería ella que no eran humo vano... La pobre madre estaba segura de no equivocarse... Creía, al menos, no equivocarse.

III

Doña Brígida y Amparito en el andén de la estación, presas de una inquietud indomable, escudriñaban el horizonte, ansiosas por ver asomar allá, a lo lejos, entre los montes de árboles, el veloz convoy en cuyo seno venía aquel ser tan amado y tan esperado...

Y aunque los minutos se les antojaban siglos, hubo un minuto — como un relámpago — de intensa emoción. Fué aquel en que el tren surgió a lo lejos, de detrás de unos árboles... Al verlo, las dos mujeres se abrazaron temblando, no sabían si de placer o de miedo; y mientras deseaban vivamente que llegara de una vez, deseaban también, y acaso más vivamente, que no llegara nunca... Pero llegó... Antes pudo Alberto reconocer a su madre que doña Brígida reconocerlo a él...

¡Pero, era posible!... ¿Aquel muchacho flaco, cadavérico, imberbe, era su hijo? ¿Y era aquel el primo gallardo, fuerte, hermoso que doña Brígida había hecho adorar a Amparito?... Las dos mujeres rompieron a llorar adivinándose mutuamente su desilusión y sus amarguras... Y Alberto también lloró... Bien claro le hablaban aquellas lágrimas que bañaban el rostro de su madre y el de su prima. Le esperaban sano, fuerte, victorioso, todo un hombre de bien y de provecho... y sin embargo...

En la paz del hogar, cuando doña Brígida le preguntó qué le había pasado, él le abrió su corazón y dejó escapar por su boca todos los secretos de su vida pasada... Y entre los brazos amorosos de su madre lloró una vez más con toda su alma; seguro ya de no volver a ser feliz jamás, jamás... Su misma madre, inconsciente, se lo vaticinó:

—¡Pobre Amparito! ¡Ella que te soñaba como yo!... ¡Ella que llegó a adorarte!... Ahora... acaso no te ame... acaso...

Iba a decir francamente, rudamente: "Ahora no debe amarte, porque no mereces que te ame...", pero se contuvo... Alberto, sin embargo, lo adivinó:

—Sí, sí; tienes razón, mamá. Ahora no debe amarme, ahora no merezco que me ame.

Amparito, entre tanto, a solas en su cuarto, lloraba también y también se hacía la misma reflexión: — "Ahora no debo amarle; no merece que lo ame..." Pero... ¿y si doña Brígida la obligaba?... ¡Ah, no, qué horror; ni soñarlo!... Entonces se defendería, se lo diría claro, le diría que ella amaba a otro, al otro, a aquel que ella misma le forjó tantas veces al calor de la lumbre o tomando el sol tras las vidrieras... Sí, sí; se rebelaría, tenía de su parte todas las razones del mundo... Ella había amado, — amaba aún — al otro Alberto, a aquel Alberto bueno, honrado, amante, laborioso, pero no a ese perdulario, porque este Alberto, en la ciudad, había sido un mal hombre... ¡Si no había



—Tome usted una silla, señor.
—Muchas gracias... pero tengo orden del juzgado de tomarlas todas.

más que mirarle! ¡Si todo en él lo acusaba!... ¡Dios santo! Otro hombre en aquel estado la hubiera movido a compasión; este hombre, en cambio, la causaba náuseas, la hacía temblar de espanto... ¿Podría ella, un día, sentir sobre su rostro el contacto de aquel rostro céreo, descarnado, sin experimentar una sensación de terror? ¿Sin pasarse por él la manga queriendo borrar sus huellas?... ¡Imposible! ¡Imposible!...

Instintivamente, sin darse cuenta de lo que hacía, se pasó la manga por la cara... Le pareció sentir sobre sus mejilas algo que le abrasaba, algo que la daba espanto...

Pero volvió en seguida a la realidad y reflexionó fríamente... Quiso ser optimista ante la nebulosa del porvenir:

—Tía Brígida — se dijo — no intentará casarme con Alberto, pero, en caso de que lo intentara, lo haría débilmente, sin imponerme su voluntad... y no tomaría a mal mi negativa. Pero es más probable que comprenda que no debe intentar semejante desatino... Alberto, en ningún caso, seguramente, consentiría, pero...

¿Y si madre e hijo fuesen conformes en precipitar aquella boda horrible con la esperanza de hallar en ella la salvación del condenado; un lenitivo por lo menos?... ¡Ah, entonces sí que se defendería!... Ella estaba pronta a casarse con Alberto, pero no con éste sino con el otro, con aquel que la misma doña Brígida, orgullosa en su amor de madre, le forjó...

IV

Pero no hubo necesidad de tales extremos. Un golpe de tos postró a Alberto para no dejarle levantarse más... Vueltas las dos mujeres a la vida recogida de siempre, Amparito impregnaba de esperanza y consuelo el corazón de la infeliz madre hablándole siempre — al amor del fuego o tomando el sol tras las vidrieras — de aquel Alberto sano, fuerte y hermoso que "estudiaba en la ciudad"; de aquel Alberto que no había muerto, que no debía morir jamás en sus corazones...

José M. Braña

LA HONDA MÁGICA

Cuento infantil

Hubo una vez, allá en los tiempos en que andaban las hadas por la tierra, un niño, que se llamaba Enrique, de tan buen corazón, que todo el mundo le quería.

Su madre era muy pobre y no podía comprarle juguetes; pero él se entretenía con cualquier cosa, y, sobre todo, con una honda que se había hecho él mismo, y con la que pasaba el día entero tirando piedras en el campo y afinando cada vez más la puntería. No hubiera cambiado Enrique su honda por el mejor juguete del mundo.

Aquella tarde se había alejado de su casa lo menos media legua, y andaba, como siempre, buscando piedras y tirándolas con la honda, cuando vió que venía por el camino una viejecita, muy vieja, empujando una carretilla.

La carretilla era un mal cajón de madera, con dos ruedas y dos palos atados con cordeles, tan desvencijada y mal sujeta, que, en mitad del camino, hizo "crak" y, chascándose un palo, medio se deshizo toda ella.

—¡Qué va a ser de mí!—gimió la pobre vieja, con los ojos llenos de lágrimas.—¡Todo lo que tengo en el mundo lo llevo en esta carretilla, y todavía me queda por andar más de una legua!... ¿Cómo me las arreglaré?

A Enrique se le ocurrió en seguida que su honda era bastante larga y tenía cuerda suficiente para componer la carretilla de la anciana. Pero... ¡cualquiera se quedaba sin honda!...

En el hombro derecho se le había sentado una minúscula hada, sin él notarlo, y le decía: "Dale la honda... Tú eres joven, y ella, la pobre, es viejecita". En el hombro izquierdo se le había sentado una bruja microscópica, y le decía: "¡Guárdate la honda!... ¡Tan bonita!, la vas a perder!..."

Enrique, al fin, tuvo tanta lástima de aquella pobre vieja, que, sin pensarlo más, ni hacer caso de los consejos de la bruja, deshizo la honda y ató el cajón por todas partes con la cuerda, dejando la carretilla fuerte y bien armada, como no lo había estado nunca.

La mujer le besó las manos y le dijo: "Soy pobre y no puedo pagarte con nada; pero yo te aseguro que algún día encontrarás el premio que mereces."

Y volviendo a empujar la carretilla desapareció por el camino, separándose de Enriquillo, que volvió a su casa con las manos vacías, pero contento, sin embargo, porque siempre que echaba de menos su honda se acordaba de la vieja, y todo lo daba por bien empleado.

Al llegar a su casa, vió que estaba hablando con su madre, a la puerta de la calle, una dama hermosísima y vestida con una túnica de oro. Era el hada buena, que, creciendo y tomando las proporciones de una hermosísima doncella, había ido volando para contar a la madre lo que Enrique acababa de hacer, y le estaba esperando porque quería darle un premio.

Cuando Enrique llegó, dió el hada tres golpes en el suelo con la varita mágica, y aparecieron inmediatamente tres regalos. El primero era un birrete de doctor, de raso y oro; el segundo era un cinturón de tisú de plata y pedrería; el tercero, una honda igual, igual, ni mejor ni peor, que la que Enrique acababa de deshacer para auxiliar a la vieja.

—Tienes que escoger una de estas tres cosas—dijo el hada.—Si escoges el birrete, serás sabio; sabrás mucho y siempre te rodearán los personajes más ilustres. Si escoges el cinturón, harás fortuna en los negocios y te seguirá toda la gente de dinero. Si escoges la honda, vivirás siempre... como ahora.

—Venga la honda—dijo Enrique, sin titubear un momento.—Yo no cambio mi honda por nada.

—Hijo mío—exclamó su madre al oirle,—¿no ves que si escoges la honda siempre serás tan pobre como ahora?

—Y siempre estaré contento, como ahora—replicó el hijo con presteza.—Déjame la honda, madre. Con lo que tenemos hoy, basta y sobra.

El hada entregó la honda al muchacho, y regaló el birrete y el cinturón a otros dos mozalbetes del pueblo, de la misma edad que Enrique: a Juanito, el hijo del sacristán, y a Eduardo, el hijo del molinero.

Pasó el tiempo. El hijo del molinero abrió una panadería, y con lo que ganó compró tierras, y con lo que ganó compró barcos, y con los barcos trajo trigo, y con el trigo que vendió se hizo el negociante más rico del contorno.

El sobrino del sacristán, Juanito, aprendió latín con el señor cura, y, como lo aprendió en seguida, le dedicaron a estudiar, y fué maestro y luego doctor, y fundó muchas escuelas, y las gentes venían de los pueblos para que las enseñara.

También prosperó Enrique. Fué pastor, y su amo, al morir, le dejó un pedazo tierra, y tuvo dos robustos bueyes y labró, y con las ganancias compró prados y llegó a ser dueño de una granja que cada vez iba a mejor.

Enrique, sin embargo, a pesar de todo, era pobre; cuanto ganaba lo repartía entre unos y otros. Nunca tenía nada; pero siempre estaba cantando y siempre se le veía en las tareas de la granja, sano y feliz, contento de poder trabajar y contento de ver que su madre acababa sus días sin apuros, y que todos los necesitados de la comarca vivían felices por su causa.

De pronto, un día amenazó al pueblo una desgracia aterradora: un dragón feroz, que ya se había presentado en otros pueblos devastándolo todo, se acercaba ahora al pueblo aquel. Si no conseguían matarlo perecerían todos, y el que se pudiera escapar quedaría en la miseria.

El pueblo, en su apuro, acudió, pidiendo auxilio, a los hombres más grandes del país. Primero fueron a buscar a Juanito, el sabio, porque él sabría de seguro cómo se mataba a los dragones. Pero Juanito no sabía de aquello una palabra, porque nunca se habían visto dragones semejantes y no había podido estudiar aquel caso. "Lo más que puedo hacer—dijo Juanito, que era un hombre de muy buena intención y amigo de servir cuando podía—es acercarme al dragón para estudiarlo, cuando duerma, y ver si descubro por dónde se le mata."

Y aquella misma noche fué Juanito, el sabio, a la cueva del dragón, provisto de un telescopio, un cuaderno de apuntaciones, un reflector, una máquina fotográfica, un aparato de magnesio y cinco o seis tomos de un diccionario especial que hablaba de todos los dragones conocidos hasta la fecha.

La resolución del problema consistía en que el dragón se dejase sacar un retrato, sin zamparse entero al fotógrafo, y una vez conseguido esto, buscar en los diccionarios a qué especie pertenecía el dragón, a fin de estudiar luego la especie de muerte que a la especie de aquel dragón correspondía.

Y empezaron muy bien. El fotógrafo puso su máquina en el campo; empalmó la goma de la perita de la máquina hasta hacerla de medio kilómetro de larga para poder maniobrar lejos de la fiera: y el sabio, acurrucado detrás de un árbol, y telescopio en ristre, se preparó a observar.

Y observó, en efecto, que el dragón, en cuanto se inflamó el magnesio, dió un soplido, y sabio, máquina, fotógrafo, telescopio y diccionarios, fueron rodando por el suelo, o volando por los aires, y dando volteretas, lo menos tres kilómetros.

Acudieron luego a Eduardo, el millonario, en vista de que el sabio no les había servido para nada; pero éste les sirvió todavía menos. "¿Yo que voy a hacer, pobre de mí? ¿Yo quién soy? A mí en sacándome de negociar y de ganar millones, no sirvo para nada, ni sé nada... Ofrecedle dinero, si queréis, a ver qué dice..."

Y le echaron monedas al dragón, como si estuvieran jugando a la rana; pero el dragón se las tragaba, lo mismo que si fueran pastillas, y, ni se marchaba, ni dejaba de lanzar humo por la nariz, ni lumbre por los ojos, ni rugidos horribles por la boca.

—Hay que ir y matarle—decían a Eduardo los del pueblo.—Todo lo que no sea eso, es tontería.

—Pues entonces—contestaba Eduardo, el poderoso,—buscad otro, porque yo para eso no sirvo. ¡Cualquiera se mete con el dragón para que me pase lo mismo que a Juanito y salga rodando por los suelos!

Y Eduardo se quedó en su casa, lleno de miedo y tembloroso, porque se veía muerto o arruinado.

Entonces acudieron a Enrique, y Enrique, echándose a reir, dijo: "Allá voy... Poca cosa soy y poco valgo; pero ¡vamos allá! ¡Se hará lo que se pueda!"

Tal y como estaba en la granja, sin armas, chascando su honda, como siempre, salió, ligero, al campo.

Para su capote pensaba: "La cosa no tiene vuelta de hoja: por fiero que sea el dragón, si le vacío un ojo de

un cantazo, el dragón no me podrá ver por aquel lado; y si el vacío el otro lo mismo, no me podrá ver por ninguno..."

En el camino oyó una voz que le decía, en secreto, al oído: "El dragón tiene una mancha roja en medio de la frente; si aciertas a darle el golpe allí, morirá en el acto". Era la voz del hada buena que siempre le había aconsejado.

Enrique entonces se puso muy alegre, porque no había puntería difícil para él cuando se trataba de dar en el blanco con su honda.

Y así fué: cuando le vió el dragón no se movió siquiera, riéndose de aquel infeliz que quería matar a un monstruo gigantesco a pedradas; pero Enrique afirmó en la honda una piedra, boleó el brazo, y la piedra, silbando en el aire, fué a partir la frente del dragón, que quedó muerto como por un rayo.

Así salvó a todos Enrique; todos vivieron felices, gracias a él, y él más feliz que todos.

EL ABUELO.



SECCIÓN VERMOUTH

UNA MUERTE DULCE, DOCTOR SALABERRY

A Domingo se le ha muerto la novia. Domingo se lamenta:

—¡Ay, amigo! La pobre murió muy dulcemente...

—¿De qué falleció?

—De diabetes.

UN MEDICO ACTIVO

Alejo sorprende al doctor Cabretti con un revólver en la mano, apuntándose a la sien y a punto de dispararse un tiro. Alejo exclama horrorizado:

—¡Pero, cómo! Vos, todo un médico, ¿vas a suicidarte?

—Sí, amigo mío, sí—responde el doctor Cabretti. No tengo clientes y me aburre estar sin ocupación. ¿Puedo acaso consentir que el título de médico no me sirva para nada?

EN EL JUZGADO

Pipirí ha presenciado una discusión. Pipirí comparece como testigo en el juzgado. Allí le hacen las preguntas de rúbrica:

—¿Cómo se llama?

—Pipirí.

—¿Nacionalidad?

—Argentino.

—¿Cuántos años?

—Doce.

—¿Soltero?

EL CUENTO DE LA ABUELA

La abuelita es aficionada a contar cuentos. Rodean a la abuelita todos los pibes de la casa. Habla la abuelita:

—Entonces el gigante decidió comerse al más pequeño.

El más pequeño.—¡Abuelita! ¿Por qué no nos explica usted otro cuento?

MEDICO CRIMINAL

Joaquín le dice a Roberto:

—Nuestro amigo Villador acaba de pegarle dos tiros a su suegra.

—¿Cómo es posible? ¿Para qué demonios necesitaba hacer tanto ruido siendo médico?

LOS MODERNOS ESCEPTICOS

En el pueblo se habla de una casa encantada. Nadie quiere habitar la casa de los duendes.

Al pueblo llega un inglés. El inglés alquila la casa. Por la noche oye ruido. Se levanta. Frente al inglés aparece la figura terrorífica de un fantasma. Sus pies arrastran la cadena de los réprobos.

El inglés le advierte:

—Disculpe, señor. Lleva usted colgando el cordón del zapato.

PERSONA INSTRUIDA

El señor Sonsonetti está haciendo el elogio de su hijo. El hijo del señor Sonsonetti se encuentra en Europa estudiando.

—Particularmente para los idiomas tiene una facilidad muy grande—dice Sonsonetti.—Habla francés, inglés, ruso, alemán...

—¿Habla también "esperanto"?—le pregunta una señora.

—¿Cómo no? Perfectamente bien. ¡Como si fuera del país.

NIÑA EXIGENTE

Porota es una niña muy coqueta. Porota le pide a su madre que le compre unos lindos calzones con puntillas, como los que ha visto dibujados en un aviso.

—¿Calzones con puntillas?—exclama la madre. ¿Acaso uso yo los calzones con puntillas? ¿Acaso los lleva tu padre?

MAL JUEZ

Gambardelle ha cometido una estafa de importancia. Gambardelle es rico. Gambardelle está en la cárcel.

Su abogado lo visita.

—¡Mal negocio!—le dice.—Su asunto será un arreglo difícil.

—¿El juez es insobornable?

—Mucho peor: es caro.

LA PINTURA

Javier es un pobre pintor que no logra vender ni un solo cuadro. Javier se desespera.

Un día, durante un viaje, entabla relación con un desconocido. Javier le confiesa sus angustias.

—Ah, la pintura es un mal negocio. No da para vivir.

—¿Cómo ¿No da para vivir? A mí me va muy bien con la pintura.

—Ah, ¿pero usted también es pintor?

—No, señor. Soy fabricante de colores.

PAISANADA

En una tienda de máquinas de escribir. Entra un paisano.

—Disculpe, don, ¿ustedes sólo venden máquinas de escribir?

—Sí, señor.

—Entonces perdone, amigo; como nunca he ido a la escuela, lo que yo preciso es una máquina de leer.

LA ETERNA VICTIMA



Situación actual de la clase media.

UN JUICIO

Doña Consuelo ha comprado un San Antonio, y muy satisfecha de su adquisición muestra el cuadro a doña María.

—¿Qué le parece? ¿Le gusta?

Pero doña María es envidiosa y le agrada despreciar las adquisiciones ajenas.

—Bah. No está mal. Pero le falta parecido.

VALIENTE... IRONIA

Carlos es un hombre de dudosa fama. Tiene varias entradas policiales. Carlos difama continuamente al señor Belloni. El señor Belloni no se da por enterado. El señor Belloni sabe que no ofende el que quiere, sino el que puede.

Decidido a provocarlo en cierta ocasión, Carlos se dirige hacia Belloni en plena calle, se coloca delante y privándole el paso dice:

—¡Yo no cedo el paso a los canallas!

—Pues yo sí—responde el señor Belloni apartándose.

EL BUEN JUEZ

—Señor juez. Dice el detenido que tiene hambre. Que no ha tomado nada desde hace veinte y cuatro horas.

—Bueno. Denle un reloj.

UN VIAJE INTERRUMPIDO

El señor Grajales encuentra a su amigo el señor López.

—¿Usted por aquí? ¿No me dijo usted que pensaba marcharse a pasar un mes en el campo?

—Sí, señor, pero tuve que suspender el viaje.

—¿Que le ocurrió?

—Necesitaba hablar por teléfono.

EN EL TRANVIA

El tranvía está completo. Sube una señora. Es una jamona malcarada y fea. Nadie le cede el asiento.

—En mi tiempo—exclama indignada la mujer—los hombres eran más galantes.

—Y las señoras más jóvenes—responde uno.

LA OPINION DE PIPIRI

Porota y Pipirí admiran a un pintor que está terminando un paisaje. El pintor lleva una melena muy larga.

—¿Por qué llevan los cabellos tan largos?—pregunta Porota.

Pipirí reflexiona un momento y luego dice:

—¡Seguramente llevan los cabellos largos para tener pinceles!

UNA MUJER PELIGROSA

por Andrés BIRABEAU

—¡Caracoles!—exclamó el señor Clot, dejando caer el periódico que estaba leyendo.

Y su cara bonachona adquirió una expresión de asombro y consternación tan grandes, que le demudaron el rostro.

Es imposible describir al señor Clot. Tiene una de esas fisonomías que le asegurarían la impunidad si hubiese cometido un crimen; cara redonda, nariz regular, frente vulgar. Pero no era criminal ni mucho menos; es incoloro y sensato; es comerciante a la antigua; de padres a hijos. Y, en fin, está casado a la manera de los antiguos y los del día; es decir, con una mujer que le hacía andar de coronilla. Al pobre hombre le falta personalidad y en toda su vida le ha ocurrido nada de particular.

Al menos hasta el presente. Hoy, hoy tiene una aventura. Sí, hoy, la cara roja del señor Clot se ha puesto aun más roja y su frente vulgar se ha inundado de sudor. No hay para menos. Acaba de leer el siguiente horripilante suceso: una mujer, Laura Brichoux ha degollado a su amante, mientras éste dormía, con un ensañamiento espantoso. Ahora bien; Laura Brichoux había sido amante del señor Clot.

Hacía ya una docena de años de todo eso y sólo se acordaba vagamente de la aventura. Hasta leyó todo el suceso sin pensar en ello. Sólo al final fué cuando se dijo:—¿Laura Brichoux... Laura Brichoux?... yo conozco este nombre...—y de pronto: —¡Oh! ¡Si es Lalo!...

Y exclamó:—¡Dios de Dios!—No sabía lo que pasaba por él. Lo cierto es que estaba aterrado. Procuró recordar el rostro de aquella Laura Brichoux; pero no pudo lograrlo. Habían pasado doce años, además la aventura sólo duró unas cuantas semanas!... La veía junto a una ventana disponiéndose a coser... Sí, la veía perfectamente en aquella actitud, con la cabeza inclinada... pero del rostro, nada, se desvanecía en la memoria. No le dejó ningún recuerdo duradero. Era una amiga de la amiga íntima de un compañero. Fueron unas relaciones circunstanciales. Fueron varias veces a comer a los restaurants de las afueras, a dar paseos por el campo... Terminó la aventura porque el padre de Clot tuvo la humorada de mandarle a Francfort para estudiar el comercio. Ella le acompañó a la estación y hasta derramó alguna lagrimita.

En suma, una agradable aventurilla sin peripecias notables, como lo que a él le había ocurrido en la vida. Pero ahora... ¡Oh! los detalles son horrorosos. ¡Qué sangre fría en la premeditación, qué ensañamiento en el crimen, qué cinismo en la declaración!...

¡Qué extraña impresión produce el pensar que se ha vivido junto a un asesino durante días, semanas enteras, que se le ha tuteado, que se le ha tocado, que se ha dormido en su propio lecho... Al pensar en esto, el señor Clot se estremece de pies a cabeza. Sí, durante varias semanas, había dormido con su tranquilo y confiado sueño, con su sueño ingenuo y profundo siempre, junto a semejante criminal. Y entonces empezó a comprender el peligro.

—¡Dios mío!—exclamó. ¡De buena me he librado!

¿Quién sabe? Una palabra imprudente, cualquier gesto sospechoso, y todo habría concluído para mí. Ha matado a su amante por celos...

¡Cuánto se alegraba el señor Clot de haber tenido siempre un temperamento tranquilo que se contentaba con tener un solo amorío a la vez!

Pensar que hubiese podido ceder a un capricho, a una ocasión y que Laura se hubiese enterado.

¡Caray! De pronto se acordó de que Laura le sermoneaba, celosa de una rubia que vivía frente a ellos. ¡Qué estupidez!

—Sí, sí; de buena me he librado—repetía.

Pero era el caso que esa emoción retrospectiva no tenía nada de desagradable. Durante todo el día estuvo en un estado de excitación febril, que le hizo parecer el día más corto, más distraído. Se sintió otro, un ser importante. Sus dependientes discutían el crimen, y el señor Clot los escuchaba sonriendo, con una sonrisita de superioridad. Por la noche, después de cenar con unos amigos, como saliese la conversación sobre Laura, no pudo por menos de decir:

—Yo la conocí mucho... Vivimos juntos hace algunos años.

Lo dijo como no dándole importancia alguna, en un tono de modestia lleno de orgullo. Sí, señores, de orgullo. Sí, señores, de orgullo porque todos se fijan en él y le preguntan:

—¿Y en aquel tiempo era ya como es ahora?

—¿Celosa? ¡Oh! terrible. Me daba un disgusto casi a diario.

No sabía si mentía o si decía la verdad. Era indudable que Laura era humilde y resignada, pero él empezó a creer de buena fe que su humildad era ficticia y su resignación amenazadora. Hablaba sin darse cuenta de lo que decía, dejándose llevar del placer de ser oído, de ser el centro de una peña de amigos. Brillaba en él ese resplandor que dan los crímenes y que en cierto modo dan una notoriedad gloriosa.

Y el señor Clot se sentía célebre. Miraba a los demás por encima del hombro. Sin llegar nunca a confesarlo a sí mismo, sintióse como avergonzado por la insignificancia de su vida. Cuando la memoria le llevaba hacia el pasado, no encontraba en él absolutamente nada importante; pero ahora ya encontraba algo. Su padre repetía sin cesar: "Cuando me presentaron al emperador"... El podría decir: "Cuando yo vivía con la célebre Laura Brichoux"... Hasta en su misma mujer influyó el hecho. Como es natural, la aventura de su marido llegó a sus oídos, y hubo de preguntarle si era cierta. Se encogió de hombros diciendo: ¡Qué indecencia!, pero sin embargo, desde entonces le trató con mayor consideración.

Un día entró un dependiente y le entregó una tarjeta de visita.

—Es una señora que insiste mucho en verle a usted.

"¡Laura Brichoux!"

—¡Ella! ¡Aquí! ¿Luego no está presa? ¿Qué puede querer de mí esa mujer?

El señor Clot preferiría no recibirla, pero ¿sería eso prudente con semejante mujer?

—Dígale usted que pase. Pero no se aleje. Y al menor ruido sospechoso, acuda usted corriendo, ¿entiende?

¿Qué pretenderá?

Se quedará en la sombra, pondrá la mesa entre los dos y en el cajón abierto el revólver cargado al alcance de la mano.

Entró una mujercita menuda. El señor Clot la reconoció en seguida. Era Laura, la misma Laura humilde y sonriente, ¡la grandísima hipócrita!

—Ya veo que me ha conocido usted—dijo ella.—Veo también que está usted emocionado. ¡Ah! esto me anima para pedirle lo que necesito de usted...

Y le pidió dinero, una cantidad pequeña, porque se encontraba en una situación desesperada. Ha pensado en él recordando lo mucho que en otro tiempo se quisieron. No podrá negarse, ¿verdad?

No, no; no se niega; inmediatamente se apresura a firmar un cheque; pero al extender el brazo para entregarle el documento, se atreve a preguntarle en voz baja:

—¿De modo que... la han puesto a usted en libertad?

Laura hizo una exclamación dolorosa:

—¡Oh! ¿y ha creído usted?... ¡Usted!... ¡Usted también! Esta es la causa de que me encuentre sin trabajo: porque me llamo como la otra, todo el mundo me toma por ella. Pero usted que me ha conocido, usted, ha podido creerme capaz... ¡Oh!

Y bajó la cabeza como cuando se ponía a coser junto a la ventana. El señor Clot la recordó entonces completamente tal y como era. Con un ademán violento cerró el cajón donde estaba el revólver y en un tono que sorprendió a Laura por su brusquedad agresiva, por el odio y la cólera, le dijo entregándole el cheque:

—¡Tome usted y lárguese de aquí! Pero le advierto que es la primera y pués de todo, por lo poco que ha mediado la última vez, ¿estamos? Porque, desdiado entre nosotros...

TRISTE EJEMPLO



—¡Fíjate, fíjate! Observa dónde conduce el abuso del agua.

¿Qué es el tipo de imprenta?

por O. A. OWEN

El tipo es el lenguaje. Y el lenguaje es el primero y el más amplio de los sustentáculos que elevan al hombre por sobre los demás animales. Con él nos comunicamos unos con otros, y poder comunicarnos es poder prestarnos cooperación; sin la cooperación no existiría la sociedad.

¿Qué es el tipo de imprenta?

Es el puente que une al pasado con el presente. Le permite a Volta hablarle a Edison. El tipo salva las distancias del tiempo como el telégrafo sin hilos salva las del espacio.

¿Qué es el tipo?

Es el más humano de todos los inventos; es el reino de los libros y los periódicos, y por tanto, tierra de nuevos ideales; edén de libertad; monarquía sin más corona que el laurel; paraíso de poetas, reformadores y soñadores; morada de todo lo que es noble, intelectual y divino en la humanidad.

Usar bellamente el tipo es ocupación digna y al mismo tiempo lucrativa: es un arte, un medio de subsistencia, una vocación y una diversión, todo a la vez.

Bibliografía

"Suecia en la Argentina".—Con el objeto de dar a conocer la acción desarrollada por la colectividad sueca en nuestro país, se ha publicado recientemente un hermoso álbum de un centenar de páginas aproximadamente.

Es una obra interesante, llamada sin duda a difundirse, especialmente entre los residentes suecos, quienes podrán en ella comprobar el considerable esfuerzo realizado en la Argentina por sus compatriotas, tanto en el orden social como económico.

"Suecia en la Argentina" ha sido editada bajo la dirección del señor P. E. Boero, habiendo tenido a su cargo la parte artística, que complementa dignamente las excelencias del texto, el conocido dibujante José Montero Lacasa.

¿PUEDO, DOCTOR, MIRARME AL ESPEJO?

por el Dr. COLAPINTO

Esta pregunta me fué dirigida por una joven enferma, hace ya bastantes años. Me quedé estupefacto, y lo primero que pensé fué: una mujer joven que pida permiso al médico para mirarse al espejo, con toda seguridad debe tener sus facultades mentales alteradas. Pero la joven, viendo que me quedaba mudo, agregó como explicación: "Es porque don Pancho me lo había prohibido.

Don Pancho era el curandero del pueblito; así que con la impetuosidad que me caracterizaba en aquellos tiempos, le dije: "Don Pancho es un animal; nada tiene que ver el espejo con su curación."

Sin embargo, mi juicio era precipitado, porque reflexionando después me di cuenta del por qué de este veto del curandero. Comprendí que debía tener un efecto desastroso para la niña ver sus mejillas hundidas y comprobar el color céreo que sustituía al color rosado de antes. Porque no con los remedios solamente se cura. Influyen, y mucho, una cantidad de factores, entre los cuales prima la seguridad de sanar.

Creo que cuando la medicina estaba en manos de la casta sacerdotal, y se pedía a un solemne sacerdote egipcio la salvación de un enfermo, debían verificarse curas milagrosas, debido a la influencia de la sugestión, mientras que ahora la medicina es una simple profesión, un medio para ganarse la vida, y solamente pueden registrarse triunfos por el efecto terapéutico de las drogas y el prestigio del profesional, que, por grande que sea, nunca puede igualar al prestigio de que gozaban en la remota antigüedad.

Ahora es frecuente el caso del enfermo que se pone a descifrar la receta, y somete al médico a mil preguntas, fijándose si hay vacilaciones o seguridad en las respuestas. El poder de la sugestión es tan grande, que ocurre a menudo lo siguiente: se receta una poción y unos sellos para dos enfermos distintos de la misma casa; la familia se equivoca y da el remedio destinado al que tose al otro que tiene dolor de vientre; al día siguiente vuelve el galeno, y le felicitan por lo acertado que estuvo en la cura; los dos enfermos se hallan mejor! Claro está que el médico, si es vivo, se cuidará de sacar del error a sus clientes.

Unas simples píldoras de miga de pan han dado resultados asombrosos, en personas histéricas, sobre todo si el farmacéutico las ha cobrado carísimo, porque el precio influye en el efecto curativo.

He observado que en los hospitales se aguantan fácilmente operaciones dolorosas, mientras que en la clínica privada, por cualquier dolor insignificante, se pone el grito al cielo.

Muchas veces una simple irrigación de agua oxigenada provoca gritos lastimeros en un enfermo: efecto de sugestión y también efecto de la presencia de miembros de familia. En un hospital, rodeado por médicos y enfermeros impasibles, el enfermo no se queja si no le duele. En su casa sucede lo contrario: se queja exageradamente para que lo compadezcan, se sugestiona a sí mismo y se imagina que sufre de veras.

Es un fenómeno casi instintivo. La criatura que llora con desesperación si está la madre presente, se calla en seguida si la dejan sola, como si pensara: ¿Para qué llorar si nadie me hace caso? Lo mismo acontece con las mujeres, que son, por lo general, como criaturas grandes. Los gritos, llantos y convulsiones aumentan de tono si está presente el marido o parientes compasivos. Si éstos se retiran o no le llevan el apunte, la enferma se calla y sólo se queja si realmente sufre.

Las aves de mejor vista

A Ramón Venado Gómez.

El halcón puede seguir con la vista los movimientos de una alondra en un terreno de su mismo color, desde veinte veces mayor distancia a que podría percibirla un hombre o un perro.

Los milanos acechan a las lagartijas y a los ratones del campo, desde alturas a que no alcanza a verlos la vista humana, y resultan increíbles también las distancias desde donde las águilas y los buitres descubren sus presas.

Descubrimientos recientes hacen opinar a muchos naturalistas, que las aves de rapiña no poseen el sentido del olfato tan desarrollado como se creía hasta aquí; lo que les guía es la vista, puesto que nunca resuellan ante sus víctimas y se dirigen en línea recta a los objetos que desean.

Carlos M. MUAPE.

La escasez de monedas pequeñas en Europa

La escasez de moneda pequeña y de vellón se ha hecho sentir en todos los países beligerantes, y aun después de haberse firmado la paz, la cuestión de cambio es un verdadero problema.

En Francia es dificilísimo cambiar diez francos, y hay que acudir a papel moneda de cincuenta céntimos y sellos de correo, pues las monedas de cinco, diez, veinticinco céntimos, de medio franco y de a franco apenas si se ven. Lo malo del papel moneda menudo, aparte de lo imposibles de manejar por lo sucios y deteriorados, tienen el inconveniente de que sólo tienen curso en la región de la cámara de comercio que los ha emitido, y así, los que circulan en Bayona ya no los quieren en París y los de la capital los rechazan en Lyon, etc.

En Alemania tampoco andan muy abundantes de moneda pequeña, y la ciudad de Hamburgo, que es una de las ciudades en donde más se hace sentir la falta de pfennig y marcos, acordó en junio último hacer una emisión de monedas de porcelana desde diez pfennig a cinco marcos, piezas que fueron hechas por la fábrica de porcelanas de Meissen.

En esta ciudad de Meissen, el municipio comprendió que esta nueva clase de moneda podría facilitar la vida, y también "acuñó" piezas del mismo material.

Además se han puesto en circulación por las autoridades de Hamburgo 300.000 piezas de 20 pfennig para el uso en los tranvías, en los que hasta tomar esa resolución se hacía poco menos que imposible cambiar la más pequeña moneda de plata.

Las monedas de porcelana no son una novedad, pues desde hace cincuenta años, en 1870, circulan de estas piezas, por cierto muy originales en dibujo y forma en las orientales ciudades de Singapur y Bangkok y sus respectivos distritos.





La naturaleza y el arte

(Nota ilustrada por el dueto criollo "Las Andinas")

Nadie puede negar, ciertamente, el poder indiscutible del arte tan emotivo y tan variado en sus manifestaciones, pero tampoco es posible desconocer los encantos propios, inconfundibles, a veces inimitables, que nos ofrece la naturaleza.

Y cuando se trata de estable-





Un soberbio rincón de Palermo, a luz plena, donde la belleza natural del follaje constituye el mejor escenario para el número de "Las Chirimoyeras", que tanto prestigio y fama han dado al dueto.

Sencilla pero insuperable escenografía donde la naturaleza, sin mostrarse en la plenitud de sus atractivos, hace destacar nítidamente las dos hermosas siluetas.



Otra instantánea ante la cual bien puede apreciarse, sin el menor intento de disminuir el poder indiscutible del arte, cómo la naturaleza evidencia sus encantos realmente insuperables cuando ofrece, como en este caso, marco propicio para un buen cuadro.





"Las Andinas", tranquilas y confiadas, ante el objetivo.

cer, por ejemplo, un paralelo entre la escenografía natural y la que ha creado el hombre, hay desde luego diferencias muchas veces bien acentuadas, en presencia de las cuales se aprecia que, con ser grandes los progresos realizados en aquel sentido no han llegado aún a superar lo que es obra de la creación...

Se advierte ello bien a las claras en esta breve nota, donde "Las Andinas", duetistas a reaparecer próximamente en uno de nuestros principales salones de variétés, tienen para algunos de sus números habituales el encanto magistral de los diversos cuadros, que tan pródigos de belleza, de belleza pura y noble, ofrece Palermo en esta época de plena luz y de tonos claros y alegres, cuando muestra en la variedad de colores y matices el conjunto magnífico de sus atractivos, tantas veces elogiados.



¡Si posible fuera transportar al teatro tan magnífica escena, qué linda emoción de belleza habría de experimentarse!

PRIMER CONGRESO DE ESTUDIANTES INDUSTRIALES



La mesa directiva del congreso, formada por delegados de los colegios de Rosario, Santa Fe, La Plata y Buenos Aires y presidida por el señor Francisco D'Angelo, representante del Centro de Egresados de La Plata.



Parte de la concurrencia compuesta por estudiantes de las escuelas industriales, que asistió al congreso realizado en el salón de actos de la Sociedad Científica Argentina, el día 18 del corriente.

EXPOSICIÓN DE PRODUCTOS DE PESCA





Dos de los puestos de la exposición donde se exhiban algunas variedades de la fauna marítima argentina, que más llamaron la atención.

VIDA PERIODÍSTICA. — DESPEDIDA DEL VIEJITO JOSÉ MARIA NEYRA



José María Neyra, "ancien" redactor de "La Nación", caricaturado por nuestro fecundo Taborda.



Vista parcial del banquete con que le obsequiaron sus compañeros de trabajo en el mencionado diario, con motivo de su partida a Europa, donde se incorporará al personal de la Agencia de "La Nación", establecida en París. — Ofreció la comida el señor Carlos M. Muape y contestó el obsequiado agradeciendo la demostración. Después hizo uso de la palabra el señor Julio Piquet.

PERGAMINO. — ECOS DEL DÍA DE LA RAZA





Comisiones de damas y caballeros que tuvieron a su cargo la organización de los festejos locales que se llevaron a cabo con el mayor lucimiento, en rememoración del aniversario del descubrimiento de América.

CONCIERTOS. AGENCIA DE "LA NACIÓN" EN BELGRANO. — BIBLIOGRAFÍA



Señor Adolfo V. Luna, cuyo primer concierto de guitarra, efectuado recientemente, alcanzó un brillante éxito artístico.



Frente del local ocupado por la nueva agencia de nuestro colega "La Nación", situada en la calle Cabildo, 1982, ha poco inaugurada. — En círculo: Señor Ernesto Carrillo, conocido periodista, encargado de la Agencia.



Señor Guillermo Sullivan, autor del libro "Los sembradores de la belleza", que ha sido bien recibido por la crítica.

PARTIDO SOCIALISTA

ELECCIÓN DE CANDIDATOS A CONCEJALES



Afiliados del partido anotando los nombres de sus candidatos, antes de entregar sus votos a las urnas



La mesa que presidió el diputado nacional, doctor Nicolás Repetto.



El candidato electo, doctor Enrique Mouchet, sufragando en una de las mesas.



Un ciudadano que deposita su voto en la urna que actuó bajo la presidencia del señor Eugenio Albani.



En la mesa 5.ª, una compañera muy elegante, da sus preferencias a la lista que encabezaba "40 onzas" Villarreal.

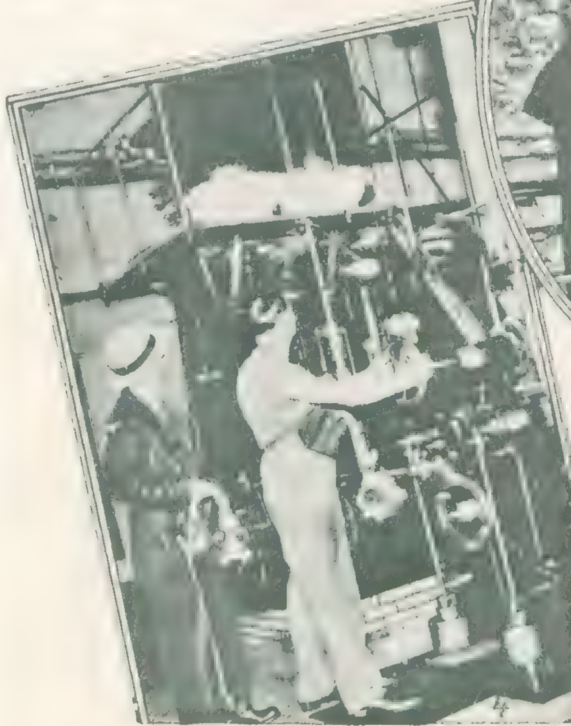
CÓMO SE EVITA EL PELIGRO DE LAS EXPLOSIONES



La División de Combustible está encargada de evitar que se produzcan explosiones en Nueva York















1—Cada tubo de dinamita usado en Nueva York está numerado y la policía tiene nota de quién lo recibe y del empleo que le da.

2—Jamás son los explosivos transportados sobre los puentes, ni en ningún vehículo de pasajeros. Lanchas a hélice especiales son destinadas a este objeto.

3—Cuando el trabajo hace necesarias las explosiones, un inspector está presente, velando por la seguridad.

4—1.200 máquinas refrigerantes existen, en la ciudad, que utilizan el amoníaco. Constantemente son inspeccionadas.

5—Las bombas halladas son analizadas por el inspector James Callahan, quien trabaja en una celda a prueba de bombas. (¡Lindo empleo, no!)

6—En todos los puntos donde se vende gasolina, el depósito debe estar protegido por un aislador.

7—El inspector jefe John F. Dixon tiene a su cargo el examen de todos los paquetes sospechosos que se mandan por correo.

8—Los tambores de films son constantemente examinados, para prevenir el peligro que ofrece su fácil combustión.

CELEBRACIÓN DEL 51°. ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE "LA PRENSA"



Aspecto que ofrecía el salón de actos públicos de nuestro colega "La Prensa", durante el banquete con que el director del citado diario, señor Ezequiel P. Paz, obsequió al personal del mismo, a los amigos de la casa y a los colaboradores del periódico, festejando el 51.° aniversario de su fundación. — Durante el acto, el señor Paz pronunció un elocuente e interesante discurso, que versó sobre el concepto de la misión profesional, y que fué calurosamente aplaudido por los oyentes. "Fray Mocho", adhiriéndose al fausto acontecimiento, aprovecha esta oportunidad para felicitar al viejo órgano porteño y augurarle una larga y próspera vida en la familia periodística.

CRUZ ROJA ARGENTINA. — SUBCOMITÉ DEL PILAR



Señora Andrea L. de Duggan, presidenta del subcomité de la institución, establecido en la citada parroquia.



Señora Rosario I. de Lemos, directora de la escuela número 3 de enfermeras; señorita Lidia Camba y señora Amanda Camba, enfermeras de guardia, y el practicante señor Camilo F. Cerolini.

LA TERCERA DEL SOVIET RECREATIVO "FRAY MOCHO"

La 3.ª excursión al Tigre, frondoso camarada Penelón. No confundamos, Alberto Palcos... Y puestas las cosas en claro — aunque nosotros estamos adheridos al grupo "Obscuridad" — pasemos a la orden de aquel día, que era domingo:

De la partida fué toda la tripulación de "Fray Mocho", ítem más, nuestros muy ponderados colaboradores José Luis Fernández de la Puente, Enrique Villarreal, J. Martínez Jerez, C. C. Sanguinetti, Horacio Fernández de la Puente y Leopoldo García Beltrán, y el asesor culinario del soviet, Vicente Pape Blay. No se hizo música pero se comió y bebió sostenidamente, como corresponde a ciudadanos del rito "mojado". Platos y vinillos criollos. Meta y ponga argentinidad, don Ricardo Rojas. La garufilla tuvo por escenario la isla "El Honor", y ella nos fué gentilmente cedida por sus propietarios, señores Lorenzo y José Gaddi. De sobremesa se procedió a la elección de presidente para el período 1920-1921. Entre Luis Macaya y Pape Blay dividiéronse los sufragios, mas a último momento, un golpe de estado, don Hipólito, descuspideó al primero, sin costas.



Don Vicente Pape Blay, nuevo presidente del soviet, luciendo en el pectoral la cruz de la orden de Carlos III de Cazalla. Su inesperada culminación prodújose a raíz de un golpe de estado.—El flamante Lenín con algunos de sus más fieles partidarios.





Realizando acrobacias aéreas. Mc. Laughlin pasa de su aparato al aeroplano del lugarteniente Locklear.



William Hopson, piloto del servicio aéreo de correos, después de realizar su primer viaje de Nueva York a San Francisco, conduciendo más de 10.000 cartas.

NOTAS DE AVIACIÓN



El sargento Shoemaker realiza un descenso, con dos paracaídas.



El sargento Shoemaker subiendo al aeroplano con sus paracaídas.



El lugarteniente John H. Wilson, cuyo descenso en paracaídas, desde 19.800 pies de altura, ha batido el record mundial.



El capitán Howard T. Douglas, del ejército norteamericano.



Desde Nueva York a Alaska por el aire. 3.500 millas de viaje que realizó el capitán Howard, en menos de quince horas de vuelo.



EL FOOTBALL EN TUCUMAN



Team de "Combinados Platenses y Estudiantes" que, procedente de Buenos Aires, fué a jugar dos partidos con los clubs "Atlético Tucumán" y "Combinados de la Federación", venciendo en ambos encuentros.



Equipo de "Combinados de la Federación Tucumana" que disputó un partido con la "Liga Cultural Santiagueña", por la Copa "El Orden", alcanzando el triunfo por 1 a 0 goals.



Los defensores de la "Liga Cultural Santiagueña", que resultó vencida por "Combinados de la Federación Tucumana". Fots. Martín.

RÍO CUARTO



Núcleo de tiradores del regimiento 14 de infantería de línea, compuesto por el teniente Fabesio, sargentos Molina, Rodríguez, Guzmán, Ferreyra y Bazán, y varios conscriptos, que tomó parte en el concurso de tiro. Fot. Agostini.

FIESTA CAMPESTRE



Momentos de largarse una carrera clásica, destinada a las señoritas, y en la cual obtuvo el triunfo la joven Alicia García.



Los señores J. S. Onagoity y Cía., fabricantes de los cigarrillos Dolar, ofrecieron al personal de sus establecimientos una interesante fiesta al aire libre, que se realizó con todo entusiasmo, el domingo 17 del actual, en un pintoresco lugar del pueblo de Olivos. — La fotografía muestra una parte de la numerosa concurrencia que asistió al acto.

PEÑA-PLATA 1920

El lisonjero éxito que la aparición de "EL ECO DE LA MODA" ha obtenido entre las señoras consumidoras del POLVO GRASEOSO LEICHNER, para las cuales fué creada dicha revista, ha determinado la introducción de nuevas e importantes mejoras en la citada publicación.

Al efecto, "EL ECO DE LA MODA" contendrá en lo sucesivo doble número de páginas, los figurines serán impresos en colores y entre el material de que conste sobresaldrá una crónica parisiense, de pluma autorizada en la materia, con la descripción y comentarios que sugieran las últimas creaciones de la moda imperante.

Todas las señoras consumidoras del POLVO GRASEOSO LEICHNER pueden recibir gratuitamente "EL ECO DE LA MODA"; basta para ello que acompañen al pedido el trozo de estampilla fiscal donde aparece el nombre POLVO GRASEOSO LEICHNER, que lleva adherida cada caja de este artículo. Por cada trozo de estampilla fiscal que se envíe, se servirá a la interesada un mes de suscripción gratuita. Los pedidos deberán dirigirse al señor Gerente de la Agencia de Publicidad Cenit, calle Bolívar, 879, Buenos Aires.



El tedio de Villa Perdida

por Héctor BRIZIO

El recuerdo de un viejo expediente tramitado en tiempos de Ñaupa era manantial de odios donde se proveían para obsequiarse mutuamente don Honorio Pundonor y Macario Santabárbara.

Ambos, prestigiosos vecinos de Villa Perdida, traslucían sus sentimientos en miradas torvas y en indirectas que inevitablemente producirían el choque de sus odios ancestrales.

Y así fué como una tarde, en el Club Social, plantearon con un belicoso incidente el conflicto de honor que se llevó la paz solariega de la villa.

—¡Canalla!

—¡Yo!?

...paf!!

—¡Oooh!

Escenita fulminante; de cuatro palabras.

Macario Santabárbara profiere la primera. Honorio Pundonor, mientras echa mano a todos los bolsillos del saco en busca de quién sabe qué herramienta para vengar el ultrajo, interroga con la segunda. La tercera palabra es pronunciada por la mano derecha de don Macario al caer con excesiva violencia sobre la mejilla izquierda de Pundonor. La cuarta es el asombro coreado de los sociables villaperdidosos...

Breve instante de expectativa en que el agresor amaga repetir la maniobra, forcejeando con las muchas manos que tratan de impedírselo. Entre tanto Pundono encontró lo que empeñosamente buscaba y pone ante su adversario, a la altura del pecho... una tarjeta.

—Esto no puede quedar así —dice luego entonando profundamente las palabras que parecían salir de las glándulas suprarrenales de su personalidad ofendida.

———

Olvidado ya el último acontecimiento—una lluvia que cayera a mediados de la semana anterior—los de Villa Perdida encontraron en el incidente Santabárbara-Pundonor extenso campo donde distraer el tedio mortal que los consumía. Por esa causa, aquella noche, en el club, no se habló mal del bolshevikismo, ni el juez de paz y el boticario anotaron con agorgojados porotos las incidencias del "truco" que de tiempo inmemorial venían jugando.

Sentados alrededor de una mesa, los más conspicuos de Perdida se despacharon a su gusto bordando comentarios en el asunto del día. Un viejo morador relató la querella entablada por los primeros Santabárbara contra los primeros Pundonor por el deslinde de unas "tierritas" en el contorno de la villa. Así, la malquerencia trasmitida de padres a hijos y que aquella tarde explotara violentamente, fué aumentada y corregida por la fantasía y la maledicencia de todos. Exaltáronse los ánimos, y tanto los partidarios de Pundonor como los de Santabárbara convinieron en que el duelo era la única solución decorosa.

—Entre caballeros—afirmaba el boticario—los conflictos se dirimen por medio de las armas y en el terreno del honor. El médico halló muy razonables las palabras de su cómplice profesional, tal vez porque solamente así se le presentaba la oportunidad de ser imprescindible alguna vez.

No faltó quienes optaran por la reconciliación acariciando secretamente la probabilidad de un banquete.

La aparición de don Honorio evita los comentarios. Con el brazo extendido describe en el aire una curva horizontal imponiendo silencio.

Tose. Saca el pañuelo. Corrige las guías del bigote. Vuelve a toser y sentenciosamente declama:

—¡Caballeros! Dos veces ultrajado por la palabra y la mano de don Macario, lo exigiré por medio de mis representantes una retractación pública, y si no una reparación por las armas. ¡A muerte!

Los presentes, aunque esperaban esta solución, nó pudieron evitar que una sensación de escalofrío les viborease por todo el cuerpo.

¡Un duelo! ¿Que menos podía suceder? Lo reclamaba la honorabilidad de Pundonor y el buen nombre del Club Social infamado por la plebeya cachetada.

— —

Bajo la canícula del sol meridiano atraviesan la calle principal dos personajes enfundados en negros levitones.

La curiosidad que a través de las cortinas y detrás de las puertas entornadas acecha el paso de la fúnebre aparición, ha reconocido en ella a Ruperto Pistolete y a Filemón Espada. Como el tieso empaque de sus siluetas no les sale de su interior chacotón, sino por encargo de un tercero, confundiendo la seriedad con la amargura, se han entristecido hasta la médula de los huesos.

Llegan frente a una casa y se detienen.

Pistolete levanta ceremoniosamente el llamador de la puerta y lo deja caer sobre el tope

A poco rato se entreabre la puerta, y después de anunciarse, el dúo fúnebre se interna en la casa.

Ya en presencia de Macario Santabárbara, gangosea Pistolete un saludo glacial y añade:

—Nuestra misión es transcendental. El señor Honorio Pundonor exige de usted, por intermedio de nuestra representación, amplias satisfacciones.

—Eso es: ¡amplias!—apoya Filemón.

—¡Ajá! y ¿qué quiere ahora?

—Que usted retire su palabra ofensiva y declare públicamente que al proferirla no tuvo torcidas intenciones ni mala idea al poner la mano en el rostro de nuestro representado. En caso contrario usted nombrará sus padrinos y con ellos concertaremos el lance que llevará al terreno de las armas esta cuestión de honor.

Y Pistolete respira satisfecho de haber pronunciado sin tropiezo la frasecita en cuyo estudio invirtió la mañana.

—Es el caso, mis queridos amigos, que no estoy dispuesto a pedir perdón.

—No se trata de eso—interrumpen los macabros diplomáticos.

—Lo que sea—continúa Santabárbara—ni a ir a ningún terreno; lo cual no impide que el señor Pundonor me encuentre en cualquier parte que me busque.

La respuesta desconcertó los ánimos de Pistolete y Espada, porque llegaba para ellos el punto más delicado de la misión. Se miraron, invitándose mutuamente a decir lo que faltaba.

Entre tanto el silencio, que se hacía molesto para don Macario, traducíase en angustia para Espada y Pistolete.

Por fin, este último, apremiado por la situación incómoda, extrajo del bolsillo un librito. Buscó en él el párrafo donde se define el concepto que, entre caballeros, merece quien no retira la ofensa ni acepta el lance. Comenzó a leerlo en voz alta y pocos segundos después, del patio convertido en campo de Agramante, huyeron contusos y mal parados don Ruperto y Filemón.

———

Villa Perdida está de parabienes.

No volverá a bostezar su tedio en los problemas moscovitas ni en el "truco" que de tiempo inmemorial venían jugando el juez de paz y el boticario; mientras no se explique por qué Pundonor es un valiente caballero que recibe los insultos con tarjetas, y Santabárbara un cobarde que no encontrará en toda la villa quien se atreva a decírselo.



9 pesos diarios, sábado inglés y lunes criollo.

Brindis cultural

por Martín BERNARD

Bienvenido seas, otoño de mi vida. Porque vuelve a retoñar mi varonilidad nativa. Bienvenido seas, otoño de mi vida. Porque mi americanismo vuelve a retoñar orgullosamente.

Por él he reñido a los conquistadores de este nuevo mundo y he defendido el Plata.

Yo diría, Buenos Aires, que me he salvado de tus caudillos y de tu cosmopolitismo, por el más grande de los genios tutelares de América. Por tu Evangelio Americano, Francisco Bilbao.

Eterna seas, Pampa mía, por ese Evangelio que yo aprendí en tu fecunda tierra, cuando era niño.

Bienvenido seas, otoño de mi vida. Porque vuelve a retoñar mi varonilidad nativa.

Mi varonilidad nativa, es la que mira con un desdén olímpico a esas procesiones que se reclutan y carecen de fervor y que marchan detrás de una bandera como una farándula triste.

Eso he visto en las calles de Buenos Aires, en tu primer centenario, bandera Azul y Blanca.

Yo he llevado orgullosamente tus colores, bandera Azul y Blanca, cuando era niño. Mi generación cantaba con fervor al pie de la pirámide de Mayo. Con la simple y primitiva anagnosia, cultivábamos el poema civil de la raza.

Eternas sean nuestras abuelas, que nos comunicaban el fervor de nuestros padres.

Ellas eran las que inmortalizaban a nuestros padres en los campos de batalla. Estuvieron en Caseros, en Cepeda y en Pavón—nos decían.

Eternas sean, nuestras abuelas.

Hoy no ha desfilado la ciudad porteña.

Mi chambergo se ha quedado como esperando, para descubrirse y agitarse en los grandes días.

Bienvenido seas, otoño de mi vida. Me alegro celebrarte en el Plata.

Brindo por mi varonilidad nativa, porque con ella he vencido.

Brindo por mi cultura porteña, defensora varonil del Plata, que culmina y supervive en el Evangelio Americano de Bilbao.

Brindo por ella y por Almafuerte, por Florentino Ameghino, por Martín Fierro, por Francisco Bilbao y por Juan Montalvo, el sublime cantor de la epopeya de Bolívar.

MIENTRAS LLUEVE

Los suaves ecos de la lluvia llenan
el parque de poéticos rumorés,
y nuevo encanto con su beso estrenan
en las auras meciéndose, las flores.

La amapola escarlata que ameniza
mis horas de solaz, álzase enhiesta;
y al compás de la lluvia y de la brisa
modula sus arpegios la floresta.

Por los plateados caños, la espumosa
Corriente de las aguas se derrama;
y al chocar en el suelo cadenciosa,
sus cristalinas perlas desparrama...

Innumerables charcos va formando
el agua entre los pastos ya crecidos,
que, luminosos, claros y temblando,
semejan blancos velos extendidos.

Sacude su pereza, lisonjero,
el cisne, a quien la lluvia nunca abate;
y se me antoja a mí, bajo mi alero,
sabrosa mi nostalgia y rico el mate.

A chapotear el agua, en cantilena,
el corro de los patos va de prisa...
Y olor a piperina y hierbabuena
de la cercana sierra trae la brisa.

En este grato universal concierto
el alma de las cosas se recrea:
es más suave el ambiente, nuevo el huerto,
y más lindas las casas de la aldea...

Por eso yo en él busco la galana
inspiración, que mi laúd eleve;
se oye el triste gemir de una campana:
la noche se avecina mientras llueve...

Mario MARTINEZ DEL RIO.

(Córdoba)

Presagios de lluvia

Cuando sale el sol y sus rayos son negros o cetrinos, es seguro que lloverá en el día.

Cuando al salir tiende los rayos largos entre nubes y al mediodía estas nubes están algo alejadas, es señal de lluvia antes de la puesta.

Cuando el sol aparece y desaparece entre nubes negruzcas, lloverá.

Cuando al ponerse el sol aparecen nubes oscuras en Oriente, lloverá por la noche.

Cuando llueve a la puesta del sol, lloverá mucho más luego.

Luna cuyo cuarto tenga las puntas gruesas y oscuras durante tres días, es fijo que lloverá en este cuarto.

Luna nueva; cuando se la observe oscura, cárdena o verdosa, lloverá pronto.

Luna nueva; si mostrase señales de lluvia y no lloviese e hiciese fríos, en su creciente hará frío y en su menguante lloverá.

Las señales que se observan relacionadas con animales, son éstas:

Cuando las aves hacen mucho ruido al volar, lloverá pronto.

Cuando las lechuzas graznan mucho al ponerse el sol, lloverá al siguiente día, y lo mismo cuando los pavos domésticos cantan al acostarse.

Cuando bueyes y vacas pacen muy de prisa en los prados, lluvia inmediata, y lo mismo cuando las pulgas pican ó cuando decimos que las moscas estan muy pegajosas y cuando la lombriz de tierra sale a la superficie.

Con ser curiosos todos los signos expuestos, no lo son menos los que se refieren, según el texto, a los "milagrosos" o de seres innominados, de los que no sabían los antiguos dar la explicación racional que hoy nos da la Ciencia, fundados algunos en sus propiedades higrométricas y otras por conductibilidad.

Cuando las carnes saladas se humedecen, es señal que lloverá.

Cuando al abrir una cerradura parece que la llave se pega, lloverá pronto, y lo mismo cuando se cae el hollín de la chimenea.

Cuando en el campo se perciben aromas de plantas que viven a distancia, es señal de lluvia.

PUCHITO

La sal es un artículo de lujo en el centro de Africa. Hay regiones donde los indígenas más pobres no la prueban nunca, y un negro que puede echar sal en la comida es considerado como un hombre rico. Para los niños, un poco de sal es una golosina, que aprecian tanto como nuestros niños un terrón de azúcar.

Mingo SALABERRY.

Cosas del cine, que no se ven en el cine

UNA ADMIRADORA DE WASHBURN

Entre las actrices que han trabajado junto a Bryant Washburn interpretando los principales femeninos, figura una de singular belleza, pero con unas manos imposibles para los "close-ups". Para reemplazar a la artista en aquellos casos en que es necesario realizar "close-ups" de las manos, la empresa contrató una simpática muchacha, bella, pero que no reune condiciones para trabajar como actriz.

La joven, al poco tiempo de trabajar junto al mimado actor, se enamoró de Washburn. Su mayor placer consistía en contemplar la apuesta figura del galán joven, y se sentía feliz cuando permanecía a su lado.

En cierta ocasión, al filmarse uno de los "close-ups", Bryant, según estaba indicado en su papel, besó repetidas veces las manos de la joven. Esta se sentía desfallecer de emoción.

Una compañera, confidente de sus amorosos ensueños, se acercó a la joven al terminarse de filmar la escena y le dijo:

—Hoy debes sentirte feliz, ¿no es cierto?

—Ay sí—contestó la joven suspirando.—Pero sería mucho más feliz si lo que la otra tuviera feo fuesen los labios.

LA GRAN FORTUNA DE ZA SU PITTS

Una de las historias más interesantes del mundo cinematográfico es la que relata los primeros pasos de Za Su Pitts en el camino de la gloria y de la fortuna.

Hace tres años, la simpática y alegre actriz ganaba un dólar semanal, trabajando para el cine. Con esta suma colosal la pobre muchacha no podía ciertamente pagarse muchos caprichos, pero Za Su Pitts confiesa que no por eso se sentía menos feliz.

Mary Pickford, al emplearla para que trabajara con ella en una de sus películas, hizo que le aumentaran "un poco" el sueldo.

Más tarde sus haberes alcanzaron a la suma de setenta y cinco dólares por semana, pero Za Su Pitts, que además de ser una buena actriz es una excelente muchacha, entregaba la suma íntegra, menos diez dólares que se reservaba para sus gastos, a sus padres.

Tampoco con diez dólares podía hacer milagros, y la revoltosa mujercita dice ahora:

—Sólo tuve dos pares de zapatos y dos trajes durante todo el año pasado.

Entonces fué cuando se le ofreció el contrato del Sindicato Smith, que ella se apresuró a firmar. Dicho documento elevaba su sueldo semanal de setenta y cinco dólares a... ¡mil! ¡Mil dólares por semana! A Za Su Pitts le parecía un sueño, una fantástica aventura de cuento de hadas y ahora confiesa que no creía en su realidad ni aun después de haber firmado el contrato:

—Sólo me convencí de que iba de veras—dice—cuando me entregaron el primer cheque de mil pesos. Con el cheque en la mano salí a la calle, con el cheque en la mano llamé a un taxi. Ante todo, para convencerme de que no estaba soñando, me hice conducir a una fotografía y allí me retraté con el cheque en la mano; luego salí, recorrí las casas de la manicura, de la peinadora y varias confiterías, en las cuales satisfice mis aficiones glotonas. Aquel fué uno de los días más felices de mi vida.

Za Su Pitts dice que ahora tiene el propósito de ahorrar algún dinero para poder satisfacer el capricho que siente. Dentro de tres años se propone irse a vivir, por una larga temporada a Egipto.

CON LAS PROPIAS ARMAS

En una de las más importantes empresas de los Estados Unidos se produjo recientemente un hecho que resulta interesante registrar, por su moraleja que encierra una lección sumamente provechosa.

Trabajaba para la citada empresa un actor de cierta fama, que, sin embargo, atraía poco público. A pesar de que tenía un contrato firmado, la empresa, dando como razón que dicho artista no gustaba al público y no hacía entrar plata en las taquillas de los cines donde se exhibían sus cintas, logró rescindir bruscamente su contrato.

Otro artista de la misma empresa, muy mimado por el público, se enteró del fin del pleito y aprovechó la enseñanza.

Dirigiéndose al despacho directorial, comunicó a sus empresarios:

—Desde la semana que viene exijo mil dólares más por semana o participación en los beneficios de las cintas que impresiono.

—Usted olvida que tiene un contrato firmado.

—No lo olvido. Pero si ha podido rescindirse un contrato porque el interesado no daba beneficios, puede rescindirse otro por la razón opuesta, me parece a mí.

—Le damos a usted quinientos dólares más.

El artista, sin responder, se dirigió hacia la puerta.

—¡Los mil que usted pide!—exclamó entonces el director deteniéndole!

—¡Muchas gracias!

La lección dada a la empresa era merecida. En casos semejantes todos debieran hacer igual... todos los que son suficientemente fuertes para poder imponer al lobo la ley del lobo.

UN SIMPLE OLVIDO

Una mujer puede ser a la vez una gran estrella cinematográfica y una señora muy desmemoriada. Betty Blythe se encargó de demostrarlo recientemente.

Cierta noche estaba cenando con su esposo Paul Scarron en el hotel de Hollywood cuando de pronto en sus ojos se reflejó una viva impresión de horror.

—¿Qué hora es?—preguntó asustada.

—Las ocho—le respondieron.

—¡Las ocho!—dijo—y sin terminar lo que tenía delante le dijo a su marido:

—Levántate, Paul, levántate. Corre.

—Pero, ¿qué te pasa?

—Nada. Que había invitado a cenar al conde Jorge de Mónaco... ¡y lo había olvidado!

Ambos esposos se apresuraron a tomar un auto y se hicieron conducir rápidamente a su domicilio. El conde había llegado un momento antes. Como si nada hubiera sucedido, se les sirvió la cena.

Pero cuando el conde se retiró, murmuraba extrañado:

—¡Realmente no comprendo cómo pueden vivir algunas personas comiendo tan poco!

¿QUÉ ARGUMENTOS PREFIEREN LAS EMPRESAS?

Una nueva carrera muy productiva se ha inaugurado recientemente para las personas de imaginación viva. Componer argumentos para el cine. Las empresas pagan muy bien los derechos de propiedad, pero... todo tiene sus peros.

Según parece, la mayoría de las empresas no se han convencido de que sea más conveniente filmar obras compuestas ex profeso para el cine que producir películas arregladas de las obras de teatro o de las novelas de mayor éxito.

Algunas compañías llevan a tal extremo su prevención contra las historias compuestas ex profeso para el cine, que no admiten para su examen ningún original que no haya sido previamente aceptado y publicado por alguna revista.

¿Están equivocadas las empresas que prefieren los arreglos a las obras compuestas para el cine? La cuestión no es tan simple como parece, y aun cuando a primera vista parece que una producción compuesta directamente tiene más probabilidades de gustar al público, por otra parte no deja de ser una garantía de su valor el hecho de que haya conseguido éxito en otra forma.

Lo que queda fuera de toda duda es que se impone por parte de las empresas un mayor cuidado cuando realizan los arreglos.

NOTICIAS BREVES

A pesar de todo lo que se ha dicho, Mildred Harris y Charles Chaplin, ni se han divorciado ni piensan divorciarse. No olviden nuestros lectores que buen número de periodistas encuentran mucho más fácil inventar noticias que tomarse la molestia de traducir aquellas que realmente se publican en las revistas gremiales norteamericanas.

—Mary Osborne, la niña que tanto nos ha deleitado en el cine, nació en 1911. En la actualidad tiene, pues, nueve años.

—Richard Barthelmess está casado con Mary-Hay, una de las artistas de Variedades del "Zizgield Follies".

—Juanita Hansenn nació en 1897.

—Monte Blue y Mary Miles Minter están impresionando una nueva cinta para la "Realart".

—Albert Ray no trabaja más como actor en la actualidad. Se ha convencido de que su labor no ofrecía realmente ningún interés especial y ha decidido dedicarse a la dirección. Como director ha sido contratado por la "Firs National". Albert Ray no es hermano como se ha venido diciendo entre nosotros de Charles Ray. Albert y Carlos son únicamente primos.

—William Scott trabaja junto a Gladys Brockwell en todas las cintas que impresiona ahora la celebrada actriz.

—Hedda Nova está trabajando actualmente como estrella de su propia compañía. Dirige la empresa su esposo Paul Hurst.

—George Walsh tiene veintiocho años.

EL CINE Y LA NIEBLA EN LONDRES

Las famosas nieblas de Londres fueron siempre un grave inconveniente para la fotografía; pero los fotógrafos londinenses venían resignándose a interrumpir su trabajo mientras la niebla duraba, buscando una compensación económica en un aumento de precios durante el resto del año, y todo se reducía a que la gente se abstuviera de retratarse durante un período relativamente breve. Esto, sin embargo, no resuelve la dificultad para las casas productoras de películas cinematográficas, cuyo negocio está en el trabajo constante y cuyo éxito depende de no quedarse atrás de las casas rivales. En vista de ello, una empresa que tiene sus talleres en Islington ha resuelto combatir la niebla, y al efecto ha instalado un sistema de ventiladores y tubos absorbentes, hábilmente combinados, que han dado los más satisfactorios resultados, pues aunque no suprimen la niebla en absoluto, la levantan a unos ocho o diez metros sobre el tablado del escenario, lo cual es suficiente para poder fotografiar la escena.



Anita Stewart posee un magnífico "locomobile", del que se declara muy satisfecha. La carrocería es elegante, pero lo más admirable es su decoración interior, que acredita el gusto de la estrella.

Al fin quedó descubierto el sensacional misterio de un crimen histórico

La noche del 30 de enero de 1889, Rodolfo de Habsburgo, heredero del trono imperial de Austria —y aplicándole la frase del sacerdote que acompañó a María Antonieta a la guillotina—"hijo de cien reyes", murió de manera sanguinaria y misteriosa en un pabellón de caza de Meyerling, cerca de Viena. A la siguiente mañana, se encontró el cuerpo del heredero y junto a él el cadáver de la baronesa María Vetsera, su bellísima amante.

El viejo emperador Francisco José, en cuya sombría vida este fué uno de los más obscuros episodios, cerró la curiosidad pública negándose a proporcionar datos sobre la tragedia. Aquellas personas que sabían algunas de las circunstancias conectadas con el misterio, fueron llamadas a un solemne cónclave por el emperador y la emperatriz, exigiéndoseles un secreto absoluto, bajo juramento.

Así, el misterio de la muerte del príncipe europeo más popular, quedó en el silencio. Rodolfo de Habsburgo fué otro "Hombre de la Máscara de Hierro" en las leyendas que sobre misterios imperiales corren en el mundo. El artículo que hoy damos a conocer a nuestros lectores, es obra de la pluma de un corresponsal londinense. El autor no ha querido descubrir su personalidad, seguramente por razones de estado. Sin embargo, podemos asegurar que su identidad es irrefutable y que debe leerse con interés este trabajo.

Hace algunas semanas, una hermosa mujer, Miss Alma Steane, se suicidó tomándose una dósis de ácido prúsico. La infortunada mujer obedeció a un "spleen" que le duró toda la vida y la hizo infeliz: se creía hija del príncipe heredero Rodolfo de Habsburgo y de su amante María Vetsera.

Es verdad. El secreto de lo ocurrido la noche del 30 de enero de 1889, ha sido muy bien guardado. Las veintiuna personas que juraron no revelarlo, conservaron su juramento. Pero si el testimonio de todos aquellos que tomaron parte en el drama, o conocieron algunas de sus circunstancias se reunieran, se tendría la historia completa del misterio, a excepción de los minutos que estuvieron a solas los amantes.

Cuando algunos amigos míos, que estaban en situación de observar los hechos, me hicieron saber lo que escucharon y oyeron, guardé aquellos datos preciosos en la memoria; hasta anoté algunos en mi libro de memorias, temeroso de olvidarlos. Pero me detuve allí. Mientras gobernara en Austria la monarquía de los Habsburgos y existiera el imperio de Hungría, el que revelara dicho misterio lo habría pasado muy mal, sin duda alguna.

Durante la tarde del 31 de enero de 1889, empezaron a circular en Viena rumores de que el príncipe heredero había muerto. Se dijo que Rodolfo había tenido un ataque cardíaco mientras cazaba y que, debido a la falta de recursos médicos fué imposible salvarlo.

La noticia creó una sensación de duelo en Viena. Centenares de personas corrieron al palacio imperial como si quisieran expresar de este modo sus condolencias al viejo Francisco José. Pero el sentimiento público estaba con el emperador y la emperatriz y no con la princesa heredera, Estefanía. Se rumoraba que el matrimonio era muy desdichado, por culpa de la mujer, según afirmaba la gente. Se creía al príncipe heredero un hombre liberal "e incapaz de cometer una mala acción".

Durante aquel día, se supo que había fallecido en Meyerling, donde tenía un pabellón de caza y adonde pasaba algunos días en unión de algunos amigos. Se dijo también, que había caído al suelo, disparándosele en el accidente el rifle y que la bala se le incrustó en la frente.

Al día siguiente, el viejo conde Tisza, premier de Hungría, compareció ante el emperador en Viena para declararle que no podía decir mentiras a sus súbditos húngaros. La verdad debería conocerse. El conde necesitaba saber lo que había ocurrido. Al día siguiente, el premier regresó a Budapest con el permiso para publicar la noticia de que el príncipe heredero se había suicidado. El viejo y astuto diplomático húngaro no creyó seguramente en esa versión. Se debió haber dicho a sí mismo: "Cuando el emperador, intolerante como ninguno, confiesa que hubo suicidio, que impide que se vea el cadáver, es señal de que hay algo peor que el suicidio tras de este misterio."

La actitud de la emperatriz Elisabeth después de la catástrofe, fué noble y la hace aparecer bajo un aspecto muy distinto al que le prestó una vida de adoración a sí misma. El ayudante del emperador y maestro de ceremonias de la emperatriz, conde de Nopesa, condujo al conde Hoyos hasta el comedor de su majestad Elizabeth. El conde Hoyos era el ayudante del príncipe Rodolfo; venía de Meyerling y dijo a la emperatriz todo aquello que, en su opinión, podría escuchar su majestad. Esta quedó en su asiento inmóvil durante algunos minutos; luego se levantó dirigiéndose a las habitaciones de Francisco José, donde estuvo por espacio de media hora. Después, los dos fueron al departamento de la princesa heredera, que recibía su lección de canto de la profesora Frau Kauf-Essenthem. Se indicó a la maestra que debería permanecer fuera del cuarto y ésta pudo escuchar gritos, sollozos y lamentos, debido a que las puertas de los cuartos del palacio no se cerraban nunca. Sin embargo, no se atrevió a irse. Al cabo de media hora, apareció una dama del cortejo de la emperatriz para informar a la profesora que "su graciosa majestad imperial y real no cantará hoy más."

El conde Hoyos regresó a Meyerling en compañía del profesor Widerhofer, el médico de confianza de la emperatriz. Pasaron cuatro horas antes de que estos personajes, en unión del criado Loschek, pudieran entrar a la cámara mortuoria.

La misma tarde se verificó el examen post-mortem del cadáver en presencia del profesor Meynert, quien agregó en el certificado "caso de suicidio debido a una locura temporal". A eso de las siete de la noche, llegó a Meyerling un ataúd de metal, donde deberían conducirse los restos de Rodolfo hasta Viena.

Se embalsamó el cuerpo del príncipe. El que escribe estas líneas pudo ver el cuerpo en la cama de su cuarto, primero, y en el ataúd de plomo en la capilla, después. Recuerdo que me fijé en algunos detalles: Rodolfo estaba tendido en su cama, vestido con uniforme blanco y una túnica, abotonada, estaba muy ceñida al pecho; las mangas parecían vacías y en las manos tenía sus guantes, llenos de algodón en rama. Tenía el cráneo amarrado con una venda. La cara presentaba una palidez de cirio, pero la expresión era grave y serena. En aquellos días, el príncipe se había afeitado y usaba solamente bigote. En la sien derecha, bajo la venda, se distinguía una herida circular, muy pequeña. Todo el lado derecho del rostro había sido pintado por un artista y se había puesto cera en las facciones para restaurarlas a su normalidad. Debido a que el catafalco se colocó muy alto en la iglesia, aquellos detalles no podían ser notados. Las nubes de incienso y de perfumes, así como la obscuridad de la capilla, completaban la ilusión.



Un futuro "recontraalmirante", estimado Federico Alvarez de Toledo.

Nadie dudaba en Viena que el príncipe heredero sería enterrado en unión de sus antecesores, en la cripta de la iglesia de Capuchinos. Pero los piadosos monjes pensaban de distinto modo. Un antiguo ceremonial, que se había desdeñado como anticuado, se declaró imprescindible. El emperador debería llamar a la puerta del convento pidiendo permiso a los monjes para enterrar el ataúd de su hijo en la cripta de sus padres. Entonces el prior del convento le preguntaba si había muerto por su propia mano. Y si la respuesta era afirmativa, se negaba el permiso.

Solamente una orden de su santidad podía revocarlo.

Ignoro si vive aún el oficial de telégrafos que, después de ser juramentado, telegrafió el texto de dos mil palabras al papa, en el que el emperador le suplicaba permiso para enterrar a su hijo en sagrado. Este permiso fué concedido por su santidad. El emperador Francisco José, con la mano fuertemente apoyada en el ataúd de su hijo, descendió hasta la cripta para depositarlo allí.

Antes de que fuese de día, el 31 de enero, el jefe de estación de Modling, en la vía del ferrocarril meridional, telefoneó a su jefe superior, director general Friedrich von Sechuler, que ocurrían muchas cosas graves en Meyerling. Como el jefe de estación era ya un anciano, había contado sus labores a un ayudante joven, pero rogó a su mujer que vigilara el camino de Meyerling para que pudiesen estar preparados contra cualquier contingencia.

Temprano aquella misma tarde, el príncipe heredero, Rodolfo, pasó en su faetón de caza, y algo más tarde, su ayuda de cámara, Bratfisch, lo siguió en la misma dirección, en un carruaje cerrado y acompañando a una dama que tenía el rostro cubierto con un espeso velo. En el curso de aquella tarde pasaron muchos otros carruajes con rumbo a Meyerling.

Se daba en palacio aquel día una "comida en familia" y la princesa heredera se entristeció cuando la emperatriz le hizo saber que Rodolfo había presentado su excusa por no poder asistir a la comida.

En la entrada de la elegante joyería de Dodeck, en Kohlmarkt, se encontraba el carruaje de la condesa María Barisch, sobrina de la emperatriz. El coche esperaba a su dueña que había salido de compras con su joven y bella amiga, la baronesa María Vetsera. En una larga mesa, colocada en el centro

de la habitación, los joyeros habían hecho una hermosa exhibición de objetos de arte, adornando el árbol de Navidad, que aún no había sido quitado. La condesa estaba en un lado de la mesa, la pequeña baronesa en el otro.

La condesa Larisch pagaba su compras de Navidad y se entretuvo algún tiempo en ello. Cuando se levantó para buscar a su amiga, la baronesa había desaparecido y todo fué en vano. Según se supo después, María Vetsera salió de la tienda, caminó a pie entre la multitud—aunque poco acostumbrada a hacerlo—dirigiéndose al Michaelerplatz, en donde la esperaba Bratfisch, en la esquina de Herrengasse, con un coche en el que se subió la baronesa, dirigiéndose luego a gran prisa a Meyerling.

La condesa Larisch se apresuró a ir a comunicar a la madre de la baronesa Vetsera, cómo se había extraviado de su hija. Hubo una gran escena tormentosa entre las dos señoras, en el curso de la cual la condesa María Larisch confesó que María había encontrado al príncipe heredero en su casa y que acaso esto podría ser el comienzo de un asunto amoroso. La señora Vetsera, madre, con su temperamento de ardiente meridional—porque era hija de griegos—declaró enfáticamente que iba a ver a la emperatriz para pedirle que le devolviera a su hija. Se aconsejó a la anciana que esperara un solo día y que después la policía iría a buscar a su hija.

Entretanto, en palacio se dudaba, comentándose mucho la verdad de la excusa de Rodolfo, quien alegaba estar enfermo, para no concurrir a la comida. Estefanía declaró que se había levantado sin ninguna dolencia. Pero todos trataron de persuadirla de que un hombre que va a cazar puede resfriarse en un momento. Sin embargo, Estefanía hizo prometer a su cuñado, Felipe de Coburgo, que tratara de ir a Meyerling y averiguase lo que ocurría en el pabellón de caza.

Aun cuando la condesa Larisch había proporcionado algunas oportunidades a Rodolfo para que encontrase a María a solas en el espacioso palacio de los Larischin, en la Johannesgasse, podemos admitir que la tarde del 29 de enero, la cuidadosa y bella María Vetsera decidió abandonar posición, honor y familia, para seguir al hombre a quien adoraba sobre todas las cosas en la tierra.

Se ignora cuáles eran los planes de Rodolfo para el futuro. Sus padres y parientes no tenían noción de nada: se sospechaba con visos de veracidad que el príncipe se rebelaba contra todos, imponiendo su método de vida propio. Es indudable que Rodolfo debe haberse dicho a sí mismo que no era posible que María regresase al lado de su madre, después de su escapatoria a Meyerling. Bratfisch, que había llevado a la baronesa en su carruaje, fué enviado a Viena. El criado Loschek preparó la cena que los amantes compartieron con el ayudante, conde Hoyos. Se vaciaron dos botellas de champagne. Ambos hombres estaban muy alegres y la muchacha, aunque un poco sobresaltada, parecía muy feliz. Sin duda Rodolfo consideró aquella cena como la de su boda.

El conde Hoyos se retiró a la habitación del guardabosque, donde tenía su pieza. En el pabellón de caza sólo el criado Loschek tenía su alojamiento.

El asalto del pabellón ocurrió a media noche. ¿Cuántos eran los que tomaron parte en él? Nadie lo sabe. Solamente se conocen dos nombres: el tío de María, hermano de su madre H. Baltazzi, a quien estaba prometida, y don Miguel de Braganza.

El criado corrió a avisar a los amantes; pero los que atacaban lo siguieron de cerca. El príncipe no debe haber tenido tiempo de hacer resistencia, pues la lucha debe haber tenido lugar en el comedor, donde el asaltante más osado se encontró con la muerte a causa de un botellazo que le partió el cráneo.

Cuando el objeto premeditado del ataque se cumplió—habiéndose vencido al príncipe—los asaltantes huyeron en sus carruajes. El conde de Hoyos y el guardabosque corrieron al pabellón, alarmados con los ruidos, y sólo alcanzaron a ver a los que huían en coches cerrados. Loschek tenía órdenes severas de no dejar entrar a nadie, ni al ayudante del príncipe, a la casa. Lo que ocurrió durante la media hora que siguió, puede conjeturarse por los sucesos de los dos días después.

Ni el ayudante ni el criado se atrevieron a entrar a la casa, y discutían, a las primeras horas de la mañana, los sucesos de aquella noche. A eso de las cuatro de la mañana, llegó un carruaje conduciendo al príncipe de Coburgo, quien en cumplimiento de la promesa hecha a Estefanía, insistió en entrar a la casa. Cuando supo lo del asalto, declaró que debía ver al príncipe su cuñado. Criado y ayudante le dijeron que se encontraba con una dama. "Es lo mismo", dijo Felipe.

La puerta del comedor estaba cerrada con pestillo y como no recibieran respuesta a sus llamadas, rompieron un tablero para descorrer el cerrojo. El cuarto estaba en tinieblas, pero una luz se filtraba de la recámara contigua. Felipe de Coburgo penetró con paso decidido, pero se detuvo al llegar a la cámara.

Allí ardía una vela, iluminando levemente dos cadáveres que yacían uno en brazos del otro, a los pies de la cama. Eran el príncipe heredero y María Vetsera. La mano derecha del príncipe sujetaba aún el arma con que se cometió aquella tragedia; un pequeño revólver "bull-dog". En la mano izquierda, cuyo brazo servía de apoyo a la cabeza de María, el príncipe tenía un pequeño espejo. Los dos cadáveres estaban manchados de sangre. La parte superior del cráneo del príncipe estaba volada en pedazos y los sesos salpicaban el piso y las paredes. El cadáver de María no presentaba un espectáculo tan terrible. Debe haber sido muerta por un disparo hecho a corta distancia.

Cuando se encendieron las luces del aposento y del comedor, se encontró allí el cadáver de Baltazzi.

Como no se sabía quién podía ser la primera persona que llegara de Viena, Felipe de Coburgo dió órdenes de que los cadáveres de María y de su tío Baltazzi fueran quitados de allí.

Felipe se dedicó a vigilar, en unión de Loschek, los alrededores y atender a lo que hiciese falta, en tanto que Hoyos se dirigió a Viena para informar aquellas noticias a la emperatriz y al emperador. Al mediodía llegó a Meyerling el profesor Widerhofer, preparando el cuerpo del príncipe heredero en forma que lo pudiesen reconocer sus padres.

El informe que rindió el jefe de estación de Moding, acerca de lo ocurrido la noche del 30 de enero, despertó la curiosidad de su jefe, el director Friedrich von Schuler. Quiso a todo trance saber la conexión que pudo haber entre las idas y venidas de tanta gente aquella noche y la tragedia de Meyerling. Además, quería hablar del suceso con su viejo amigo, el abate de Heiligenkreuz, con quien acostumbraba pasar algunas tardes en su convento. El abate le dió la bienvenida, diciéndole que tenía muchas cosas que contarle.

En la tarde del 31 de enero, había ido un oficial a Heiligenkreuz pidiendo permiso para hablar con el abate. Se hizo conocer como un emisario del emperador. Había ido a pedir permiso para el entierro de María Vetsera, para quien Francisco José pedía indulgencia y discreción del abate y de los canónigos en Heiligenkreuz. No se cambiaron ningunas preguntas; no se hicieron comentarios. El cadáver debería llevarse al convento y enterrarse de acuerdo con los rituales de la Iglesia católica de Roma, en tierra sagrada.

El abate se rehusó enérgicamente. No podía enterrar en sagrado a una mujer de quien nadie sabía y que era posible hubiese cometido suicidio. El oficial suplicó más fervorosamente aún, pero el abate le dijo que no le era posible complacer al emperador. Sus razones eran que "si los campesinos llegan a enterarse de que el cuerpo de una suicida descansa entre los muertos de Heiligenkreuz, profanarán el cementerio una noche para desenterrar sus restos y arrojarlos al camino. Esto no le gustaría a su majestad. Puede usted decírselo así". El mensajero regresó a Viena.

Aquella misma noche, el conde Bombellas, ayo del príncipe heredero, fué a Heiligenkreuz, provisto del certificado de bautismo de María Vetsera, mostrando que era católica y con la palabra de honor de su majestad de que no se había suicidado. El conde agregó que era el deseo del adolorido emperador que se enterrara a María en el convento.

El abate consintió y fué a la población para encargar al carpintero un ataúd propio para una persona pequeña y delicada.

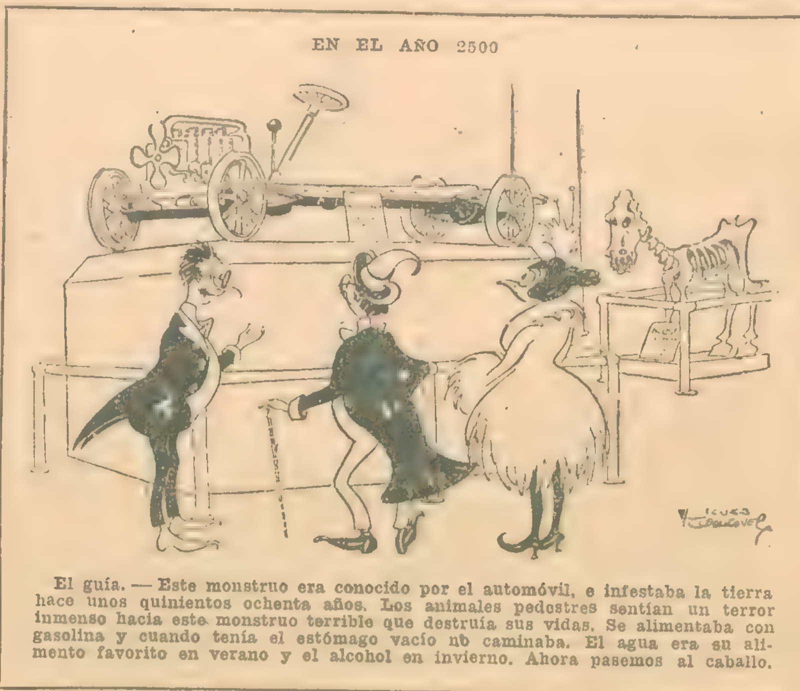
Los detectives oficiales permanecieron en Meyerling hasta después que se fueron los repórters. Tenían orden de llevar el cadáver de María en una litera hasta el bosque vecino. Los guardabosques y detectives escogieron una vereda poco conocida para llegar con el cuerpo de la infortunada hasta Heiligenkreuz, durante la noche. La jornada duró tres horas. A las 3 de la mañana, se depositó el cuerpo en el taller del carpintero. Había trabajado en el ataúd toda la noche. El paño negro de la litera fué para cubrir el ataúd. Tres mujeres de la familia del operario se brindaron a vestir el cuerpo de María.

He aquí las palabras del abate de Heiligenkreuz, que me fueron repetidas por el director de los ferrocarriles:

"Soy un viejo de corazón blando, pero confieso que cuando vi el cuerpo de la bella muchacha, tendido en el ataúd, listo para recibir las oraciones, tengo miedo de haber recibido una impresión que me durará mientras viva. Así, dispuse que uno de los canónigos, de alma robusta, se encargara de la triste tarea. Cuando regresó a darme cuenta de su cometido, se lo agradecí sinceramente."

Poco más queda que decir.

Después del entierro del príncipe heredero, los muebles de la recámara de Meyerling fueron vendidos en secreto y el doctor von Schuler compró la mayor parte, no porque tuviera interés en poseerlos, sino por temor de que algún especulador se apoderara de ellos y tratase de hacer una exhibición con figuras de cera de los muertos. Durante muchos años permanecieron en su posesión en su casa de Modling. La alfombra salpicada de los sesos del príncipe Rodolfo de Habsburgo no se vendió, sino que fué limpiada y se colocó entre otras alfombras del palacio imperial de Schembrun.



El guía. — Este monstruo era conocido por el automóvil, e infestaba la tierra hace unos quinientos ochenta años. Los animales pedestres sentían un terror inmenso hacia este monstruo terrible que destruía sus vidas. Se alimentaba con gasolina y cuando tenía el estómago vacío no caminaba. El agua era su alimento favorito en verano y el alcohol en invierno. Ahora pasemos al caballo.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Belleza e higiene

EL CABELLO

Es espantoso hoy día el número de calvos o de escasa cabellera: antes la calvicie era fruto de la vejez, pero los tiempos han cambiado: todo anda, todo progresa, y en cuestión de cabellos, como en toda otra, la calvicie sigue el movimiento de avance.

¿Por qué nuestros contemporáneos a los veinte años ostentan cráneos que parecen huevos de avestruz?

Sencillamente, porque no se cuida la cabeza de los niños, no se atiende de un modo racional el cabello y éstos caen, se clarean y no se reproducen. Hay que dar al cabello y al cráneo los cuidados meticulosos que requieren.

Una regla higiénica que se impone a todos y a todas, es el lavado de la cabeza y del cuero cabelludo desde los primeros días del nacimiento hasta la extrema vejez.

He aquí las reglas a que hay que atenerse para obtener un resultado verdaderamente higiénico.

Todos los días al levantarse, después de lavarse la cara, hay que pasar por la cabeza una toalla empapada en agua fría en verano y tibia en invierno; después de esa fricción, se peinarán los cabellos durante un rato; se abstendrá de usar en los cabellos pomadas, cosméticos o productos de perfumería; si el cuero cabelludo es grasiento, es decir, si tiene una gran cantidad de materia sebácea, se añade al agua una cucharadita de alcohol. Se dejarán secar los cabellos al aire libre. Durante la noche no se debe usar ni gorra ni pañuelo, la cabeza ha de estar libre.

Semanalmente gran lavado de cabeza. Asusta este lavado, y sin embargo nada más fácil que la práctica del "shampooing", una de las más higiénicas y económicas.

En medio litro de agua, que no sea de pozo, pues a menudo contiene sales calcáreas, hervida y caliente, se disuelven 100 gramos de buen jabón negro. Se bate fuertemente con un tenedor para que todo el jabón se disuelva; después se añaden 20 gramos de tintura de espliego, agua de rosas u otro perfume. Con esta agua jabonosa se frota la cabeza durante diez minutos en reposo y concluir este tocado capilar con un abundante enjuague de agua tibia, dejando secar el cabello al aire libre. Con esto, a los noventa años se podrá tener un cabello capaz de causar envidia a la cabellera de Absalón

La cocina

SOPA DE OSTRAS

Póngase a hervir el líquido que contienen las ostras, agregándosele un poco de mantequilla derretida; agítese mientras hierve, y agreguénsele las ostras picadas; sazónese al gusto con pimienta, sal y jugo de limón; también se ponen crema o leche y galletas, y si se quiere, nuez moscada. Hiérvase a fuego lento durante hora y media.

CHULETAS DE CARNERO CON MANTECA

Quíteseles la piel y la gordura, macháquense las chuletas y engrásense con tiras de puerco salado gordo de manera que protejan cada chuleta por ambos lados. Pónganse en una cacerola, échenseles cebolla picada, pimienta y perejil y cúbranse con cualquier caldo claro que se tenga a mano. Tápese la cacerola y póngase en un lugar donde tarde 1 hora en hervir. Auméntesele el calor y hiérvase durante media hora o hasta que estén tiernas, sáquense las chuletas y consérvense calientes. Espésese la salsa con una cucharada de harina, añádasele el jugo de 1 limón, 1 cucharada grande de salsa de hongos y 1 copa de vino Jerez, y agítese durante 1 minuto. Pónganse otra vez las chuletas al fuego y caliéntense hasta que vayan a hervir. Colóquense en una fuente, échenseles encima la salsa y sírvanse.

ENSALADA DE POLLO

Córtese la carne de un pollo frío; añádase una cantidad igual de lechuga picada; cuando se tenga cortado el pollo en tiras delgadas de 2 pulgadas de largo, mézclese bien con la lechuga y prepárese el aderezo siguiente: bátanse ligeramente 2 yemas de huevo con sal y échenseles poco a poco 4 cucharadas de aceite de olivas y después 2 cucharaditas de extracto de apio. La mezcla debe quedar tan espesa como crema. Echese sobre la carne y la lechuga. Revuélvase con un tenedor y sírvase en una fuente de cristal.

CARNE DE RES ASADA EN EL HORNO

Póngase en una olla filete sin hueso que pese 5 ó 6 libras. Echensele encima sal, cebollas rebanadas y alguna salsa buena, mezclada con 1 taza de agua hirviendo. Cúbrase y hiérvase lentamente durante hora y media; si se disminuye la salsa añádasele más agua hirviendo. Una vez cocida enharínese y póngase en horno caliente. Según se morena la harina rocíese con mantequilla para darle lustre; no debe tenerse en el horno más de 10 minutos. Cuélese la salsa, échese sobre la gordura y échese en una cacerola con un poco de harina y 1 cucharada de salsa de tomates. Hiérvase hasta que espese, pónganse algunas cucharaditas sobre la carne y sírvase la restante en una salsera.

TORTA DE ALMENDRA

1 libra de harina, 2 tazas de azucar, ½ de mantequilla, ½ de leche, ½ de almendras mondadas (para lo cual se echan en agua hirviendo hasta que se les caiga la cáscara), y cortadas en rebanadas, 4 huevos, 1 ½ cucharaditas de Royal Baking Powder, ½ de extracto de almendras amargas y 1 vasito de aguardiente. Bátanse muy bien la mantequilla y el azúcar; añádanse los huevos, de 1 en 1, batiéndolos, durante 3 o 4 minutos, entre cada adición. Ciérnanse juntamente la harina y los polvos Royal, añádanse a la mantequilla, etc., con las almendras, extracto, aguardiente y leche; hágase un batido bastante suave y cuézase con mucho cuidado por 20 minutos en lata o molde rizado en horno caliente.

Torta de coco.—Procédase como en la Torta de crema núm. 2, poniendo entre las capas coco rallado y pastel de crema en proporción de una parte de éste por 2 de aquél. Echesele azúcar encima.

SEA AMABLE CON EL CLIENTE



El patrón. — Recuerde usted, señorita, que un cliente tiene siempre razón.
—Muy bien, señor; me estaba diciendo que era usted un "guiso".

Colaboración espontánea

Celos

La adoras, sí, lo leo en tu mirada,
con tus noches de insomnios lo confiesas,
y quizás, mientras duerme confiada
tú en tus sueños la abrazas y la besas

Yo creí que mi amor era en tu pecho
como tú lo juraste, el soberano,
reinando solo allí, como en su lecho
de nácar y coral el Oceano.

Y cuando ya orgullosa me sentía,
temblando de placer con mi victoria,
dices que el labio, a tu pesar, mentía,
pues tengo una rival... ¡amas la Gloria!

Me engañan tus halagos mentirosos,
pues prefieres arder en otra llama,
y al beso de mis labios ardorosos
el eco de la trompa de la Fama.

¿Y qué es la Gloria? El bronce modelado,
el eterno laurel sobre la frente,
el eco de algún nombre pronunciado,
un minuto por todo un continente.

Hipocresía a veces, siempre orgullo;
voces que cantan, labios que enamoran,
aplausos que semejan un arrullo
y muchos ojos que de envidia lloran.

Mas cuando veas que tu triunfo viene
y lo que llamas Gloria es el vacío,
como nada en el mundo te detiene,
podrás ya ser enteramente mío.

Y en el hermoso libro de tu historia,
por jornal de virtud, pasado un año,
donde debieras escribir: la Gloria
escribirás con sangre: ¡el Desengaño!

Traerás el corazón adolorido
y hasta muerto quizás; mas es lo cierto
que entre vivo y con otra compartido
y muerto para mí, te quiero muerto.

¡Aquí abajo te espero! Aquí hace frío,
aquí todo entusiasmo ya ha acabado...
¡Yo aguardaré para llamarte mío
a que tú te apellides desgraciado!

Guido **ADEMARO GUIDI.**

Idilio

Yo soy un payador, bella señora,
Templado en la rudeza del desierto,
Imagen incolora del pasado,
Borrosa remembranza de otros tiempos.

Huyendo del progreso que me empuja,
Camino sin cesar en campo abierto,
Sin leyes que aprisionen mi albedrío,
De ansiada libertad henchido el pecho

¡Oh! sigue payador, dijo la dama,
Tu voz timbrada reproduce el eco
De un algo que despierta y deleitable
En mis recuerdos revivir yo siento.

Bajo del palio de radiosos astros
La alegre viola resonó de nuevo,
La voz del payador tornóse dulce
Y fué adquiriendo la expresión de un ruego.

De Santos Vega la inmortal guitarra
Y el alma gentilísima poseo,
Unico patrimonio del paisano
Que aunque combate no destruye el tiempo.

Tu fama de belleza me sedujo,
Y en alas blandas de apacible ensueño,
Vengo a cantarte mis tristezas hondas
Al ritmo quejumbroso de mis versos.

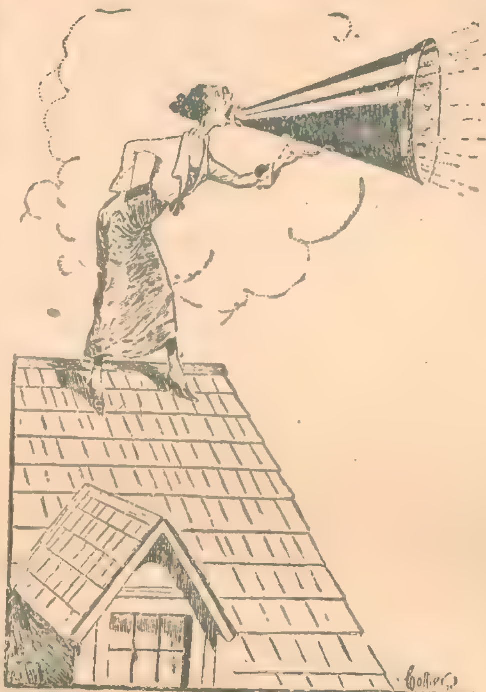
La dama entonces de su trenza negra
Quitó una cinta de color del cielo,
Quiero, le dijo, en tu guitarra siempre
Ver esta prueba de mi tierno afecto.

Y conmovido el payador galante
Puso en la cinta delicado beso,
Y levantando su mirada blanda
Posó en la dama su mirar de fuego.

En la penumbra de la noche aquella,
En su potro alazán ganó el estero,
Obsesionada la afiebrada mente,
¡Y el dardo del Amor dentro del pecho!

Teófilo C. **CHIESA.**

MUJER RESERVADA



La que juró cinco minutos antes no decírselo a nadie.

Mensaje

¡Tú! brisa voladora
que cruzas velozmente el ancho Plata,
un instante detiénete en tu vuelo
cuando beses las Orientales Playas:
amoroso mensaje
quiero confiar a tus divinas alas:
lleva las tiernas quejas
de un corazón que ama
a la gentil mujer a quien adoro
con todo el fuego de mi virgen alma!

Acaricia su rostro,
sus dos labios de grana;
juega con sus rizos de azabache,
deposita en sus ojos mi mirada.
Acariciante vierte
en sus castos oídos mis palabras:
frutos de un corazón entristecido
cuyas heridas ilusiones manan.
Díle que en mis ensueños sólo a ella,
a ella sólo mis pasiones hablan,
que no existen bellezas terrenales
si a mi lado no se halla mi adorada.
Diráslе que es mi anhelo, mi delirio
cruzar cual tú las cristalinas aguas:
que alegró mi existencia
con tan dulce esperanza;
pues la vida sin verla no es posible.
¡Su amor es quien la encanta!...

Distante de ella, en diferente tierra,
mi vida se asemeja a aquella planta
que en bosque lujuriante
vegeta solitaria.
Las aves en el parque
sus melódicos trinos ya no lanzan,
vi todo enmudecer y en el silencio
de verla mis deseos se agigantan.
¡Díle que palpitante
mi mente vuela donde está mi ama
y cual vuelve la parda golondrina
al nido que dejó por la templanza,
ansío ardientemente
tornar donde dejé mis esperanzas!...

Modula en sus oídos
la nota acariciante de las palmas,
cuando en la noche apenas
se filtra, entre sus hojas, suave aura.
Díle que cuando vea
agitar del jardín flores y plantas
al soplo del céfiro
que suspirando entre la fronda pasa,
el tímido concierto que despierta
son las rimas de amor que mi alma exhala;
y en cada perla líquida que deje
el rocío en las cálidas mañanas
perciba de mis ojos
las abundantes lágrimas,
que por mi rostro se deslizan cuando
recuerdo ratos de ventura tanta.

Al columbrar en el jardín ameno
a la que reina en mí cual soberana,
si triste y pensativa
por causas que me atañen la encontraras,
disipa su tristeza prontamente
con los acentos que mi lira lanza,
con las tiernas promesas que aquí dejo
a tu rápido vuelo encomendadas,
y agrega, con ternura,
que yo jamás, jamás podré olvidarla.
Ella lo es todo para mí en el mundo,
por su amor, en la dicha, mi alma nada.
No te detengas, mensajera y dile
llevas mi alma a confundir en su alma!...

Pascual **A. de VITA.**

La rosa mustia

El Sol radiante se lanza,
Pronto se derrite el hielo;
Es fuego que cae del cielo
Y a las montañas avanza.

Sobre los campos se extiende,
Frutos y flores alienta,
La rosa espera contenta
Pues con él su vida esplende.

Mas ya la tarde decae,
El Sol su luz apagaba
Y a la Luna se esperaba
Porque fresca brisa trae.

La noche reina tranquila
Acompañando a la Luna,
Que ilumina una laguna,
De agua mansa, cristalina.

Una rosa en la pradera
Al ver al Sol despertar
Exclamó muy lastimera:
¡Hoy no hay agua que tomar!

Su esperanza no declina
Y al ir la tarde a caer
Ve una nube aparecer
Que a ella suave se inclina...

¡Agua! con fervor le pide,
La nube sigue su vuelo...
Y la rosa sin consuelo
De la vida se despide.

Lola **GARCIA BE...AN.**

Soneto satírico

Hombres que por la Vida os deslizáis
del Orgullo en las aras deleznables
porque el Hado en sus caprichos variables
os deparó las galas que ostentáis.

De la vida en el turbio mar flotáis
como las cosas fofas y execrables
dejando vuestros pasos imborrables
huellas de la inacción en que os infláis...

Muchas veces en hondas reflexiones
mi razón os compara a los histriones
cuya insana estulticia a reir convida...

O en más amplios y duros argumentos
a una estólida recua de jumentos
que nos estorba el paso por la Vida...

Miguel **MARTOS.**

Mañanita de sol

Despierta la áurea mañana;
Y desde el cielo sereno
Como un niño rubio y bueno
Juega el sol en mi ventana!

La brisa al pasar, ufana
Por el rosedal ameno
Trae el perfume en su seno
De las rosas color grana!

Y en esta mañana linda
Que el sol cariñoso brinda
Su oro desde la altura...

Mi plectro inspirado lanza
Un cántico de alabanza
Hacia la madre Natura!!

Domingo **F. ARIETTI.**

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

LICEO

''El amigo Raquel'', pieza en 3 actos de Alberto T. Weisbach.

No sabemos qué opinión tendrá del teatro y del público el señor Weisbach, ni si la habrá tenido en cuenta al escribir esta obra. Sería de desear que no la tuviera o, cuando menos, que la hubiese olvidado por completo mientras perjeñaba esa serie de tipos vulgares y escenas absurdas que constituyen todo el contenido de su última pieza.

Hay en muchos de nuestros autores una marcada tendencia a lo que podríamos denominar ''el extremismo ético''. Partiendo de una errónea concepción de los medios y recursos teatrales y teniendo más en cuenta la obtención de un aplauso impulsivo que la realización de una obra de arte, seleccionan los personajes de sus farsas entre tipos anormales o poco frecuentes en la vida común y aún después los recargan en sus características hasta convertirlos en fantoches completamente fantásticos.

Entre las dos plebes de nuestra ciudad, la plebe pobre y la plebe rica, está todo el material humano de la mayor parte de nuestros comediógrafos: el sainete se ha reservado el usufructo de la plebe pobre, y las ''piezas'' indefinidas en tres actos cultivan o, mejor dicho, negocian la plebe rica.

Hablamos de plebeyez moral y no de clase. Dentro de este mismo concepto, no es usual tampoco concentrar en un tipo caracteres comunes, sino acentuar, hasta lo inverosímil, defectos y vicios absolutamente individuales.

La pieza del señor Weisbach responde ampliamente a esta tendencia. Perversos o inconscientes, todos sus personajes corresponden a un mundo tan poco numeroso y tan escasamente representativo, que, ni aún mejor tratado, merece la pena de llevarse al teatro.

No instruye, ni deleita, ni emociona que un mozo estúpido engañe a una mujer vulgar y que luego se enamore de ella, después de haberla abandonado, cuando la ve aparentemente entregada a la misma vida de aburrida disipación que él lleva. Todo esto es lo que ocurre en la obra del señor Weisbach, sin una situación afortunada, ni una escena bella, ni un episodio original. Todo se desenvuelve entre alacranerías, insultos y denuestos que molestan y fatigan a un espectador serio.

Lo curioso es que salvo esto (y no es humorismo) la obra está bien hecha. Se ve que el señor Weisbach conoce la dinámica teatral y que sería capaz de hacer obra buena si se orientase mejor.

Nosotros le aconsejaríamos los platos sanos, mejor que los platos fuertes; más materias primas elementales y menos pimienta, mostaza y demás especias. Todos sabemos que es un recurso fácil de los restaurants baratos cargar de salsas de gusto fuerte los alimentos averiados.

La Quiroga se desempeñó bien y eficaz. Alemany Villa estuvo algo más humano que de costumbre, mereciendo también mención especial Fregues, Olarra, Perelli y Bataglia.

Dos días después del estreno de esta obra celebró con ella su beneficio La Quiroga. De más está decir, dadas las simpatías de que goza entre nuestro público esta eminente artista, que fué una demostración ruidosa y entusiasta. Nosotros nos adherimos sinceramente.

NUEVO

El éxito de ''Mamá Clara'' no se enturbia todavía. Noche a noche sigue concurriendo público a reir las ingeniosidades de la Rico. Entretanto, el catalán criollo se propaga por ahí que da gloria. Y no acertamos a explicarnos por qué fenómeno de espejismo o ilusionismo o lo que sea, a medida que la figura teatral del pequeño Mertens se agiganta, la realidad física del afortunado comediógrafo se minusculiza.

POLITEAMA

Todavía sigue representándose y con excelente éxito la pieza hilarante del doctor Vaccari ''The Equatorial'', que lo mismo podría llamarse ''The Polar'', ''The Tropical'', cualquier otra marca de thé.

Son editores responsables de este éxito insospechado, Casaux y la Mary, que hacen verdaderos primores de comicidad en escena. Si el autor no es un desagradecido debe ofrecer a los dos excelentes actores todo su corazón... y la mitad de los derechos.

APOLO

El martes pasado estrenóse en este teatro la comedia en 3 actos de Pierre Weber y Henry de Gousse ''El grito del corazón'', traducida al castellano por el actor Francisco Ducasse.

De esta obra nos ocuparemos en el número próximo.

SAN MARTIN

Sin ofrecer nuevos estrenos, continúa la compañía Vilches su feliz temporada. El público sigue favoreciéndoles y dándoles su aplauso. Realmente lo merecen el primer actor y el excelente conjunto que vienen realizando una labor digna de elogio.

ARGENTINO

El famoso ''chauffeur'' de Parravicini, después de su intentona de evadirse del escenario, ha aumentado su prestigio. La gente, temiendo que ''Melgarejo'' cumpla su amenaza de fugarse, puebla la sala del Argentino. Parra encantado y encantando.

NACIONAL

Ninguna novedad se anuncia por el momento en este teatro, salvo la ausencia de Arata por enfermedad, lo cual no es novedad porque Luisito, en vísperas de abandonar a Carcavallo, se enferma con frecuencia... Y no puede negarse que ausente Arata, los espectáculos del Nacional pierden mucho. Arata es el alma de la compañía y, quizá, la causa mayormente determinante del éxito de las temporadas de este año y el pasado.

ELOGIO DE ''PARRA'', por Barruel



''Melgarejo'' de punta a punta.

''LA MADRECITA'', EN ROSARIO

La sentimental comedia de Deffilipis Novoa, que tanto éxito obtuviera en el Liceo, ha sido estrenada por la compañía Rivera-De Rosas, en el Colón, de Rosario, en una de las últimas funciones que dió la compañía, actualmente en Córdoba.

Las crónicas rosarinas, si bien hacen algunos reparos a la pieza, coinciden en elogiar la esmerada interpretación que hizo la inteligente actriz señora Matilde Rivera del rol de Sara y la de los actores De Rosas, Casamayor, Mandret, Bellucci, quienes pusieron singular empeño en destacar sus roles, conquistando largos aplausos.

Tras de cumplir su compromiso en Córdoba, esta compañía volverá a esta capital, debutando en el Nuevo con ''L'animateur'', de Henry Bataille, que ha traducido el diputado nacional doctor Antonio De Tomaso y que permitirá hacernos conocer en castellano una bella obra del autor de ''La marcha nupcial''.

OPERA

Va en camino de las doscientas representaciones la espectaculosa revista de Collazo, Bayón Herrera y De Bassi. De lo que gusta esa revista lo prueba la afluencia de público a la primera sección en que se representa diariamente.

Ha debido estrenarse a tiempo de entrar en prensa este número, una pieza de Ivo Pelay titulada ''El desconocido'', de la que nos ocuparemos en nuestra próxima edición.

BUENOS AIRES

El inteligente actor español Enrique Rambal, secundado por discretísimos elementos, continúa actuando en este teatro con general aceptación. A fin de hacer conocer el vasto repertorio que tiene la compañía, procedente como se sabe de escenarios matritenses, los lunes y viernes ofrecerá nuevas obras.

Las últimas que nos ha sido dado ver, ''El guante rojo'' y ''El corredor de la muerte'', obtuvieron una entusiasta acogida. El drama policial exige desde luego una interpretación ágil, y esta compañía, especializada en el género, por cierto que no hace perder ninguno de los efectos truculentos de las obras. Por lo demás, no deja de ser sugerente que esta compañía, explotando piezas policiales, atraiga tanto público, cuando tantas otras han fracasado en la intentona de hacer temporadas a base de piezas de esa clase.

COMEDIA

El éxito de ''El pibe del corralón'' amenaza pasar los límites de lo ordinario. La agradable pieza se representa a salas llenas dos veces por día y cuatro los domingos. El público celebra con calor la actuación de Narcisín, para quien fué escrita. El pibe de la Comedia realiza una simpática creación del protagonista de la obra y hace reir mucho por la naturalidad que comunica a su rol, especialmente cuando intercala en su lenguaje ciertos términos arrabaleros que desconciertan a los buenos aragoneses de sus papás.

Se incorporó a la troupe la tiple Mecha Sánchez. La compañía ha debido estrenar en la semana anterior la última producción de Muñoz Seca, ''Los amigos del alma'', que viene de Madrid precedida de fama, pues obtuvo un verdadero suceso en el Cervantes de la coronada villa.

AVENIDA

La compañía Marín-Fernández sigue desarrollando su temporada en el Avenida con fortuna. Los buenos elementos que la forman, entre los que se destaca la Arce, y la esmerada presentación de las zarzuelas que pone en escena, traen considerable cantidad de público. El miércoles logró un buen éxito la zarzuela de Pé-

rez Escrich y de Larra, "La guerra santa", en la que destacóse la Arce y la Galván.

MARCONI

Olga Simzis se ha hecho aplaudir muchas noches en el teatro de Miguelito, cantando "I pescatori di perle", vieja ópera desenterrada por el maestro De Angelis con singular fortuna. La Galeazzi, en "Tosca", también logró entusiastas aplausos.

La buena aceptación de la lírica de esta sala, hace que la estada de la compañía se prolongue más de lo que se esperaba.

PARA LAS COMPAÑÍAS EN JIRA

Transcribimos del Boletín de la Sociedad de Autores, esta resolución que interesa a todas las compañías en jira por provincias y exterior: "Desde el 1.º de octubre, se aplica la tarifa de estreno vigente en Buenos Aires, a la primera representación de toda obra que suba a escena en las capitales de provincia y ciudades del interior y del extranjero, en las que rija la tarifa del tanto por ciento. Quedan exceptuadas de esta tarifa las compañías que hayan pagado el derecho de estreno en Buenos Aires, o en cualquier otra población".

MAYO

"Del Olimpo a los Andes" y "Sopla", último estreno de la compañía, lograron los aplausos del público". La ricotona tiple Emilia Rico "ricotonea" al por mayor...

ARCENO MARY

Ha sido muy lamentado el fallecimiento de este estimado actor, que fromaba parte de la compañía de Casaux. Iniciado en el teatro hace doce años, había dado prueba de sus excelentes aptitudes, sobre todo en los papeles de característico, en los que obtuviera sus mejores éxitos.

El sepelio de sus restos dió motivo a una sentida manifestación de duelo.

EXCELSIOR

Nunziata, queriendo reverdecer sus laureles de tragediante, ha vuelto a apelar a lo terrorífico. En el mismo escenario donde en temporadas pretéritas triunfara "Musolino" con su misma compañía, Nunzista reprisa cuanta obra truculenta lleva en su repertorio. Y el hombre se va en fija, porque el público del Excelsior se solaza viendo reeditar en ese escenario las escenas sangrientas y las degollatinas del teatro de enfrente...

VARIEDADES

El inefable maestro Terés, pertrechado de tres docenas de vírgenes, sostiene a pulso la temporadita del Variedades, cuyo público echa de menos a Daglio y al maestro De Bassi, huidos "prematuramente" de allí...

OLIMPO

Debutó en esta sala una compañía criolla con Vicente Vitta a la cabeza. Fué favorablemente recibida y, salvo inesperadas contingencias, permanecerá en el Olimpo hasta que el verano arroje al público de la sala.

CASINO

Las nuevas artistas de varietés que debutaron últimamente obtuvieron aplausos. El espectáculo de la lucha greco-romana en la que intervienen los luchadores que se disputan el campeonato, mantiene en alza el interés de los numerosos aficionados al sport del músculo.



EMPIRE

La gentil cantaora "La Argentinita", así como el popular dúo de payadores Gardel-Razzano, recientemente incorporados al Empire, obtienen el sufragio de los múltiples "habitués" de esta aristocrática sala.

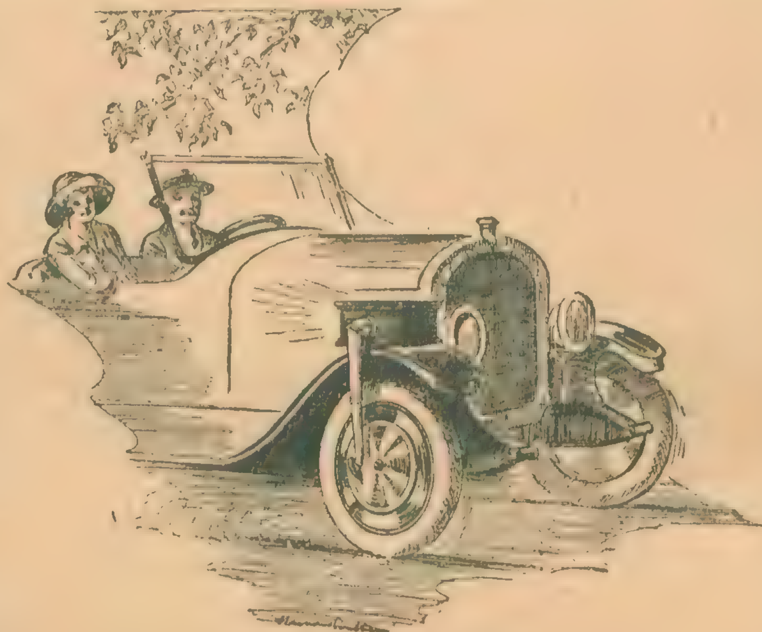
GRAND SPLENDID

El miércoles anterior se inauguró en esta grandiosa sala las llamadas "noches clásicas", en las que, aparte del espectáculo cinematográfico, participan en las veladas el notable barítono Crabbé que canta aires nacionales, y el no menos notable violoncelista Eunio Bolognini, que da audiciones interesantes. Obvio parece agregar que con estos nuevos elementos el "Grand Splendid" se ve siempre muy concurrido. El jueves, interesante matinée infantil con películas regocijadas.

CAPITOL

Esta bonita sala se ha visto muy poblada en la semana anterior, merced al escogido programa de cintas que ofrece invariablemente la empresa, respondiendo de esta manera al creciente favor del público distinguido que asiste al Capitol. Hoy, martes, recordamos que es "noche blanca" y que el programa es excepcionalmente atrayente.

INVENTOS ÚTILES



Automóvil-gramophon.

"LA ESCENA"

El suplemento n.º 15 de esta conocida revista teatral, aparecido ayer, publica "El derecho de vivir", de Roberto Bracco. En el número que se pondrá a la venta el jueves, aparecerá la hermosa obra de Bernard Shaw, "De esta agua no beberé", traducida por Agustín Remón.

¿Qué animal predomina en usted?

Un hombre de ciencia, el profesor Mahy, asegura que tanto los hombres como las mujeres llevamos en la cara la misma expresión que el animal que predomina en nosotros. De esta teoría pueden sacarse hipótesis para explicar muchos fenómenos psíquicos que hasta ahora nos traían intrigados. El hecho de que a cada hombre le domine un animal determinado, puede explicarse mediante la existencia de un organismo animal fundamental en la base del carácter de cada persona.

En apoyo de su teoría dice el citado profesor que cuando se lleva a los niños a ver las fieras, se despierta en ellos de un modo invariable la alegría o la aversión, según tengan aquéllos cualidades idénticas u hostiles a las del animal que contemplan. La razón de que evoquen los niños esta emoción en los animales, es debido al hecho de que las emociones de los muchachos normalmente constituídos, son realmente tan salvajes como las de las mismas fieras.

Dando por cierto que el profesor tiene razón, queda resuelta la cuestión de los cariños y aversiones violentos. Está perfectamente claro que si, por ejemplo, el animal que predomina en una persona es un lebrel, esa persona será muy difícil que logre hacerse querer de otro individuo cuyo carácter elemental sea el de una liebre. Si los instintos de lobo se enseñorean de usted, los que los tengan de cordero, no le querrán nunca, por más que le obedezcan.

Si alguno de nuestros lectores se enamora de improviso, lo hará sencillamente, porque comprenderá que el objeto de su pasión es, según la teoría de nuestro profesor, un espíritu animal de la misma especie que el suyo.

La misma razón puede explicar el que existan personas que, amándose sinceramente y viviendo en feliz unión, lleguen poco a poco a asemejarse en el carácter y hasta en los rasgos fisionómicos, por haber sido bien hecha la selección original, en cuyo caso, la misma fuerza animal interna es atraída vigorosamente hacia el exterior por la estrechez de afinidad.

Las incompatibilidades de carácter que conducen tras de una luna de miel ardiente y amorosa al divorcio y a la separación, también se explican por el hecho de que el espíritu animal idéntico existía en ambos contrayentes en una medida subdinámica, que no era el espíritu predominante, el cual no decae nunca y llega a dejar sentir su fuerza dividiendo los terrenos domésticos y clasificando a cada uno de los dos seres que constituyen el matrimonio dentro de la especie a que corresponden.

La Gran Revista

Música de los couplets del martillo





Por el maestro Antonio De Bassi

ALL.tto

PIANO

D. C.

EL MILAGRO

por Manuel AGUIRRE DE CARCER

A Vicente G. de Agüera.

I

Desde la terraza de aquel hotel de Sorrento he visto salir el sol muchos días.

Pasaba allí horas enteras, sin pensar en nada, absorto en el espectáculo embriagador del golfo, que se extendía ante mis ojos envuelto en el encanto virginal de la mañana.

Las olas del mar latino ceñían amorosamente aquel rincón de tierra itálica, a lo largo de cuya orilla se apiñaban los pueblos entre el verde pomposo de las viñas. A lo lejos, las casas y los palacios de Nápoles se destacaban sobre el airoso contorno del Vesubio.

Desprendíase de la montaña una paz infinita, un espíritu de supremo equilibrio, que bajaba hacia las tierras llanas y se infundía a los campos y a los aires, despertando en el alma una sensación optimista y una visión sonriente de las cosas.

Parecía la deidad protectora de la comarca, y era, sin embargo, el Enemigo, el eterno Enemigo, el que lleva la muerte en sus entrañas de fuego y el que puede sembrar el luto y la ruina donde reinan la vida del hombre y la santa alegría de la naturaleza.

Muchas veces poníame a contemplar el volcán y a meditar sobre el destino de las diferentes tierras, destino vario y fatal, como el de los hombres, y sometido, como el de ellos, a leyes obscuras e inmutables.

Pensaba en aquellos días trágicos de 1906, en que había yo acudido a Nápoles para presenciar la erupción, asioso, como siempre, de sensaciones nuevas y violentas.

El 10 de abril sufrí yo mismo la terrible "lluvia de ceniza". Los tejados de las casas, el suelo de las calles, las verdes copas de los árboles..., todo aparecía sepultado bajo una capa cenicienta; parecía como si sobre aquel pueblo hubiera caído, en una hora, el polvo de tres siglos.

La lúgubre nevada gris caía implacablemente, caía sobre Nápoles... y el cielo negruzco, sin un hueco azul, lleno de amenazas, entoldaba la ciudad, de ordinario deslumbrante de luz y de colores.

Los mendigos, las mujercillas, los músicos ambulantes, los mercaderes de flores, de fósforos, de postales... toda la chusma que en tiempo normal amarga en Nápoles la vida de los extranjeros con sus insoportables ofertas, discurría esta vez silenciosamente sobre la alfombra de ceniza, sin acordarse de pedir una limosna ni de ejercer su mezquino comercio.

De cuando en cuando hería mis oídos alguna súplica, dicha en tono lastimero:

—"Si tratta di due soldi, Eccelenza!..." ¡Tenemos hambre, "señor conde...!" "¡Fame...! ¡Siamo in terremotto...!"

Una angustia invencible estaba, por decirlo así, disuelta en el aire; se respiraba el miedo y se leía la expectación en todos los semblantes. La masas se agrupaban ante los edificios oficiales, sin gritar nada, sin formular ninguna protesta, ningún ruego, buscando tan sólo en los poderes públicos un amparo y un escudo contra aquel otro poder supremo que amenazaba a la ciudad con su ira tremenda. Las familias ricas habían huído en los primeros días, dejando abandonada a su suerte a la inmensa muchedumbre humana que no es dueña de abandonar el pedazo de tierra en que vive, porque en él tiene sus raíces, sus profundas raíces, que no pueden trasplantarse ni romperse. ¿Quién hubiera podido asegurar que un terremoto o una inundación no iban a concluir con la ciudad de un momento a otro?

Y sin embargo, aquellos cientos de miles de seres no podían huir, no podían aspirar a defenderse, a batirse con la fatalidad, con la muerte...

Al otro lado del golfo, en la falda misma del volcán, el pueblo de Ottaiano acababa de morir bajo la lava. Todas las oraciones, todas las lágrimas, todos los puños alzados contra el cielo se habían estrellado ante la implacable sentencia del destino.

Los habitantes habían podido huir, salvar la vida, pero no sus hogares, ni su iglesia, ni el pequeño camposanto aldeano, donde las cenizas de sus padres eran sepultadas por segunda vez.

Y la ola ardiente seguía su camino poco a poco, avanzando por los antiguos cauces y deteniéndose a veces como un ejército que se prepara a invadir y a arrasar una comarca y que necesita descansar de cuando en cuando para tomar aliento.

II

¡Qué impresión de terror tan indescriptible sintieron los pobres habitantes de Lenzuoli cuando llegaron a la plaza los primeros rumores de que la lava avanzaba hacia el pueblo!

"¡Madonna!" Aquello era el fin del mundo... En el templo, las mujeres regaban el pavimento con sus lágrimas, mientras los viejos, prosternados, pedían al cielo misericordia. Pero el cielo se mostraba insensible y era necesario pensar en huir.

Como me aseguraran que el volcán "trabajaba" despacio y que no se corría un gran riesgo acercándose a él, asociéme a dos turistas americanos y busqué un coche que nos llevara desde Nápoes a Lenzuoli, uno de esos alquilones del país, "carrozzelle", tirados por caballos pequeñitos y fuertes que corren más que el viento.

En Torre Annunziatta tomamos un camino que se internaba hacia la montaña en dirección sudeste, dejando a nuestra espalda la llanura donde duerme Pompeya el sueño eterno. Ibamos hacia Lenzuoli, a buscar la lava, mezclados en el camino, cubierto de ceniza, con los malaventurados habitantes del pueblo que huían abandonando el suelo natal.

Nunca la fatalidad, y la desesperación, y el terror, y el apego irresistible a la vida han salido a la luz del día de un modo más infinitamente miserable. Oprimía el corazón ver aquellos pobres carricoches cargados con los míseros muebles del hogar, con todo lo que cada vecino había podido salvar de la ruina en el último momento. Algunos parecían casas-ambulantes, viviendas desarrapadas de gitanos; se veían desde fuera los armarios, las camas desarmadas, las sillas rotas, los colchones amontonados de cualquier manera, y revueltos con todos estos trastos, las mujeres desgreñadas, y los niños y los ancianos, y al lado del carro, caminando a pie, los hombres con el espanto pintado en los ojos. Un perro subido en lo alto de una capota aullaba como lamentando la catástrofe.

Familias enteras desfilaban delante de nosotros, lentamente, abrumadas bajo la carga, reflejando en su modo de andar una especie de resignación conmovedora.

Iban a Nápoes sin saber a punto fijo a qué, sin saber tampoco dónde dormirían al día siguiente, ni qué alimento se llevarían a la boca.

Era preciso escapar, salvarse... Y el pueblo entero huía de la tierra regada durante tantos años con su sudor y con sus lágrimas; la tierra enemiga, la madre cruel y desnaturalizada.

Entre tanto, cuarenta o cincuenta vecinos, los únicos que aún quedaban, habían sacado de la iglesia la imagen del Santo Cristo milagroso que, según contaban los ancianos, salvara el pueblo de la ruina cuando la erupción del 72. La procesión avanzaba por la única calle y se dirigía hacia la lava. Llegarían hasta ella y pondrían delante la efigie sagrada; ante la ira de Dios, había que oponer la excelsa imagen de la misericordia... Después, orarían todos, besarían el suelo, se mesarían los cabellos, se golpearían el pecho y pedirían llorando el milagro.

No; no era posible, que de ese modo la lava continuara avanzando, y también era absurdo suponer que Dios permaneciera impasible ante el espectáculo desgarrador de la desesperación humana.

Ellos, en realidad, no pensaban en Dios al esperar el milagro: pensaban únicamente en la imagen, con esa fe supersticiosa y sensual de los pueblos del Sur.

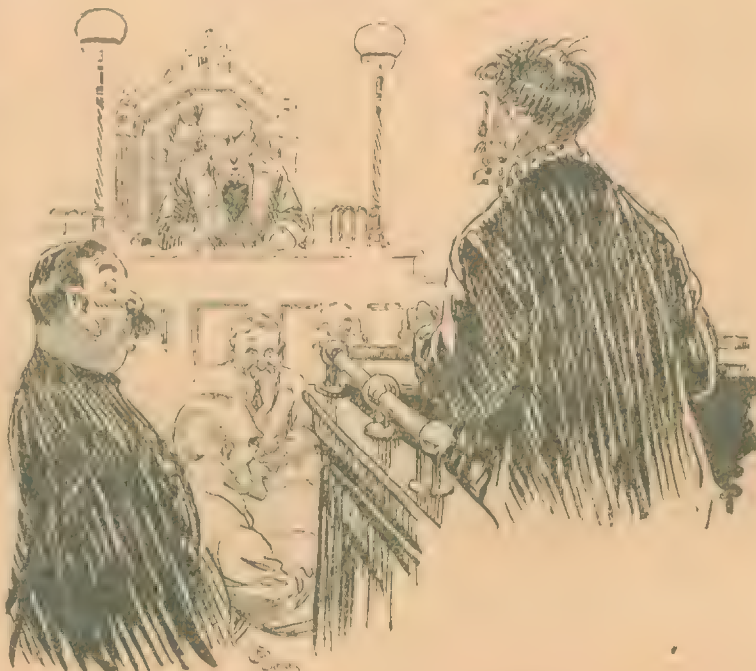
El cura rompía la marcha, revestido. Después, el Santo Cristo, llevado a hombros, campeaba en lo alto de las andas, en medio de las flores de papel dorado y de la doble hilera de pálidas lucecillas de aceite. Y detrás, hombres y mujeres caminaban envueltos en un silencio trágico, llevando al hombro pesadas cruces de palo y en el pecho grandes escapularios encarnados. Humillábanse de cuando en cuando y andaban grandes trechos de rodillas.

Yo y mis amigos, al lado de la imagen, sentíamos que nos penetraba el alma el anhelo y la desesperada esperanza de aquella gente.

De pronto, los tres nos detuvimos, pasmados, mudos de estupor.

Fuera ya de todo camino, ascendíamos penosamente por un campo agostado, sobre el cual caía la lluvia de

EN EL JUZGADO



El juez. — Espero que no volveré a verle a usted aquí.
El acusado. — ¿Es que piensa declararse en huelga, señor juez?

ceniza, menos espesa que en Nápoles, a pesar de la proximidad del cráter. Y bruscamente, una especie de masa negra o montón informe de escorias se apareció cortándonos el paso y cerrando por completo el reducido horizonte de la loma.

Uno de mis compañeros me tomó la mano por un movimiento inconsciente y me la estrechó con fuerza.

Aquella muralla negra era la lava; en aquel horrible muro latía el espíritu del volcán, mensajero de la ruina y de la muerte.

Pero en vez de huir, el triste cortejo siguió adelante, con el Cristo al frente, como un regimiento que va a batirse con el enemigo llevando a la cabeza una bandera.

Difería mucho la realidad que tenía ante mis ojos de la idea convencional que yo me formara siempre de una erupción volcánica, engendrada en mi fantasía a fuerza de ver esas viñetas y estampas en que un volcán en ignición aparece como una inmensa antorcha inflamada. El fuego central se abre paso brutalmente por un solo impulso, fulminante, de rapidez aterradora, en medio de penachos de llamas que coronan el vértice de la montaña y de ríos enteros de materias encendidas que abrasan las vertientes, destruyen los campos, las aldeas y las ciudades y sepultan en unos minutos bajo su abrazo mortal a la pobre tierra estremecida.

No era esto lo real y, sin embargo, superaba a lo soñado en grandeza y majestuoso horror.

Un canto religioso rasgó de repente la atmósfera enrarecida, y vi al cura de pie, junto a la lava, rociando con agua bendita la ardiente materia negra, cuyo movimiento de avance parecía haberse paralizado, obedeciendo a una súbita orden de arriba.

Los que hasta allí llevaran la sagrada imagen habíanla dejado reposar en tierra, e hincados de rodillas en el terruño seco y entreabierto, rezaban confundidos con los demás. Rezaba cada uno a su modo, con las pupilas clavadas en la muralla de fuego y suspensas en honda y suprema interrogación.

Lenta ebullición agitaba las masas de escoria, como si el horno encendido debajo de la tierra las hiciera hervir pesadamente, sin dilatarlas lo bastante para hacerlas adelantar en su camino. ¡Ya no avanzaba; no avanzaba!

¿No estaba allí el Santo Cristo de Lenzuoli para salvar a sus hijos? Los salvaría...

Sentía en mi alma un movimiento de reposo y de piedad hacia aquellos seres miserables, algo como una envidia ante su fe violenta y desesperada, y al mismo tiempo una sensación de indecible angustia, de turbación aguda y profunda a verles llorar y orar con los brazos levantados al cielo, insensibles al vaho abrasador que despedía el muro de lava, formando sobre la tierra un sudario de vapores blancos, sofocantes...

La palabra "milagro" iba a salir de las gargantas de todos, cuando de nuevo la lava empezó a avanzar. Era un movimiento tardo, lentísimo, sólo perceptible a los sentidos aguzados por el terror, pero no por eso menos real.

A lo que más se parecía aquello era a una inmensa capa de asfalto derretido que fuera invadiendo poco a poco la tierra, calcinándola y manchándola con su hirviente manto ominoso.

Y entonces, en aquel momento solemne y sublime, hube de presenciar un acto a la par terrible y lleno de belleza; todos aquellos hombres se irguieron y en vez de huir levantaron a la imagen en sus andas. En seguida y sin volver la espalda a la lava, empezaron a caminar lentamente hacia atrás, retrocediendo a medida que la mortal escoria avanzaba, minándoles, robándoles el terreno.

El señor cura marchaba delante, entonando salmos, que eran coreados por todos con un ritmo que a mí me pareció desesperadamente triste.

Y era, en verdad, un espectáculo extraño y conmovedor el de aquella pequeña masa humana, tratando de conjurar las fuerzas implacables de la naturaleza con la sola virtud de la fe, del llanto, del ruego humilde y ardiente.

—¡Hazlo, Padre!... ¡Hazlo!... No nos dejes morir... "Non ci lasciar morire..."

Pero poco a poco, ante la evidencia del desastre, una cólera sorda y creciente pareció germinar en el ánimo de todos. ¿Cómo no venía el milagro? ¿Por qué? ¿Por qué? El Santo Cristo había salvado a Lenzuoli, no sólo en 1872, sino en todas las erupciones anteriores; siempre, siempre, siempre...

Ottaiano había perecido, es verdad; pero allí no tenían Santo Cristo. Era diferente. En Lenzuoli sí lo tenían. ¡Santa Madonna! ¿Y era posible que Lenzuoli desapareciera?

Algo le habrían hecho ellos al Santo Cristo. Sí, sí; eso era; alguien en el pueblo le había "faltado"; de alguien había surgido un desacato, una irreverencia, tal vez un insulto, una blasfemia...

¡Santa Madonna! ¿Quién habría sido el miserable que atraía ahora sobre los demás el azote y la venganza del cielo? Era preciso encontrarle, y matarle, y cebarse en él, haciéndole morir bajo la lava.

III

¡Madre! "¡Mamma mí! ¿Cuál era el pecado de los habitantes de Lenzuoli para con el Santo Cristo aquel que llevaban delante? ¿No se descubrían todos cada vez que pasaban ante el santuario? ¿No le ofrecían flores y velas y exvotos de cera en cada circunstancia crítica de la vida? ¿No oían la misa el domingo bajo su mirada moribunda? ¿No costeaban entre todos, una vez al año, una función religiosa que ni en Nápoles se la hacían semejante a San Jenaro? ¿No le preferían a la misma Virgen de la Nieve, patrona de la Torre Annunziatta y de todos los pueblos del contorno?

Repasaban todo esto en la memoria mientras que, pegados a las andas de la imagen, seguían caminando hacia atrás, cediendo palmo a palmo su terreno a la avalancha victoriosa.

Y de pronto, de entre los que más inmediatamente rodeaban al Santo Cristo surgió una noticia que circuló en un segundo de boca en boca, produciendo primero una impresión de estupor, de incredulidad, y después un movimiento de indignación, de ira frenética e insensata.

Entre las veinte o treinta lucecillas de aceite que ardían alrededor de la imagen, una, por lo menos, estaba apagada; no es que se hubiera extinguido después de salir la procesión de la iglesia; no, no; es que nadie se había preocupado de encenderla. ¡Nadie! El pequeño vaso destinado a contener el aceite estaba roto, cubierto de polvo y de mugre, y el aro de hierro destinado a sujetarlo, torcido, oxidado, deshecho.

Un solo grito salió al principio de una sola garganta para convertirse a lo último en un clamor unánime que expresaba simultáneamente la cólera ciega y el terror supersticioso.

"Manca un lume!... Manca un lume!..."

¡Faltaba una luz! ¡Una luz! El Santo Cristo había salido al campo con una luminaria apagada!... ¡Ah..., miseria!

¿Con qué derecho se arrastraban ahora a sus pies, con qué autoridad se le pedía un milagro para el pobre "paese" amenazado?

Por un momento temí que aquellos cincuenta aldeanos fueran a precipitarse a un tiempo sobre el cura que, revestido, conservaba su puesto al lado de las andas.

Pero un hombre pasó por delante de nosotros huyendo. Corría velozmente, desenfrenadamente, sin dirección, sin más objeto que el de sustraerse al furor de la turba de hombres enloquecidos por la sed fanática de venganza.

Menos unos cuantos que quedaban en torno al Santo Cristo, cantando y orando con el "prete", todos los demás habían desertado del cortejo y corrían detrás del fugitivo a través de la campiña desolada.

¡Miserable sacristán de Lenzuoli!... La culpa era suya, el crimen de él, y el pueblo necesitaba su vida... Ya no gritaban como antes "manca un lume!, manca un lume!". Ahora era una lluvia de insultos, de amenazas, de blasfemias, de frases de desafío y de groseros calificativos deshonrosos, dirigidos a él y a las mujeres de su familia. Después venía la más terrible injuria que existe para el pueblo bajo italiano: la ofensa hecha en la memoria de los parientes muertos; el diminutivo desdeñoso, ultrajante, aplicado a los difuntos queridos de cada uno; el agravio mortal, incomparable, imperdonable, después del cual sale siempre a relucir el cuchillo.

Habían formado una especie de semicírculo que envolvía completamente al desgraciado, cerrándole el paso hacia la carretera; del otro lado, la lava continuaba avanzando siempre, de manera que por todas partes le rodeaba la muerte.

Hubo un momento en el cual el pobre hombre se paró e hizo cara a la turba. Los perseguidores se detuvieron también un instante. Le vi palidecer al oír los gritos que estallaban furiosos en sus oídos.

—"Maledetto", tú, sacristán.

—"Maledetta" tu mujer y tu hija!...

—¡Y tu madre!...

—¡¡Y tus "difuntillos"!!

El sacristán blandió un puñal, y echándose ciegamente hacia fuera, rompió la fila. Después siguió adelante en una carrera vertiginosa, fantástica, a través de los campos y en dirección a la carretera.

Los de Lenzuoli, poseídos de una especie de frenesí, seguían detrás y yo y los dos americanos, en pos de ellos corríamos también; habíamos dejado nuestro coche en el camino y teníamos a aquella gente.

El hombre huía delante de nosotros; un pequeño grupo de casas de labor le ocultó un momento a nuestra vista, cuando solamente un kilómetro nos separaba de la carretera.

Y al llegar a ella, el fugitivo había desaparecido totalmente. A un lado y a otro, a lo largo de la cinta, tapizada de ceniza, no se veía un alma humana; a cien pasos de nosotros nuestro coche esperaba y a su lado el agente de Cook, que nos había servido de guía, nos hacía señas con la gorra.

—La cosa se pone fea, "Excelencia"; hay que volver.

Desde el interior de la "carrozzella" vimos todavía el grupo de energúmenos; ocupaban un gran trecho del camino, gesticulaban, renegaban, juraban, ante la pasmosa y absoluta desaparición de su víctima.

Yo sentía en el alma una impresión de tristeza y sobrecogimiento infinitos y al mismo tiempo un deseo súbito y ardiente de huir cuanto antes de aquellos países invadidos por el terror.

Rodamos durante una hora sin que yo ni mis compañeros de viaje cruzáramos una palabra. La única calle de Lenzuoli, abandonada ya definitivamente, apareció ante mis ojos en la rápida visión de la marcha, con sus hogares desiertos y su pequeña iglesia desmantelada, donde no habría misa al día siguiente.

Después, las casas de Torre Annunziatta se dibujaron en la obscura perspectiva del camino, casi solitario a aquella hora. Ibamos hacia Nápoles, bordeando el golfo.

Uno de los americanos tomaba notas en su "carnet". ¡Qué efecto causaría, a la vuelta, entre sus amigos del Illinois cuando les contara sus impresiones de Italia! ¿Cuándo hubiera podido él soñar con que una erupción del Vesubio sería uno de los "números" de atracción ofrecido en Nápoles por la Agencia Cook?

—¡Ooooh! ¡Pintoresco país, Italia! "Very curious!"...

IV

De pronto sentí algo raro debajo de mi asiento: un cuerpo movible ro-

zó mis pies y alzando la faldilla de gutapercha que guarnecía la banqueta, surgió entre los tres viajeros que ocupábamos el coche.

Era un hombrecillo vestido de obscuro, más blanco que la cera y con todas las huellas del terror pintadas en los ojos, y en la piel, y en los labios balbucientes, y en las manos trémulas y frías, que se asían a mis rodillas desesperadamente.

—¡Asilo! ¡Asilo, por Dios!... "Pietá!" ¡Por el Santo Cristo de la lava! ¡Por San Jenaro!... ¡Por la Santa Madonna! ¡Por las sagradas ánimas de vuestros muertos!... ¡Piedad para el pobre sacristán de Lenzuoli!...

Si lo arrojábamos a la carretera no tardarían, seguramente, en encontrarle los del pueblo y ya no podría librarse de sus iras.

Por una vez, nuestro coche le había salvado de la muerte. Guarecido allí, después de la frenética carrera, había visto pasar ante él la turba enloquecida que deseaba su sangre para ofrecerla en holocausto a la Divinidad ofendida. El cochero le había visto saltar al estribo, entrar dentro, agazaparse, esconderse, pero no había querido delatarle. El no era de Lenzuoli... ¿Qué podía importarle todo aquello? Pero si llega a ser del pueblo... ¡Ah, "per Bacco"! la cosa hubiera sido diferente...

Me esperaba una explosión de cólera contra la banda aquella de salvajes y contra su absurda superstición; pero, con gran sorpresa mía, empezó a llorar y a acusarse.

—¡Qué has hecho, Nino! ¡Qué has hecho, Ninetto!... Tu avaricia, tu mala avaricia, ha tenido la culpa de todo... ¡Ah, miseria! No se trataba de un olvido, no...

Dinero para comprar aceite le tenía de sobra, pero se lo había guardado, mejor dicho, robado... "Mamma mí!" ¡Y todo por cuatro "soldi"!... El Cristo había salido en procesión con tres o cuatro luminarias apagadas y medio rotas; no era una, no; eran varias... ¿Con qué derecho se le pedía después un milagro? ¡Ah, no, por la Madonna! Hay cosas que no pueden ser..., él lo comprendía perfectamente... Y comprendía también que los vecinos de Lenzuoli quisieran su cabeza y cien más si tuviera... Por él iban a perecer todos de hambre en el éxodo miserable que los alejaba de sus hogares; por él cada uno de ellos perdería su tierra, su casa, su lecho... Por culpa suya expiraría lentamente bajo el fuego la aldea amada de todos, el pueblo natal, el "paese"...

—"Il mio paese! Il mio paese!"

Sollozaba, se arañaba las mejillas, se tiraba rabiosamente del pelo y tan pronto renegaba de Dios y de los Santos como pedía el perdón del Cielo con lágrimas en los ojos, o llamaba a su madre con la invocación pueril que el pueblo napolitano pone siempre en sus labios, lo mismo en las horas de gozo que en los momentos de suprema angustia:

—"Mamma mí, mamma mí!"

Solamente yo podía entender todo aquello. Los dos hombres del Norte permanecían mudos, suspensos, sin comprender bien aquel choque de pasiones contradictorias, aquel desbordamiento de palabras y de sollozos, desmedido, ruidoso, tumultuoso, propio de los ardientes pueblos meridionales, azotados por el sol y por las largas sequías implacables.

Ya en Nápoles, dejamos al pobre diablo en una calle del barrio de Santa Lucía, uno de esos "vícolos" napolitanos, de casas altísimas, cuyos tejados casi se tocan de una a otra acera.

Al día siguiente emprendí una excursión a Sicilia, y por los periódicos de allí me enteré del fin trágico de Lenzuoli, desaparecido en cuarenta y ocho horas bajo la furia del volcán, como Pompeya, como Ottaiano, como tantas otras víctimas del tremendo espasmo geológico.

Y siempre que vuelvo a aquel país, al ver ante mis ojos el soberbio espectáculo del golfo de Nápoles, envuelto en el esplendor de la primavera, con tanto oro en el sol y tanto azul en el mar y en los cielos, la visión de aquellos días sombríos se renueva en mi memoria; creo asistir al despertar del volcán y al huir despavorido de la familia humana. Y creo sentir aún en mis oídos el lamento del sacristán de Lenzuoli, aquel lamento triste y atormentado, como la fe supersticiosa de la raza:

—"Madonna, Madonna!... Mamma mí!"

"EL TIZNAO"

por Raúl PUEYA

—¿Sabe usted?

—¿Qué cosa?

—Pues, que Juan, El Tiznao, se ha metío de buzo.

Y la gente de Punta Brava añadían con acento despreciativo:

—¡Bah! ¡Un cobarde más!

Pero. El Tiznao no se amilanaba por eso. Bien sabía todo el mundo que no le temía al agua. Cuando de grumetón, ha varios años, se largaba al mar con la barca de tío Manuel (Dios le tenga en gloria), era el primero en reír de la tempestad. Sacábase botas y medias y así, descalzo, corría por la mesana izándose por las cuerdas del velamen hasta el foque, desde el cual se dejaba escurrir por sobre cubierta para montar de nuevo en el bauprés, que se alzaba y bajaba como potro encabritado, y con un piruetear de piernas lanzábase al mar.

Le llamaban El Tiznao, a causa de unas manchas negruzcas que salpicaban su mejilla derecha.

No conoció en su vida más parientes que su tío Manuel, pariente hecho por un acto caritativo. Padre y madre no figuraban en su fe de pila; sólo tío Manuel y ña Paca, un buen par de personas que le recogieron en el torno.

Era El Tiznao un mozo de pecho recio, de cabellos encrespados y rebeldes, de cara tosca y ancha, y de ojos negros, hermosamente negros y llenos de franqueza, y con unos brazos fuertes como peñas, que solía llevarlos al aire mostrando su recia musculatura de hijo del mar Cantábrico.

Diez años hacía desde que muriera tío Manuel. Dejóle en testamento el cuidado de "La Gaviota", una lancha pesquera. Podía correr con ella por los mares, recoger los peces y venderlos luego y así, al cuidar de "La Gaviota", pensaba el zorro del tío Manuel, cuidaría también de su familia, compuesta por ña Paca y una pequeña que en aquel entonces contaría ocho años.

Pero, muerto tío Manuel, la suerte cambió de improviso. Era menester ahora, internarse muy adentro en el mar y hacer correrías de un mes y a veces de más tiempo, para llegar a puerto con algo apreciable. Y entretanto, la paga de los pescadores aumentaba y el precio del pescado permanecía siendo el mismo. Ña Paca y la Pepita vivían ignorándolo todo; El Tiznao se guardaba bien de contarles la situación. ¿Para qué hacerlas sufrir? El se reventaría, echaría todas sus fuerzas, pero... ¡que no le faltara nada a su Pepita! Y Pepita era ahora una linda moza. Cuando los domingos iba a misa, parecía una infanta. El corselete de vivos colores enlazando su talle primoroso; la mantilla bordada puesta en la cabeza maltapando sus rubios cabellos y la carita de rosa alegrada por una perenne sonrisa que comprimía sus labios granadinos, todos esos encantos arrancaban al Tiznao un grito de admiración:

—¡Oiga, niña, que está usted por llevarse toitos los galanes del pueblo! —le decía mirándola dulcemente.

—¡Cállate! ¿No ves que es hoy la fiesta de nuestra Virgen?

Y la fiesta de la Virgen sucedíase todos los domingos.

Y mientras la Pepita se engalanaba con lujosos trajes de ricos tocados, los mejores que pudieran ser llevados por mujer de pueblo, la situación del Tiznao mostrábase cada vez más sombría. Sin embargo, una circunstancia favorable vino en cierto modo a remediar sus quebrantadas finanzas.

Habíase hundido en el mismo puerto una goleta con todo su cargamento. La caja de abordo y todos los papeles se hallaban bajo las aguas, y como se trataba de rastrear los efectos, el propietario dióse a buscar un buzo. Difícil fué hallarlo, pues los pescadores preferían el peligro del mar, a las sedentarias tareas de un buzo. Sin embargo, El Tiznao se presentó, y al punto fué admitido. En cuanto a las condiciones eran inmejorables: el trabajo duraría unos cuatro meses y El Tiznao, a más de la paga, recibiría un tanto por ciento de los efectos a salvar. Fuera de eso, arrendaría "La Gaviota" sobre la cual pesaba una fuerte hipoteca, cuyo pago lo efectuaría exclusivamente con el dinero producido por el arrendamiento. Así, le quedaría el dinero de su trabajo de buzo para llenar las necesidades domésticas, y una vez terminado éste, terminaría también el pago de la carga.

No pensó más: lo hizo todo tal cual se lo propuso. Pero, las murmuraciones comenzaron. ¡Un pescador valiente que sabía desafiar la cólera de los mares, hecho un buzo! Dejaría que los hermanos se fueran a arrostrar los peligros, las vicisitudes, el trabajo brutal, las noches cerradas sin luna ni estrellas, teniendo por frente al mar, por único horizonte al mar y él..., recibiendo el dinero sin riesgos ni fatigas! ¿Qué riesgo podía tener un buzo? Ninguno; meterse envuelto en una hopalanda grotesca hasta el fondo del mar...

El Tiznao oía todo eso ¿pero qué le importaba? Era cosa de meses; luego volvería a su trabajo, a la ruda lid, a luchar junto a esos tostados pescadores... Sí, volvería a llenar su red de peces brillantes...

Volvió feliz a su casuca. Allí, le estaban aguardando ña Paca y la Pepita. Les contó lo del arrendamiento del barco y su empleo como buzo: Ahora, estarían más ricos que antes, pero no se largarían a gastar, pues buena falta hacía guardar algo por lo que pudiera acontecer.

Ña Paca le escuchó y le aprobó en

UN HOMBRE HONRADO



—Encontré estos diez pesos, señor.
—Ah, muchas gracias. Veo que es usted un hombre muy honesto.
—Sí, señor; sospeché que los habría tirado usted para probarme.

Los cuentistas japoneses

A J. J. Frugoni.

Aunque los japoneses son muy aficionados a la lectura, dice un viajero que también les gusta escuchar las historias que cuentan algunas personas que se dedican exclusivamente a esta profesión, y en lo cual son verdaderos artistas. Hay narradores para todas las clases sociales, desde el cuentista callejero que se sienta en un rincón y refiere sus historias a un grupo de "coolies" que le escuchan con la boca abierta, hasta los de elevada categoría que están reunidos en gremio, y poseen casas de recreo especiales llamadas "yose", y también se contratan para ir a las casas particulares a distraer a las reuniones. Algunos de estos cuentistas son verdaderos periódicos amenos, que se sientan con un libro delante, y dicen, ampliándola y comentándola, la "Historia de los cuarenta y siete Ronings", por ejemplo, o la novela china titulada "Los tres reinos", o hacen el relato de la rebelión de Satsuma o de las antiguas guerras habidas en la Edad Media entre las familias de los Taira y de los Minamoto. Cuando el narrador llega a un punto de la historia que ofrece interés, llama la atención del auditorio dando un golpe con el abanico o con una tablilla que lleva siempre para este propósito.

El cuentista japonés profesional, también inventa historias, y si no se gana la vida contando cuentos, no puede ser admitido en el gremio del "yose". Sus narraciones características son las que versan sobre anécdotas amorosas e incidentes imaginarios, y el recreo que proporcionan en la "yose" es generalmente mixto; pues en él figuran historias guerreras, cuentos de amor y recitados con acompañamiento de banjo. El programa suele ser el mismo durante quince días, porque acostumbran a variarlo nada más que los días uno y diez y seis de cada mes. En cuanto al número de estas casas es bastante grande en las ciudades de mucha población, de suerte que la gente puede oir cosas nuevas todas las noches, y los cuentistas afamados ganar lo que para un japonés constituye una buena renta.

José León de T. RODEYRO.

todo. Volvióse entonces hacia la Pepita. Esta le miró con sus grandes ojos negros, y al sentir el mudo reproche de aquella mirada, El Tiznao murmuró muy bajo:

—Tú también..., como los demás.

Sonrió tristemente. Luego, miró hacia el hogar. El fuego chisporroteaba; las llamas lamiendo los bordes negros de la chimenea tocábanse unas con otras. Las maderas crujían produciendo un ruidito alegre... Su Pepita miraba también las llamas, y el tinte rojo de ese fuego le formaba como una bendita aureola...

El Tiznao, cayó entonces en cuenta, que esa criatura a quien había tenido en brazos, de quien había sido como un hermano mayor, no le era ya, no, que no podía serlo, porque..., porque la quería con toda su alma...

El Tiznao proseguía su trabajo de buzo. Aquello era mejor de lo que prometió ser. Los duros entraban en casa que era una maravilla y salían también de manos de la Pepa.

Lindos colgantes adornados con pequeñas y deslumbrantes conchas, pañuelos de seda como usan las manolas en la Feria de Sevilla, faldas bien ceñidas y plegadas y los pies calzados que eran una preciosidad, la bella Pepa, luciendo su donaire, mirábase en el espejo, y luego de bien arreglada, peinada y puesto en la cara unos polvos de arroz como suelen llevar las damas de Madrid, salía de paseo por la Escotadura.

El Tiznao no se atrevía a darle el brazo y salir juntos. Se quedaba en la puerta de la casuca y la veía alejarse. ¡Qué bella! No, era demasiado para él, bien lo comprendía. ¿Cómo tomarle siquiera de la mano? Su fuerte olor a sal marina, él sabía, le repugnaba. ¡Y era de esa sal que formaba el fondo de los mares; de ese mar bravío contra quien luchaba arrancándole su presa pedazo a pedazo, pero dejándole impregnado en su cuerpo como un estigma o quizá como un nimbo de gloria, su fuerte olor a sal..., sí, el olor de aquello que le permitía usar de esos lujos!

A la vuelta de uno de esos paseos, la Pepa llegó acompañada por un mozo bien trajeado y no mal parecido. La dejó junto a la puerta y se marchó luego.

Mucho tiempo estuvo El Tiznao rondando en torno de la Pepa sin atreverse a hablar, pero al fin, queriendo salir de la duda que le martirizaba, le preguntó como al acaso:

—Dime. ¿Quién era ese que te acompañaba por la Escotadura?

—Ese...—y la Pepa se interrumpió: un vivo carmín batió sus mejillas blancas.—Ese—continuó—es Pedrucho, el hijo del tendero de la calle Mayor.

—¡Ah!—exclamó El Tiznao, y no dijo más.

—¿Por qué lo preguntabas?—insistió ella.

—Pues... porque me ha parecío que... vamos, no te era indiferente del todo.

—¿Y de ahí?

Sorprendido, El Tiznao la miró. ¡Era cierto entonces! ¿Y él? ¿El no era nadie? El que se reventaba, que echaba espumajos por la boca de puro cansado, sólo para que la Pepita luciera su belleza y su donaire, se quedaba plantado como un hierro viejo o un armatoste inservible? ¡Ah!, pero eso no podía ser y así, dominado por todos sus sentimientos, por todos sus deseos por aquella niña a quien viera crecer, le preguntó anhelante:

—No es verdad ¿no es cierto?

—¿Qué cosa?—dijo ella sorprendida.

—Que tú le quieres...

—¡Bah! Todavía no lo he pensao, pero el mozo me gusta y puede que sea...

—Pues ¡yo no lo quiero!

La Pepa se detuvo: estaba atónita. Era la primera vez que él decía ¡no quiero! Eso la encolorizó, la puso fuera de sí, pues su naturaleza de niña mimada no permitía el más leve reproche. Se alzó altanera y mirándole fijo, le respondió entre dientes:

—¿Y a ti qué te importa?

El ya no la escuchó más. Arrancó su gorra con un gesto brusco y la arrojó contra el suelo, y como hablando consigo mismo, murmuró con lentitud:

—¿A mí qué me importa? Me importa, sí; me importa porque..., porque te quiero, porque he pensao que tú también me amarías y que llegaría un día en que hubieras sido mi mujer...

—¡Tu mujer!

—¿Por qué no?

—¡La mujer de un cobarde! ¡Jamás!

El Tiznao se sobresaltó.

—¡Cobarde!—dijo.

—¡Sí, sí!—continuó la Pepa exaltándose más.—Cobarde, sí; bien lo dice todo el mundo. Anda a la Rambla, anda a la Arena, lo oirás por todas partes, y a más...—y se interrumpió.

—¿Y a más qué? ¡Dilo!—gritó El Tiznao tomándola de un brazo.

—¡Pues bien! Se dice que has arrendao "La Gaviota" para hacer tu negocio y...

—¡Infames!—El Tiznao la soltó. Quedó un instante como aniquilado, y luego se marchó lentamente. Abrió la puerta y fuese en dirección a la playa. De vez en cuando se detenía y se le oía decir muy bajo:

—¡Cobarde yo!... ¡Yo!...—Y una lágrima brotaba de sus ojos negros, para ir a humedecer sus mejillas tostadas por el aire y el sol del Cantábrico.

Era el primer domingo de mayo. El sol caía a raudales sobre las arenas y los acantilados, abrillantando el rizo de las olas que iban a morir mansamente junto a la playa.

Había alegría en todos los rostros. Los pescadores acicalados con sus mejores prendas; las mozas luciendo mantillas bordadas en flores. Carcajadas, risas contenidas, dichos picantes oíase por doquier. Fiesta había en el puerto y fiesta en las almas.

Las arboladuras de los barcos azotadas por un viento pertinaz, parecían reir también.

Pero, si no era la fiesta de la buena Virgen de los pescadores, si nadie habíase salvado de la tempestad puesto que no la hubo, si ningún barco del rey arribó a puerto, echando por esas calles de Dios la alegre marinería ¿por qué sonaban las campanas? ¿por qué se levantó un tablado en la Plaza de la Iglesia para bailar, ensayar jotas y vizcaínas, cantar coplas y contracoplas, rematar piezas al mejor postor?...

Era que, a la linda Pepita se la llevaban al altar. ¡Vaya! que la moza vale un Perú. ¡Qué suerte tiene ese buen Pedrucho!

Y las campanas seguían tocando su ritmo alegre...

En el puerto todo quedó en silencio; las gentes se hallaban en la Iglesia o en la Plaza Mayor.

A unas cuatro varas del muelle, una barcaza chata balanceábase con lentitud. Unos raros aparatos, una gran rueda de hierro con manijas, un especie de depósito y una cuba enorme al parecer de barro, ocupaban toda su cubierta. Allí había tres hombres; uno de ellos era El Tiznao.

Sentado sobre el depósito miraba a lo lejos, escuchando...

—Sí—pensaba El Tiznao,—ahora entrarán a la Iglesia, y él, llevándose del brazo... ¡del brazo a su Pepita! Y ella estaría allí—con la cofia blanca de las desposadas, con su gran vestido de cola lleno de gasas, igualito al que pensara comprar un día en que creyó en su amor, sí, igualito a aquél, quizás el mismo...

—¿Qué tienes, hombre?—le preguntó uno de sus compañeros al ver que de sus ojos se deslizaba una lágrima.

—Nada: no hagas caso tú...—se apresuró a replicar El Tiznao.

Y volvió a sus meditaciones. Ahora, estarían cerca del altar. El sacerdote con su manto de púrpura levantaría el brazo... ¡La bendición! ¡Oh! ¡Basta! ¡Basta!

Se levantó bruscamente y vistiendo su negro traje de buzo, deslizó con rapidez sobre uno de sus bolsillos un objeto largo y brillante... Después, pasó una pierna por sobre la borda, y comenzó a bajar lentamente la escalerilla de cuerdas. Antes de desaparecer, escuchó una vez más el alegre sonido de las campanas y los gritos de los pilluelos... Luego, se sumergió del todo.

Transcurrió largo rato. El que daba el oxígeno notó un serio desperfecto en la maquinaria; era que, la rueda tropezaba contra un obstáculo invencible. Luchó un momento; gruesas gotas de sudor brotaron de su frente: la máquina no obedecía y el hombre pidió ayuda entonces a su otro compañero. Entre ambos diéronse a la lucha, pero... ¡imposible!

Miraron la campana de auxilio. Allí, en la proa, estaba colgada como un signo irónico. Tan sólo restaba una esperanza; ambos corrieron a las cuerdas y comenzaron a dar vuelta a la rondanilla, notando a las cuerdas sin peso alguno. Por fin, el cabo extremo apareció del todo. Los dos hombres dieron un grito... Las cuerdas habían sido cortadas, y la escafandra quedaba en el fondo recubriendo con sus vidrios ya inútiles la cabeza del buzo...

Y entretanto, desde allá, desde la Plaza de la Iglesia Mayor, las ráfagas alegres del levantisco viento, traían el dulce son de las campanas...

Actividades neoyorquinas

Nueva York es un plutócrata entre las ciudades de la tierra. Al cerrar el año de 1918 se habían depositado en sus Bancos 7.719.992.856 pesos, y el año pasado la Bolsa de Nueva York realizó negocios por valor de 32.625.669.910 pesos en acciones, bonos y otros títulos.

El puerto de Nueva York efectúa más o menos el 45 por 100 de las transacciones del comercio exterior de la nación. Por él entraron mercancías en el país por valor de 2.068.832.300 pesos, y salieron para el extranjero por valor de 3.436.217.824 pesos, cantidad esta última que representa un valor superior al valor total de lo exportado por Asia, Africa y Australia. Nueva York es también el mayor carenador del mundo. Una de sus compañías de dársena seca y de carena realizó una verdadera hazaña, sin igual en el mundo, cuando su dársena seca flotante de 30.000 toneladas levantó el "Minnesota", vapor de la Junta Naviera de los Estados Unidos, de 30.000 toneladas de arqueo. Este es el barco más grande que jamás haya puesto a prueba la fuerza de resistencia de una dársena seca flotante.

PARA LA GENTE DE CAMPO

Mes de noviembre

LA CHACRA

Sigue en este mes la siembra de maíz, sorgo, porotos, maní, alpiste y cáñamo. Se aporca el maíz, maní, tabaco, algodonero y las papas antes de cosecharlas.

Se rastrean los alfalfares viejos con rastra de hierro, de dientes afilados, eligiendo si fuera posible, para esta operación, la proximidad de una lluvia; y si después de practicada esta operación no lloviera, en seguida pasar por el alfalfar un rodillo para retener la humedad.

En noviembre, el pasto abunda en todas partes; el chacarero que no tiene forrajes sembrados debe aprovechar de comprar un corte en alguna quinta para guadañarlo y emparvarlo antes que vengan los trabajos de la siega.

Una vez terminadas las faenas de recolectar forrajes debe preparar todo lo que corresponde a la siega y trilla de los granos.

LA HUERTA

Sigue la siembra de porotos de toda clase, de sandías, melones, pepinos, zapallos, criollos y angola, calabazas y mates. Se procede al trasplante general de todos los almácigos regando abundantemente para asegurar el éxito.

Se procederá al curamado de los tomates para que el peso no rompa los gajos, cuidando de que el aire y la luz circulen bien y la función de la maduración no sea dificultada.

Se elegirán en este mes las mejores plantas y se señalarán para destinarlas a la producción de la semilla. En los fresales se extiende paja en el suelo para evitar que las frutillas se ensucien de tierra.

Para tener producción de verdura abundante y constante hay que sembrar cada quince días rabanitos, lechugas, zanahorias, etc. Y en la segunda quincena se pueden hacer almácigos de cebollas, coliflores bróculos y repollos.

LA QUINTA

Se injertan de canutillo y escudete los árboles de toda clase; concluir los injertos herbáceos y terminar de injertar los olivos, en los viveros, de uno a dos años.

Se limpian los naranjales, cafetales, etc., y se riegan las nuevas plantaciones. Si los árboles frutales están demasiado cargados, conviene entresacar un poco de fruta para que se desarrolle mejor la cantidad que quede y para no extenuar el árbol.

Se continúa la poda en verde o pellizcando los brotes nuevos y tiernos de los árboles cultivados en espaldera; se cuidará al mismo tiempo de destruir los insectos dañinos que se encuentren.

EL MONTE

Se procederá a la limpieza de los sembrados del año y de los tallos cortados en el invierno anterior. En algunas regiones se cortan los resinosos y los taniferos que no retoñan al pie. Se binan los viveros y plantíos del mes de septiembre; se escardan los de octubre y se concluirá la cosecha de las semillas.

Se siembra: alerce, olmos, abedules, álamos, sauces, ciprés, etc.; y se plantan todos los árboles criados en macetas. Este mes es el más conveniente para el trasplante de los ombúes.

LA VIÑA

Cocluir la poda en verde. Aplicar el azufrado. Clavar las estacas y atar los brotes. Escardar los plantíos nuevos. Empezar a trabajar los terrenos destinados a nuevas plantaciones.

EL JARDÍN

Empiezan los fuertes calores y con ellos la seca; hay que regar por la noche los jardines; los céspedes se recortarán bien, y se rociarán también; se cortarán las rosas pasadas y se despuntarán los arbustos para que crezcan más tupidos. Se ponen a la sombra las plantas que sufren del calor, como rododendrones, azaleas, etc.

En las platabandas, para retener la humedad y mantener el terreno fresco, conviene cubrirlo con resaca o pasto seco.

Siémbrase en almácigo, para que florezcan en otoño: amaranto bicolor, balsaminas, morgantes, brincos, camelias, zinias y reinas. Se hacen injertos de yemas en los rosales.

En los macizos plantar: dalias, aralias, helechos, coleus, begonias, aquirantes, etc.

Se plantan de bulbo: amarilis amarillo, colchicos, caridades, azafrán, anémonas, scillas, etc. Se preparan almácigos de: astea, geranio, clavelinas, alelíes, acónito, acanto, crisantemos, hibicus, pelargonio, altea, verónica, violeta, marimoña y primavera.

ARBORICULTURA

Se continúa pellizcando en los frutales las ramas inútiles, y atando con cuidado en las espalderas los gajos que se quieren conservar. En este mes se crían muchos insectos dañinos y es preciso perseguirlos con empeño.

Se injertan de canutillo y escudete los árboles de toda clase; se concluyen los injertos herbáceos, los de los olivos, y en los viveros por escudete los sujetos de uno y dos años.

Se limpian los naranjales, cafetales, etc., y se siembran en maceta: aromas, casuarinas; en semilleros, las acacias, abedules, cipreses, olmos álamos, sauces, etc., y se procede a la poda de los arbustos cuya florescencia haya pasado, como lilas, mirtos aromas, etc.

AVES DE CORRAL

Cuidar constantemente los pollitos, darles buena alimentación y agua siempre renovada.

Cuidar la limpieza y ventilación del gallinero; procurar sombra a las gallinas y perseguir los parásitos.

Prestar preferente atención a las gallinas ponedoras, por ser la época para la producción de huevos. Se despluman por primera vez los gansos del año anterior. Se hace empollar huevos de pavo en sitio obscuro. Se empieza con dar a los conejos la manutención de verano: alfalfa y trébol.

EQUINOS

Sigue todavía la parición y se sigue también soltando los padrillos de pesebre con las yeguas. Se continúa la doma de los potros y a fines de mes se puede empezar a enfrenar los que están bien enriendados; es preciso tener cuidado de no enfrenar un redomón antes de tiempo. Se cuidará el engorde de los caballos y yeguas que se tienen para vender, pero con descanso, repasando de mañana para que no se pongan ariscos los caballos destinados para la venta. Se revisarán las aguadas, pues a fines de este mes sucede con frecuencia que hay que dar agua a los animales. Los que cuidan la yeguada, deben observar sus salidas para poderlas encontrar con facilidad entre los cardos altos.

VACUNOS

Los trabajos de este mes consisten principalmente en atender la parición. El pasto está ya sazonado y la hacienda necesita descanso y tranquilidad. Si se nota que algunos animales no engordan, es preciso sangrarlos.

OVINOS

Se sigue soltando los carneros padres. Sigue la parición de la primavera si se han soltado los carneros en las majadas durante el mes de junio. Se deben soltar las majadas de madrugada y encerrarlas de tarde, aunque las ovejas estén gordas. El trébol ya no es dañoso; está sazonado y tiene carretillas. Con este motivo, en campo donde hay trébol se tratará siempre de esquilar las ovejas en octubre, antes que se despegue la carretilla que tanto hace desmerecer la lana. Se pueden bañar las ovejas que han sido esquiladas en octubre; siempre es bueno dejar pasar un mes después de la esquila antes de bañar, pues el remedio penetra mejor.

CAPRINOS

De vez en cuando hay que limpiar las cabras. Para los animales de pelo corto basta pasarles un cepillo a contrapelo primero y después en la misma dirección de aquél. Con las razas de pelo lanoso y largo se usará peine de metal. Las partes impregnadas de orina se lavarán con esponja. Con estas precauciones se impedirá la acumulación de parásitos molestos y se tonifican las funciones digestivas y de lactancia. Si las pezuñas se ponen demasiado largas, se cortarán con una tenaza especial.

PORCINOS

Arreglar bien los chiqueros para la parición de primavera. La preñez de las cerdas dura 115 a 120 días, y éstas paren de ocho y hasta de doce lechones.

DE LA VIDA INTENSA



—Enrique.
—¿Qué querés, vida mía?
—Siento molestarte, pero se me ha caído el pañuelo otra vez.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: PASEO COLÓN, 1266 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el exterior		En el Interior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre $ oro	2.00	Trimestre	$ 3.00
Semestre	„ 5.00			Semestre	„ 6.00
Año	„ 9.00	Semestre „ „	4.00	Año	„ 11.00
N.° suelto	20 cts.			N.° suelto	25 cts.
N.° atrasado	40 „	Año „ „	8.00	N.° atrasado	50 „

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Dirección, Redacción y Administración: PASEO COLON, 1266
U. T. 184, Avenida



EL SEÑOR QUE APROVECHA SU DINERO

TE DE MODA
Precio fijo: 1$
3 orquestas
Puede usted engullir todo lo que le agrade

Cuatro pasteles, mozo

Seis bombas

Dos alfajores

Una docena de sandwiches de queso

D'EGVILLE

Talleres Heliográficos Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266 — Buenos Aires

HESPERIDINA BAGLEY

FABRICADA DESDE 1864

EL GRAN APERITIVO NACIONAL

